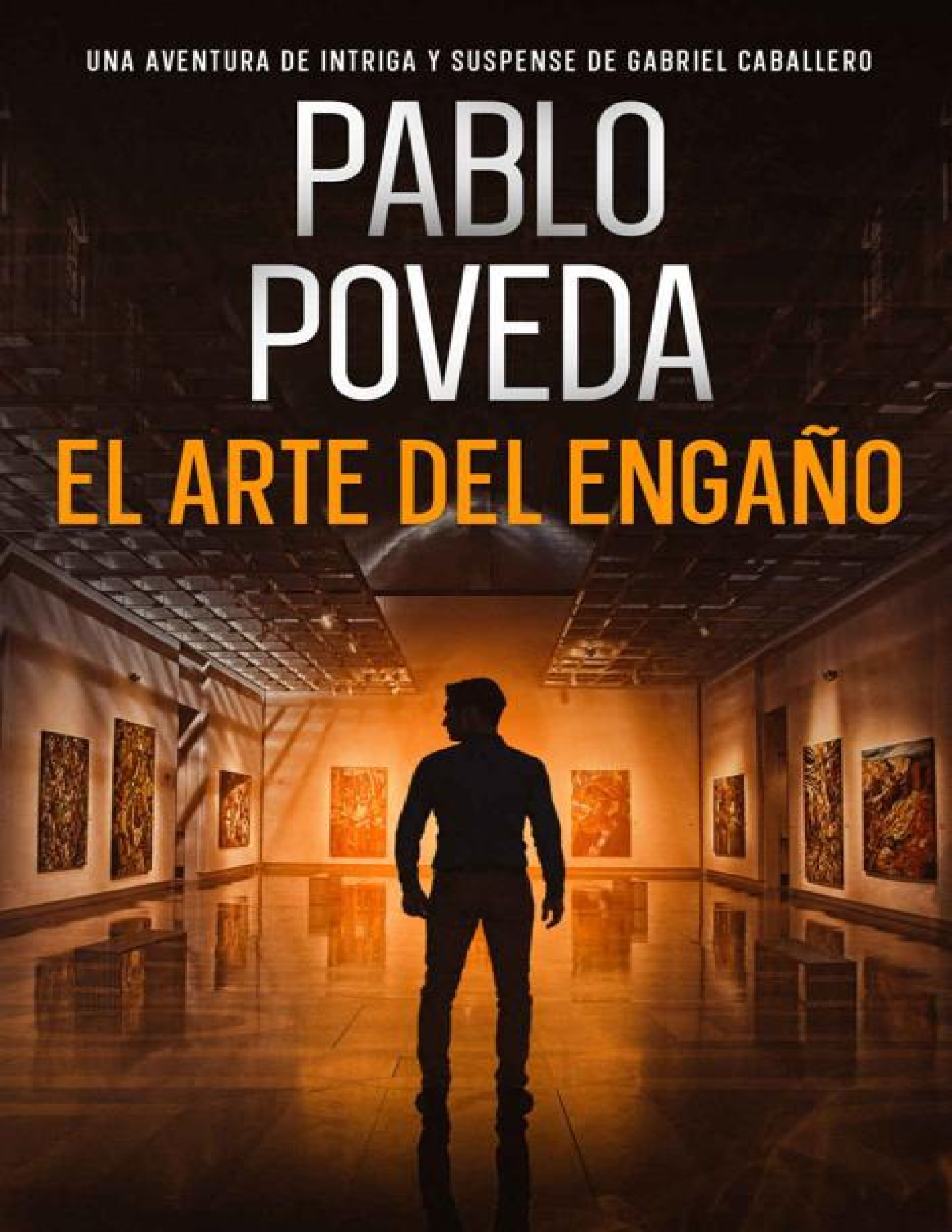
UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE DE GABRIEL CABALLERO

PABLO POVEDA

EL ARTE DEL ENGAÑO



El arte del engaño

Pablo Poveda

Copyright

Copyright © 2022 por Pablo Poveda
Portada: GetCovers
Corrección: Ana Vacarasu
ISBN: 9798385720781
Imprint: Independently published
Pablo Poveda Books
Todos los derechos reservados
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

¿Te ha gustado?

Sobre el autor

Libros

1

Era final de mayo y me habían invitado a una de esas fiestas en Mallorca, en una mansión de lujo alejada de la ciudad y cerca de la costa. Uno de esos eventos en los que el aparcacoches te sonríe y debes llevar siempre unas monedas encima para no quedar como un maleducado. Una de esas celebraciones a las que vas porque no te queda otra.

Y estaba a punto de sumergirme en un problema serio, del que ni siquiera era consciente.

En mi caso, la razón se llamaba Paula, o Paulita, como le decía en la intimidad, una perla mediterránea de cabellos rubios y ojos turquesa, que había conocido en Madrid, tras uno de los múltiples viajes que había realizado a la capital en los últimos meses.

Ese año, la vida parecía sonreírme más de lo habitual.

La suerte había tocado a mi puerta, ofreciéndome un puesto de colaborador en el programa diario de Ana Flora, un matinal de tertulias, cotilleos y programas basura, que tenía una sección de sucesos en los que, junto a otros buscavidas, comentábamos las noticias más morbosas de la actualidad española. No importaba el tema, ni la sensibilidad, pues me pagaban por hablar, por generar un poco de polémica y lograr que mi nombre se convirtiera en tendencia de las redes sociales durante cuarenta minutos.

Para ser mi primera vez de manera tan activa en la televisión, le había cogido el gusto a verme en la pantalla, a que me reconocieran en los cafés y a que, de vez en cuando, alguien me pidiera una foto o el número de teléfono. Pero, por encima de todo, me había acostumbrado a los cheques que me llegaban al final del mes.

En ese periodo, como por arte de magia, Paula se cruzó en mi camino, apartando de este a las demás y conquistándome con su sonrisa.

Ella era de San Juan, algunos años más joven que yo y trabajaba como organizadora de eventos. Eso era todo lo que sabía y nunca le preguntaba nada sobre su vida, por miedo a que ella también me preguntara a mí. La mejor parte era la pasional. Gozábamos el uno del otro como dos adolescentes y con la experiencia que llevábamos encima. Nuestro romance se gestaba en apartamentos privados de la Coveta Fumá del Campello, donde hacíamos el amor y bebíamos espumosos, con la televisión de fondo, la playa a escasos metros y algún viaje al extranjero en el que nadie me reconocería. Muy bonito todo.

Esa noche estaba en Mallorca porque Paula me lo había pedido.

Las Islas Baleares eran un archipiélago que me encantaba y la época era estupenda.

Viajamos en avión y nos hospedamos en un hotel de cinco estrellas. Después de hacer el amor dos veces, nos vestimos de noche y tomamos un taxi hasta la villa donde se celebraba el evento. No tenía la menor idea de qué iba aquello. Ella era la invitada y yo su acompañante, pero

no me importó. Por una vez, prefería ser el desconocido.

Cuando llegamos a nuestro destino y los anfitriones nos recibieron, Paula me dijo que debía saludar a una persona concreta para estrechar sus lazos profesionales.

—Adelante, no te preocupes por mí —le dije, sonriente—. Haz lo que debas.

—No te pierdas ni te lo bebas todo —respondió, divertida—. Volveré en unos minutos.

A continuación, perdí de vista la espalda morena y desnuda de Paula y me quedé frente a un enorme cuadro de color blanco, con manchas alargadas, como si el autor lo hubiese pintado durante un día de furia. Debajo de la obra había una larga mesa con canapés, bebidas y dos camareros vestidos de traje que atendían a los invitados.

—¿Quiere algo de beber, señor? —preguntó el muchacho—. ¿Una copa de champaña?

—Sí, gracias —dije y esperé a que me sirviera el espumoso. Después le di un sorbo y miré al cuadro atentamente.

No entendía nada, pero era probable que valiera un potosí.

Recordé uno de los programas de televisión en los que habíamos hablado sobre las obras de arte de los museos y la noticia que había salido en el New York Times. Se había descubierto que muchas de las obras de los museos eran réplicas de las originales y que estas últimas pertenecían a colecciones privadas o viajaban en el mercado negro de las subastas. El debate derivó en la figura de Salvador Dalí, que se le criticaba de tener empleados que pintaban por él, y él se limitaba a firmar las obras, para después cobrarlas. Ni que decir tiene que, ninguno de los que estábamos ese día en el programa, teníamos una pequeña idea sobre el mercado, pero nos pagaban por hablar y comentar.

Mirando aquel cuadro pintado por alguien que desconocía, me pregunté qué significaba después de todo, gastar una fortuna en una pieza de la que ni siquiera sabíamos si era original.

—¡Tú, miserable! —exclamó una voz que me obligó a girar la cabeza.

De repente, sin previo aviso, tuve a un hombre fornido a pocos metros de mí, vestido con un traje, con el rostro enrojecido y las venas marcadas en la frente.

El camarero me miró extrañado y dejé la copa sobre la mesa alargada.

—¿Me dice a mí?

—Sí, bastardo de mierda... —respondió, rechinándole los dientes.

La respuesta me provocó una sensación desagradable. No conocía a ese individuo, pero no me sorprendía que alguien estuviera molesto conmigo. Decía tantas cosas en público, que ofender a otra persona era uno de los precios a pagar por ser famoso.

—¿Nos conocemos?

Sin esperarlo, otros tres hombres que lo acompañaban aparecieron detrás y un corro de asistentes nos dejó espacio.

El hombre agarró el primer cubierto que encontró en la mesa, con la mala fortuna de escoger uno para untar.

Dada mi insolencia, no pude callarme:

—Cálmese, señor... —dije, burlándome de él—. ¿No irá a atacarme con el cuchillo de la mantequilla?

El comentario provocó una risa entre los espectadores, aumentando el enfado. El hombre dejó el cubierto y cogió el cuchillo que cortaba la tarta.

—¿Mejor así, cabronazo?

—Un momento, un momento... —dije, retrocediendo, ante su actitud—. Sólo bromeaba... ¿Quién es usted?

—¿Que quién soy, desgraciado? Te voy a cortar en rodajas como a un salchichón...

Retrocedí dos pasos más.

—Seguro que podemos discutirlo como dos personas civilizadas, creo...

—¡Eres el cabrón que se está tirando a mi mujer!

Los ojos se me pusieron en blanco. En ese momento, solamente intimaba con Paula, aunque puede que, un tiempo atrás, hubiese estado en lo cierto.

—Creo que se equivoca y que esto es un malentendido...

En ese instante, se abrió un pasillo entre la gente y Paula, mi Paulita, apareció de la nada.

—¡Miguel, para! —exclamó, dirigiéndose a mi adversario.

—¿Le conoces? —pregunté, estupefacto.

Ella suspiró, con la respiración entrecortada, agobiada por la situación que había generado entre dos hombres. Paulita nunca quiso hacer daño a nadie.

—Es mi marido...

—¿Tu marido? ¿Estás casada?

—Jamás me lo preguntaste.

—Tienes razón en eso.

—¡Te has acostado con este cabrón y has tenido la desfachatez de traerlo a la fiesta!

La fiesta no había hecho más que comenzar.

—¡Miguel, por favor, deja eso! —exclamó, corriendo hacia él y quitándole el cuchillo de las manos—. Puedo explicártelo...

—Pero no le des muchos detalles a ese miura...

—¡Será cerdo! —bramó y corrió hacia mí a toda velocidad—. ¡Te vas a enterar!

Me vi como un torero, aunque sin capote y lo esquivé con gracia. Cuando intentó golpearme, el armatoste tropezó y perdió el equilibrio. Le respondí con un puñetazo en la cara que lo desplazó contra la mesa. Los canapés cayeron al suelo. Cuando se levantó, advertí que su fuerza era superior a la mía y no podía escapar de él. El tipo me agarró del cuello y me golpeó en el estómago, empujándome contra el centro de la mesa donde estaban las bebidas. El vino voló por el aire y mi cuerpo arrasó con los platos hasta que, finalmente, caí al suelo.

La música se detuvo, los guardias de seguridad acudieron y los simpáticos anfitriones que nos habían recibido, ahora me miraban con asco e incomprensión.

Entonces, llegó el grito de esa mujer.

Todas las miradas se fijaron en el enorme cuadro de color blanco, ahora manchado por el vino y los diferentes tipos de alcohol.

—¡No! ¡Mi cuadro! ¡No!

Desde el suelo, miré a Paula, decepcionada, cubriéndose el rostro y asumí que ya no sería más mi Paulita, sino un recuerdo más del pasado. A mis pies, vi la figura de esa bestia que tenía como esposo.

El anfitrión se acercó a mí y me habló sin flexionar las rodillas.

—Será mejor que te vayas de mi casa.

—Lo siento...

—Ahora.

Volví la vista a Paula, pero prefirió ignorarme.

La vida es así y el ridículo forma parte de ella. Lección aprendida: nunca vayas a fiestas a las que no te inviten.

Antes de incorporarme, sentí la presencia del esposo de mi amante.

—No tan rápido —dijo y me pateó el estómago por última vez.
Aquella noche sólo fue el principio de lo que parecía un largo y soporífero verano.

2

El verano se iba apagando lentamente, como la llama de una vela en Semana Santa. El sol brillaba sobre el agua del puerto y el ambiente era sosegado y tranquilo. Me hallaba sentado en el Noray, uno de mis bares preferidos del paseo marítimo de Alicante, enfrente de los yates de los millonarios, de los narcotraficantes y de aquellos de quienes se conocía muy poco. Me deleitaba con una cerveza fresca y unas aceitunas, pequeños placeres de mediodía que me transportaban a otra dimensión y me hacían olvidar el tedio que me habían ocasionado las últimas semanas.

En el fondo, sabía que era una batalla perdida, contra ellas y contra mí. Lo confieso: estaba siendo uno de esos veranos un tanto amargos, en los que me irritaba cualquier cosa. Me costaba aceptar lo insatisfecho que me sentía, sin dificultades a mi alrededor, sin una misión divina, sin el inspector Rojo pisándome los talones y sin uno de esos amores difíciles que duran un atardecer y que te rompen el corazón en pedazos.

Lo de Paulita... era agua pasada.

Ni siquiera llegaron a dolerme sus mentiras, pues bastante había tenido con engañar a su marido. Si lo hubiera sabido de antemano, tal vez nada de aquello hubiera pasado... o tal vez sí. A menudo decimos en voz alta que cambiaríamos el pasado, pero si tomamos la mejor decisión en ese momento, ¿por qué íbamos a actuar de manera diferente?

Aquella historia llegó a su fin, dejando un ligero vacío en mí que no me llegó a los huesos.

Como también lo hizo mi colaboración en el programa de Ana Flora. Casualmente, el esposo de Paula tenía contactos en la dirección y me despidieron poco después del desventurado episodio.

El chisme corrió por las cadenas. Mi nombre gozaba de fama, pero nadie quería contratar a un problemático.

Pese a todo, llevaba una larga temporada sin lamentar nada, ni por nadie, ni siquiera por la pérdida de ese horrible cuadro que terminó destrozado a causa de un arrebato. Dicen que es lo mejor para evitar el sufrimiento y tener la cabeza sobre los hombros. Pero, sinceramente, quizá sea un masoquista y necesite los estímulos del romance y perder la cabeza por alguna locura, de vez en cuando, para que la existencia en este mundo tenga sentido.

Mientras el camarero me servía la segunda cerveza, observé el movimiento de las olas del mar y me di cuenta de que el amor era similar al balanceo de la marea: si te entregas a él, aceptas que te arrastre sin previo aviso. Y más vale que sepas nadar, si no quieres morir ahogado.

Me estaba poniendo reflexivo con las burbujas y el alcohol, cuando mi teléfono comenzó a sonar.

Al otro lado de la línea, una voz masculina me saludó.

Era el inspector Rojo.

Miré a ambos lados, con la esperanza de encontrarlo en alguna parte, pero sabía que perdía el tiempo. A él le gustaban esa clase de juegos. Cuando creías tenerlo cerca, ya se había marchado.

—Hombre, Rojo. Dichosos los oídos que te escuchan... —comenté y di un sorbo a la bebida para refrescarme—. Cómo dicen en mi pueblo, te feia mort, ché...

—¿Purgándote los pecados con la cerveza?

Agaché la cabeza y levanté la vista por encima de las Wayfarer para dar un segundo vistazo con esperanzas de sorprenderlo en algún rincón.

—No te molestes, Caballero... Sólo lo he supuesto.

—Tenía que intentarlo. —Suspiré y alcé la cabeza. Sabía que quería algo, pero también que tardaría un rato en contarme la razón—. ¿Me extrañas o necesitas algo de mí?

Él se rio.

—Llamo para salvarte...

—Vaya, qué generoso por tu parte.

—Al menos, para salvarte antes de que te partan la cara en otra fiesta.

En fin.

No tardó en contarme de qué iba aquello.

Se trataba de un favor para un amigo y necesitaba mi ayuda para investigar el robo de unos cuadros en Sevilla. El solo hecho de mencionar las obras de arte me produjo una enorme sensación de malestar. En dos prestigiosas galerías de arte de la ciudad, habían sido robados dos cuadros y, a pesar de los esfuerzos de la policía, aún no habían logrado encontrar al ladrón ni recuperar las obras.

—Supongo que es una broma.

—En absoluto.

—La pintura y yo no cabemos en la misma habitación.

—¿Lo dices por el tamaño de tu cabeza?

—No, de verdad —respondí, intrigado—. Nunca me llamas para estas cosas...

—Siempre hay una primera vez.

—Y una última.

El inspector chasqueó la lengua.

—Jiménez es inspector y un buen amigo, pero no puedo intervenir personalmente en esto... No, en este momento.

—¿En qué andas metido?

—Escucha, necesita ayuda y que esta venga de fuera. Si me ha llamado a mí, es por algo. He pensado que podrías hacerte cargo.

Reflexioné sobre la oferta y, aunque no conocía más del asunto, no me disgustó la idea de marcharme de allí. Sin embargo, me hice de rogar un poco. Era algo que Rojo detestaba.

—¿Qué gano yo con todo esto?

—¿Limpiar tu reputación? No me digas que ya no te queda de eso...

—Veo que no has cambiado ni un ápice.

—Tú tampoco. Te he visto en la tele más de lo que me gustaría.

—Y ni te has molestado en llamarme...

—No te pongas a llorar, por favor.

Ignoré el comentario y le pedí que me contara más sobre mi trabajo. Me dijo que los cuadros eran de gran valor económico y que su desaparición había causado un gran revuelo en el mundo

de la pintura. Eso fue lo primero que me sorprendió, pues a la policía le importaban los artistas lo mismo que a mí. No obstante, el interés residía en otra parte. El autor, Lorenzo Rupestres, era un artista emergente, un talento sevillano al que se rifaban los marchantes de arte, la clase política y la sociedad hispalense.

Lo más extraño no eran los robos en sí. Al parecer, a ese Jiménez le preocupaba el enfado que habían suscitado los hurtos y la tensión que se palpaba en el ambiente. Aunque nadie lo confesaba, existía el temor a que una periodista local metiera las narices donde no la llamaban.

Ahí entendí cuál era mi papel en esa historia.

Rojo me explicó que su compañero llevaba tiempo detrás de una organización de corrupción y blanqueo de dinero que podría estar relacionada con la venta ilegal de arte, pero no tenía las pruebas suficientes para acusar a nadie.

—No tengo ganas de morir a manos de la mafia rusa de la Costa del Sol.

—De ser así, esa gente es seria. No se molesta por los payasos de la tele.

—Eso me alivia.

—Sólo quiere que le eches un cable y que te encargues de esa reportera. Aún te queda algún contacto en el sur, ¿no?

Rojo estaba en lo cierto. Conocía algún compañero de facultad que había terminado conquistando Andalucía. Así que esa era mi función en aquel caso: ayudar a la policía mientras me hacía pasar por otro farsante más, un rol que no se me daba del todo mal. Por un lado, echaría una mano a ese tal Jiménez para aclarar un poco el asunto. Por otro, debía ganarme la confianza de la misteriosa reportera, antes de que su secreto terminara en la portada del diario y arruinara la posible investigación policial.

—Estoy seguro de que sacas material para una de esas novelas que escribes...

—No sé, Rojo.

—Últimamente, le pones demasiados peros a la vida. ¿Qué queda del sinvergüenza que conocí en Las Provincias?

Tragué saliva, avergonzado. El éxito mediático generaba envidias y desprecios y yo no había hecho nada por mantener las viejas amistades. Por otro lado, de aquel joven del que hablaba quedaba poco. El paso de los años, las comodidades y los agasajos, me habían hecho blando.

Si bien era cierto que tenía una nueva oportunidad para sacar a flote mi casi extinta carrera profesional, la verdad era que no me veía capaz de estar a la altura de cumplir con mi palabra.

—Dame unos días.

—No dispongo de tanto tiempo. ¿Qué te preocupa?

—Nada, que yo sepa.

—¿De verdad quieres pasar el resto del verano allí, viendo cómo los días se van? —me preguntó y me quedé pensativo unos segundos. Contemplé la escena que tenía ante mí, rodeado de turistas que conversaban en otros idiomas, viendo los barcos atracados, inmóviles y escuchando el canto de las gaviotas que se acercaban por los alrededores.

En el fondo, tenía razón. El tiempo pasaba, lento, pero sin tregua. Nunca descansa.

—¿Cómo dices que se llama esa redactora? —pregunté y Rojo pareció alegrarse de ello.

—Rosario García... —aclaró y dio un suspiro—. Me han contado que es de armas tomar, así que no bajes la guardia.

Sus palabras zarandearon mi ego, que parecía despertar después de una larga siesta.

—Yo nunca bajo la guardia.

—Y yo te digo lo que hay.

La oferta era tentadora, aunque no estaba convencido de si quería trabajar con la policía de Sevilla. La policía y yo nunca nos hemos llevado del todo bien, a excepción de Rojo, que tenía su propio código de honor. En ese momento, recordé a José Juan, un viejo amigo de la facultad, que había acabado como redactor jefe en el Diario Hispalense, el periódico sevillano con mayor tirada de la provincia. Quizá él me ayudara a conseguir el compañerismo de esa mujer, siempre y cuando regresara a casa y encontrara su contacto. Me pregunté si sería una señal del destino o una mera casualidad. Tal vez me hubiera tocado la lotería, pensé, pues la oportunidad de investigar un robo de arte de gran repercusión en una ciudad tan histórica como Sevilla, era algo que no podía dejar pasar.

—No tengo todo el día, Caballero...

—Ha de ser ahora, ¿cierto?

—Sí.

—Porque si no, no me llamarías...

—Corta el rollo y decide. O tendré que buscar a otro.

La idea de que Rojo se buscara a otra persona, simplemente, me apresuró.

—De acuerdo, está bien. Iré a Sevilla —respondí, lanzado—. Dile a tu amigo que estaré allí en breve.

—Perfecto. Recibirás los billetes de tren para mañana.

—Pero...

—Sólo te pido que no me falles —dijo con voz seria—. Yo le debo un favor a Jiménez y tú a mí, unos cuantos.

—Gracias por recordármelo.

—Buena suerte, escritor —dijo y colgó, antes de que tuviera tiempo a preguntarle cuándo nos veríamos.

Qué pregunta, me dije. Sería cuando él quisiera.

Solté un suspiro y volví a mi cerveza.

No podía creer que estuviera aceptando este trabajo, pero algo en mi interior me indicaba que no había marcha atrás.

Quizá lo hubiese pedido a gritos.

Me despedí del camarero y dejé unas monedas de propina. Después, tomé el paseo y comencé a pensar en mi próxima aventura.

3

A medida que me dirigía a casa, una sensación de inquietud empezó a expandirse por mi interior. Me sumergí en la web, buscando información sobre lo ocurrido y poniendo cara a los protagonistas de la historia. Los titulares de las noticias eran preocupantes. Parecía que la policía estaba luchando contra alguien más inteligente que ellos. Mientras leía atentamente cada artículo, empecé a notar un patrón evidente: los dos robos habían tenido lugar en la noche, entre semana y como consecuencia de accidentes inesperados. Esto me llevó a cuestionarme si había un tipo de manipulación detrás de todo esto o si el nivel intelectual de esa brigada era limitado.

Por otro lado, el nombre de aquella mujer aparecía en todos los artículos y su firma era una presencia constante. A los pocos minutos, me pregunté qué sería de José Juan, ya que no veía su nombre en ninguna parte. Pensé que estaría a cargo de la redacción, librándose de su trabajo en la oficina. Si iba a poner un pie en la ciudad, debía hablar antes con él. Necesitaba más información, así que llamé a la redacción del diario.

Una voz dulce me atendió al teléfono:

—Diario Hispalense...

—Buenos días. Quisiera hablar con el redactor jefe, José Juan Ibarra, si es tan amable...

—¿Quién llama?

—Gabriel Caballero.

—Lo siento mucho, Ibarra ya no trabaja aquí, fue despedido.

—¿Despedido?

—No tengo tiempo de hablar sobre ello. La línea echa humo.

—¿Le pasó algo?

—Caballero, ¿verdad?

—El mismo. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Rosario García, redactora jefe del diario.

—Vaya...

—Sí. No puedo ayudarle —dijo con indiferencia—. Buena suerte, señor Caballero.

—Espere, espere... Rosario García, ¿sí?

—Se lo he dicho hace unos segundos.

—Me han hablado muy bien de usted —le dije para que no colgara—. No es imprescindible hablar con José Juan.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Es una historia larga. ¿Podríamos vernos en persona?

Ella aguardó unos segundos en silencio.

—No puedo, lo siento.

—A lo mejor le interesa saber algo sobre los robos de esos cuadros...

Ella hizo otra pausa.

—Le escucho.

Respiré hondo e improvisé. Quería mantenerla al teléfono con el fin de ganarme su simpatía. Con suerte, habría un segundo encuentro, esta vez, en persona.

—Parece que los ladrones están aprovechando unos cuantos errores externos para irrumpir en las galerías —dije, pensando mientras hablaba—. Los robos se efectuaron alrededor de la medianoche, entre semana... Extraño, ¿verdad? Sin testigos, ni vecinos presentes... en pleno centro de Sevilla... No sé, Rosario, pero es probable que alguien les haya ayudado. Si no, no me lo explico...

—«Parece que, no sé, es probable que»... —repitió con tono burlón—. Creo que no hay mucha prueba de lo que dice.

—Son observaciones personales.

—Gracias, las tendré en cuenta —dijo, tajante—. Pero somos un diario serio y trabajamos con fuentes oficiales.

—Espere, Rosario. No cuelgue...

—Caballero, escucha, no tengo tiempo para juegos —dijo, rompiendo toda formalidad. Había agotado su paciencia—. Solo estoy tratando de hacer mi trabajo lo mejor posible. Y no veo cómo podrías tú ayudar en este caso.

—Me interesa esta historia tanto como a ti y tengo experiencia en este tipo de casos.

—Lo siento, pero no estoy interesada en tu oferta. No dispongo de tiempo para escuchar tus absurdas teorías.

—Mira, llegaré a Sevilla mañana, si cambias de opinión.

—Espero que disfrutes de la ciudad. Ahora, si no te importa, tengo que hacer algo. —Rosario colgó el teléfono dejándome con una sensación de frustración y determinación a la vez.

Ella sabía que cualquier titular fácil o frase sacada de contexto podría distorsionar la verdad y perjudicar la investigación. Por eso se mostraba reticente a conversar conmigo, después de la fama que me precedía. Nadie sabía mejor que un reportero cómo formular preguntas incisivas a una víctima, para guiarla por el camino que quería y así obtener un titular atractivo. Y yo no se lo había dado. Por desgracia, vivíamos en una época muy diferente a la de los tiempos en papel. Ahora los titulares se medían por la cantidad de clics, por frases sacadas de contexto y por noticias superfluas que captaban la atención por unos segundos.

Después del ridículo telefónico, podía entender su desconfianza. Me preocupaba que no estuviera dispuesta a colaborar conmigo en aquella historia. Si no ponía de su parte, lo iba a tener crudo para cumplir con mi palabra.

Al colgar, tuve un extraño pálpito sobre lo que estaba ocurriendo.

Tecleé el nombre de Rosario en el buscador y encontré varias fotografías suyas. La redactora jefa del Diario Hispalense, Rosario García, era hermosa, más joven de lo que sugería su voz, con los ojos oscuros y una melena azabache y ondulada que le caía por los hombros. Me llamó la atención su mirada segura y su expresión inteligente. Se notaba que era una mujer acostumbrada a manejar situaciones difíciles. De ahí que no cediera ante mis presiones. Sentí un fuerte escalofrío que me recorrió la espalda. Sospeché que tratar con ella no iba a ser fácil y no me sorprendió que temieran por sus acciones. Rosario despedía una vibra única.

Desafortunadamente, esa mujer cometió el error de eludirme. Se me podía clasificar de

muchas maneras, pero nunca me rendía a la primera. Se dice que la victoria pertenece a aquellos que persisten y yo no podría ser más tenaz.

Así que, cuando llegara a Sevilla, visitaría la oficina del Diario Hispalense, le gustara o no. A pesar de la tensión que sentía con Rosario, debía mantenerme enfocado y profesional. Deseaba descubrir la verdad detrás de estos robos y colaborar con la policía para capturar al ladrón, por lo que estaba dispuesto a cooperar con ella. Pero no podía alejar la sensación de que había algo más en juego, algo que todavía no comprendía.

Mientras cerraba mi ordenador, me pregunté de nuevo qué sería.

Pero la búsqueda había terminado.

La respuesta estaba en Sevilla y tras esos cuadros.

4

El viaje fue largo: un tren a Madrid y otro a Sevilla.

Sólo esperé que mereciera la pena.

Al llegar a la estación de trenes de Santa Justa, no pude evitar detenerme a observar el bullicio que me rodeaba: la estación era un laberinto de gente y equipaje, con trenes llegando y saliendo constantemente. El ambiente estaba impregnado con los olores a café y a aceite frito de las tiendas cercanas.

Salí de la estación, me dirigí a la parada de taxis, abrí uno y le pedí al conductor que me llevara a la redacción del Diario Hispalense. En aquel instante, oí en la radio las noticias acerca de los robos que habían tenido lugar en la ciudad. La gente estaba asustada y preocupada por los últimos sucesos.

El taxista, un hombre mayor con acento andaluz, comentó sin venir a cuento su teoría, de que todo era un truco de varios empresarios para cobrar el seguro de las obras y que el resto de los propietarios de las obras le estaban siguiendo el juego. Aunque escuché con interés, no estaba del todo de acuerdo con esa conclusión.

—Mira, yo he vivido aquí toda mi vida y sé lo que hay... Dentro de poco hay elecciones, el alcalde quiere repetir y tiene a la oposición apretando...

—¿Una artimaña para derrocarlo?

—Al revés, compadre...

—A veces, la verdad es más complicada de lo que parece.

—Es a nosotros a quienes nos cuesta ver el muerto...

Con una sensación de incertidumbre, bajé del taxi enfrente de la redacción del periódico. No estaba seguro de si había tomado la decisión correcta al hacer ese viaje.

El edificio estaba cercado por periodistas y cámaras de televisión y pude observar a la policía entrando y saliendo. Atravesé la entrada principal y la recepcionista me dio una cordial bienvenida. Después pregunté por Rosario.

—¿Tiene una reunión con ella?

—No, exactamente...

La mujer entornó los ojos y se me acercó.

—La señora García no está acostumbrada a recibir visitas inesperadas.

—Me espera, pero aún no lo sabe... —dije y sonreí, aunque no funcionó—. No es que me espere, pero tampoco le sorprenderá que esté aquí.

—Ya... ¿Y usted es?

La miré de reojo, como si estuviera ofendido.

—Gabriel Caballero...

—¿El de la tele?

—Sí.

—Claro...

A pesar de la falta de credibilidad de mis palabras, mantuve la compostura como un valiente mientras esperaba a que la mujer me diera acceso a la redacción. Afortunadamente, un grupo de empleados salió del edificio, molesto por el alboroto que se estaba generando a la entrada y aproveché la distracción para escabullirme.

«¿Oiga? Demonios, ¿dónde se ha metido?».

Miré los letreros que había junto a los despachos. La oficina de Rosario García estaba vacía. A continuación, eché un vistazo a la redacción, viendo al grupo de periodistas concentrados en su trabajo, organizados para obtener una noticia relevante sobre lo que estaba sucediendo. La energía en el ambiente era muy intensa y yo me sentía un poco fuera de lugar. Recordé mis días de gloria y cómo disfrutaba de la sensación de estar siempre esperando la próxima gran historia.

Por fin, al final de un pasillo, vi una sala grande de reuniones. Allí reconocí a Rosario, que estaba reunida con dos agentes de policía. Me aproximé lentamente hacia la sala de cristal, como si fuera uno más de la redacción. La editora jefe escuchaba, con los brazos cruzados y supuse que no estaba dispuesta a colaborar. El hombre, con el bigote canoso y el ceño arrugado, tenía aspecto de inspector que estaba a punto de jubilarse, pero su compañera, al contrario, era joven y me di cuenta de lo atractiva que era.

Al acercarme a la sala de reuniones, me percaté de que no era el momento más adecuado, pero... ¿habría tal ocasión? Desperdiciamos oportunidades en la vida al creer que no son las adecuadas, cuando, en realidad, no existe mayor mentira que esa.

La mayoría de las veces es mejor disculparse que arrepentirse, porque lo que no se hace, se pierde, pero no se olvida.

En ese instante, oí una voz que me llamaba:

—¡Oiga, no puede estar aquí! —exclamó la recepcionista, desde el otro extremo de la sala—. ¡Usted, señor Caballero!

Los ojos de los que trabajaban en los escritorios se desviaron hacia mí. Después lo hicieron los de Rosario y de la pareja de policías.

Como no podía ser de otra forma, abrí la puerta.

—Espero no interrumpir nada importante —dije sonriendo y me encogí de hombros.

A partir de ese momento, supe que sobraban las presentaciones.

5

La puerta crujió cuando la abrí de golpe y me aclaré la garganta.

—¿Usted es? —preguntó la agente, con cara de pocos amigos.

—Mi nombre es...

Me sentí como un estúpido.

Rosario me miró fijamente.

—Gabriel Caballero —completó, para mi sorpresa.

No era el único que había hecho los deberes.

El policía me observó y pude ver que sus ojos se relajaban. Basándome en la descripción que Rojo me hizo por teléfono, supuse que sería el inspector Jiménez. Su compañera no parecía dispuesta a ceder y, molesta, clavó sus ojos en la cara de la periodista.

—Lo siento mucho por la interrupción —comentó Rosario, disculpándose ante la pareja y sorprendida al verme—. No esperaba que él viniera a verme.

—Cumplo mis promesas.

—¿Conoce a este tipo, García? —preguntó la policía.

—No —dijo ella.

—Sí —respondí.

La agente nos miró atónita.

—¿En qué quedamos?

El inspector vaciló ante la presencia de las mujeres y decidió sacarme de allí antes de complicar más la situación. El desasosiego era notable en su rostro.

—¿Me acompaña fuera, señor? —preguntó, sujetándome del codo y dejándome sin opciones —. Estamos en medio de un asunto delicado...

—Por supuesto.

La entrada principal estaba llena de entremetidos y de periodistas de otros diarios de tirada nacional, así que salimos del edificio por una puerta trasera. El inspector Jiménez se presentó con una disculpa. Ni siquiera él me esperaba tan pronto por allí.

Se encendió un cigarrillo en el patio de luces en el que nos encontrábamos y me explicó que los periodistas —o jornaleros del clic, como les llamaban ahora en la comisaría—, iban tras ellos y no tras la gente del Diario Hispalense. Me ofreció fumar y negué con educación. El tabaco era cosa del pasado, así como mis diferencias con el Cuerpo.

O eso pretendía demostrar delante de él.

Tras una breve introducción, decidí ir al grano, antes de que el olor a cloaca me invadiera.

—Siento la interrupción... No esperaba encontrarlos aquí.

—¿Qué más da? Ya estamos todos, ¿no?

—Su compañera no parecía alegrarse de mi visita.

—¿Llanos? —preguntó y dio una larga calada—. Lo mismo tiene de atractivo que de mala leche, ya me entiende... No le gusta perder el tiempo...

—No hace falta que lo jure.

—Ahora, que la otra tampoco se queda corta...

—¿Rosario?

El hombre dio otra calada corta y alzó las cejas.

—No quiero ser un impertinente. Agradezco su colaboración.

—Digamos que no he entrado en Sevilla con buen pie.

—No se preocupe. Nadie lo hace —respondió y dio un largo suspiro—. Esto era otra cosa con el jefe de sucesos anterior... Entendía que la Policía y el diario podían llevarse bien.

—Me refiero a José Juan —respondí, sintiendo una leve nostalgia—. ¿Lo conoce?

Por el gesto que hizo aquel hombre, supe que algo grave le había pasado. Y no se refería a un despido.

—Lo conocía... —respondió, sin más detalle—. Por cierto, Rojo me ha dado buenas referencias de usted... Por eso, olvidemos este asunto y no vuelva a meter la pata. Comprenderá la importancia de la situación. No recurriría a un asesor externo si no fuera necesario y, aún menos, a un periodista.

Arqueé una ceja al oír lo que decía. En el fondo, a pesar de que mi amigo me hubiera recomendado, ese hombre acudía a mí por desesperación. Lo podía notar en sus palabras, que sonaban abiertamente con desdén.

Jiménez dio una calada larga a su cigarrillo mientras caminábamos por el patio trasero del edificio. Miré alrededor, viendo las ventanas con barrotes y las sombras que se proyectaban en las paredes. Era un lugar desolado, con una sensación de abandono que me hizo sentir incómodo.

—¿Qué le hace pensar que puedo ayudarle? —pregunté, ansioso por saber más sobre la situación.

—No me queda otra.

—Eso me tranquiliza.

—Es una historia complicada, Caballero... —respondió, con una expresión seria—. Se han llevado dos cuadros y nadie ha visto nada. El alcalde está que trina, porque la oposición le acusa de la delincuencia que hay ahora y los galeristas se preocupan más por cobrar el seguro que por encontrar los cuadros...

—¿Cómo puedo ser de ayuda? —pregunté, atónito.

—Bueno, eso es lo interesante —dijo Jiménez con una sonrisa pícara—. Verá... Rosario, esa mujer de ahí dentro, es la clave de todo. Hace dos meses que recibe amenazas y acosos de fuentes anónimas, por lo que sospechamos que sabe algo y que está a punto de contarlo...

—Pero no lo ha hecho.

—No, ni queremos que lo haga.

—No le entiendo.

—Necesitamos su colaboración para que nos proporcione la información que García posee y de esta forma, continuar con nuestra investigación —explicó, intentando sonar convincente—. De lo contrario, se marcará una exclusiva y nos dejará en pañales.

—Porque la investigación es...

—Confidencial. Eso es —dijo y carraspeó—. Rojo me dijo que usted es muy preguntón.

—¿Cree usted que esa mujer me lo va a contar a mí? —pregunté, preocupado por la integridad de Rosario—. Que conste que no dudo de mis artes de seducción...

El policía carraspeó de nuevo.

—Menos lobos, ¿vale? No me importa si la convence o no. Sólo quiero que averigüe quién está detrás de las amenazas y que descubra qué tiene García en la manga. Ella sabe algo y nosotros no. No hay más.

—Entiendo, inspector...

—Pues ya está todo dicho —dijo y se ajustó con las manos el cinturón.

De repente, unos pasos se acercaron a nosotros. Procedían del interior del edificio.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó la inspectora Llanos—. Ya he terminado con ella. Sigue sin soltar prenda.

Nuestras miradas se cruzaron y palpé la tensión. A causa de mi temperamento, siempre me he sentido atraído por las mujeres complejas y la inspectora parecía tener más de un conflicto con el mundo. No obstante, la experiencia también me había enseñado a mantenerme alejado de ellas, puesto que sabía que en algún rincón de sus almas podrían esconderse episodios dolorosos que era mejor no revivir.

—Fumar, fumar... Ya lo ves, Llanos. Eso es lo que hacemos —señaló el inspector, apagando el cigarrillo en la pared—. Caballero estará unos días con nosotros y nos echará una mano con el caso...

Me acerqué a ella y le extendí la mano.

—No me he presentado de la manera adecuada —señalé, ofreciéndole mi mejor sonrisa, pero su mirada helada y cristalina me rechazó, atravesándome como si fuera un témpano.

—No necesitamos más carroñeros —comentó a su compañero, ignorando mi presencia—. Y tampoco a escritores de medio pelo...

Jiménez me hizo una señal para que evitara seguir hablando con ella. Por alguna razón, era mejor no enfadarla. Asentí con la cabeza y sonreí confiado. A pesar de su actitud fría, no me iba a dejar intimidar. Los chistes están siempre llenos de envidia y los comentarios jocosos, de inseguridad.

En algún momento nos veríamos a solas.

6

El inspector Jiménez se despidió con un ademán, no sin antes recordarme que me encontraba en Sevilla —si es que no me había dado cuenta— y que estaríamos en contacto. Supuse que sería una sutil manera de advertirme de que allí todos se conocían y de que mi presencia no pasaría desapercibida. En realidad, las ciudades de tamaño medio funcionaban así, con una red de conocidos y relaciones interconectadas. Deduje que el inspector tendría oídos en todas las calles.

La pareja de policías desapareció del edificio. Subí las escaleras y regresé a la redacción de la que me habían sacado. En la sala acristalada de reuniones ya no quedaba nadie. Una ráfaga de perfume flotaba en el ambiente. La seguí con el olfato y me llevó hasta la puerta del despacho de Rosario García.

No cuestioné su profesionalidad, ni tampoco su falta de empatía con los compañeros de profesión. Pero mi caso era diferente. Si antes tenía mis dudas, ahora sólo existían evidencias de que Rosario y yo estábamos hechos de la misma pasta: incorruptibles y con la ética de la profesión por encima de los intereses personales.

Aunque, a decir verdad, puede que ella estuviese hecha de un material más resistente que el mío.

Después de todo, yo no era un santo.

Me presenté en la puerta de la oficina, por segunda vez, dispuesto a que me atendiera o a darme por vencido y tomar el primer AVE de regreso a Madrid.

Por la cuenta que me traía, no debía faltar a mi palabra a Rojo. No obstante, no tenía edad ni fuerzas para seguir haciendo el bobo por allí. Si aquella gente no necesitaba mi ayuda, lo mejor era largarme con dignidad.

—Adelante —ordenó la redactora cuando golpeé la puerta con los nudillos.

Los ojos oscuros se clavaron en mí y después noté un halo de desencanto, como si no le sorprendiera mi aparición.

—¿Tienes un minuto?

—Para ti, solamente uno... —comentó y regresó a los documentos que tenía encima del ordenador—. No quiero ser maleducada, Caballero, pero ya te dije que...

Cerré la puerta con suavidad, asegurándome de que los demás periodistas no se enteraran de nuestra conversación. Luego cogí aire y me dirigí a ella. Esa mujer no era consciente del valor de mi colaboración.

—¿Te parece que empecemos desde el principio?

Ella se quedó en blanco, durante unos segundos.

Aguardé de pie, esperando su respuesta.

—No es un buen día para jugar a las citas.

Noté que estaba pinchando en hueso.

Cogí una silla, le di la vuelta y me senté frente al respaldo para hablarle de cerca.

—He venido hasta aquí para hablar contigo. Al menos, podrías escuchar lo que tengo que ofrecer, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que estás perdiendo el tiempo...

—El inspector Jiménez no piensa lo mismo. De hecho, si me dejaras ayudarte, te los podría quitar de encima.

—¿Tú? —puso en duda y me señaló con el dedo.

—Sí.

—No necesito tu generosidad para nada. Llevo diez años trabajando sola y seguiré haciéndolo.

—Espera...

—No me hace falta que un charlatán venga a sacarme las castañas del fuego.

—Oye...

—¿Te han dicho alguna vez lo molesto que puedes llegar a resultar?

—Sólo la Policía —respondí y le guiñé un ojo—. ¿Estás bien? ¿Qué mosca te ha picado?

—Ninguna... Pero no trabajo con egos inflados, ni con famosos en busca de atención.

—Podemos hacer una buena dupla. Únicamente te pido que me escuches... Creo haber descubierto algo.

—No, por favor, no me hables de patrones... Ni siquiera sabes de qué va esta historia.

—El inspector Jiménez me ha puesto al corriente.

—Para ser periodista, deberías revisar tus fuentes.

—Más oficial que Jiménez...

—Si te crees al primero que te cuenta su versión...

—No me conoces de nada, Rosario.

Ella dio un golpe y clavó en mí la mirada.

Esta vez significaba el final.

—Pierdes el tiempo aquí. No insistas, no te voy a contar nada.

Tomé aire, resistiéndome a abandonar. Me costaba perder, lo reconozco, y había batallas en las que prefería luchar hasta el final, en lugar de huir como un cobarde. Algo en mi interior me decía que no debía dejarlo, que debía aguantar un poco más de tiempo hasta que ella bajara la guardia, pero la conversación se había vuelto tensa y violenta, por lo que preferí no forzar las cosas.

Después de todo, no estaba en mi terreno y eso lo hacía todo más difícil. Recordé las palabras del inspector Jiménez y entendí que su información valía más que la ayuda de un desconocido. Sabía lo que significaba estar en esos zapatos. Yo los había llevado en muchas ocasiones, tantas, que se me removían las entrañas con solo pensar en ello.

Me levanté de la silla y claudiqué. Había intentado todo lo posible, pero no siempre se gana, aunque uno tenga la razón.

Las relaciones de intereses no son muy diferentes a las sentimentales. A veces, es mejor retirarse con dignidad.

Abandoné la oficina con la esperanza de que ella reculara, pero no lo hizo. Noté su mirada hundida en mi espalda, a medida que me alejaba de allí. Había subestimado a esa mujer. Su orgullo era incluso peor que el mío. Lo que no sabía ella era que no me iba a dar por vencido tan

pronto. Puede que me hubiera convertido en una estrella sin brillo, en un charlatán que ahora únicamente firmaba en las páginas de papel couché. El dinero, la vida afable y los obsequios son capaces de convertir a uno en su peor versión. Sin embargo, sentía que todavía quedaba algo del joven reportero bravo, indomable e incapaz de aceptar un descarte como respuesta. Rosario podría haberme mandado al cuerno con educación y todo habría quedado en una triste formalidad y una pérdida de tiempo. Pero su actitud despectiva hacia mi persona hirió mi ego y despertó a una bestia dormida en mi interior.

Con o sin su ayuda, cumpliría mi palabra y ayudaría a Jiménez a atrapar a esos ladrones de obras de arte. Y no lo haría por ellos, ni por asomo, sino que la única razón por la que me dejaría la piel en ese caso sería para recuperar el trono que se me había arrebatado.

Muchas personas pensarán que soy un arrogante y un presumido.

Es posible que todas esas personas tengan razón, pero lo cierto es que el dolor y el desafío siempre me han impulsado a superarme.

Dado que ni siquiera un periódico entero ni la policía habían logrado establecer una conclusión clara sobre los robos, quedaba claro para mí que Gabriel Caballero era la única persona que podía solucionar ese enredo.

7

Me di veinticuatro horas para madurar una decisión certera. A pesar del desencuentro con la reportera, estaba decidido a seguir adelante con la investigación. Jiménez debía brindarme más detalles, pero mientras eso sucedía, tendría que buscar por mi cuenta para reunir toda la información necesaria. Me propuse buscar pistas, hablar con testigos y revisar cualquier documento que me llevara a una pista.

Lo primero que hice, fue buscar un alojamiento en el que pasar la noche y elegí el Hotel Casa Imperial, un lugar histórico ubicado en pleno corazón de Sevilla.

Su antiguo portón de madera me dio la bienvenida a un hermoso patio andaluz con una fuente en el centro, que conectaba con los otros patios del edificio. El lugar era tranquilo y desprendía una sensación de paz eterna. Aunque las instalaciones no eran las más modernas, buscaba un sitio céntrico, donde pudiera descansar y estar cerca de los puntos donde habían ocurrido los expolios.

La recepcionista tomó mis datos y las credenciales de la tarjeta bancaria. A pesar de la hora tardía, se mostró amable y servicial. Al preguntarle por un periódico local, ella me dirigió una mirada curiosa, pero sin dudarlo, buscó entre las baldas que tenía detrás hasta que encontró un ejemplar manoseado del Diario Hispalense.

—Si quiere, le puedo dar un mapa turístico... —dijo y sacó una octavilla con el casco histórico de la ciudad.

—Gracias, pero voy a estar entretenido...

—Debería visitar la Giralda. Es preciosa.

—Lo tendré en cuenta —dije y acepté el pequeño mapa, que doblé y guardé en el bolsillo del pantalón. Después me entregó una llave con un enorme llavero de madera y me indicó cómo llegar a mi estancia.

Crucé la cristalera y me adentré en el laberinto de azulejos, plantas, fuentes y patios. Era como si formara parte de una de esas películas antiguas en las que los bien adinerados descansaban de sus largas jornadas de no hacer nada. Intuí que la tranquilidad del lugar y la belleza de su decoración me ayudarían a desconectar de la tensión por unas horas. Me sentía como si hubiera viajado en el tiempo, a una época en la que la vida era más sencilla y las preocupaciones menos agobiantes. El sonido de la fuente en el patio central me invitaba a relajarme y a olvidarme por un momento de mi objetivo. Tras reconocer lo que parecía el bar del hotel, vislumbré unas escalaras que indicaban mi dirección.

Subí los peldaños, dejándome abrazar por el aire húmedo que desprendía aquel entorno y llegué a mi estancia. Cuando abrí la puerta, encontré una habitación vetusta, con una cama de

matrimonio pasada de moda y unos muebles propios de otra década, tan antiguos como la televisión que había allí. Junto al sofá de piel vi una mesa de madera y un cuaderno que parecía estar allí desde la época de la construcción del hotel.

Dejé la bolsa de equipaje a un lado, me senté en el sofá unos segundos y sentí el cansancio apoderándose de mi cuerpo. No quería dormirme, pues tenía trabajo por delante, así que comencé a leer el periódico. Entre las noticias locales, encontré el primer artículo sobre el hurto de una valiosa obra de arte en una galería privada del barrio de Santa Cruz. Don Juan de Ramos, el propietario de la galería se mostraba afectado tras la inversión que había hecho por esa obra. Anoté la dirección de la galería y decidí que sería mi primer destino al día siguiente.

La sección de sucesos del diario hablaba de los dos robos, planteando hipótesis de que existía un mercado negro para coleccionistas privados que disfrutaban del arte en sus mansiones. Me pregunté quién necesita un museo cuando puede tener una pieza valiosa en su propia sala de estar.

Leí las breves noticias por encima, la mayoría sacadas de notas de prensa generalistas y apunté los nombres que mencionaban: Lorenzo Rupestres, el afamado pintor; don Juan de Ramos, víctima de uno de los robos y Liborio Cano, el alcalde de la ciudad, al que todos culpaban de lo sucedido.

En una esquina de la página, Antonio Paredes, un conocido historiador, escribía su opinión respecto a los hechos, que no era muy diferente a las conclusiones a las que el inspector Jiménez había llegado por su cuenta: en todo ese sórdido asunto estaban involucrados algunos intereses que se encontraban por encima de la mera transacción comercial.

Anoté su nombre bajo la dirección de la galería y continué con mi labor. Por lo menos, ya tenía algunas personas de interés. Me propuse seguir investigando, buscando cualquier otro dato relevante que me ayudara a entender el contexto.

Después de varios minutos de lectura, tomé un respiro y pegué la espalda al respaldo. Sin darme cuenta, cerré los ojos y me sumergí en un estado de relajación profunda. Con la mente en calma, sabía que al día siguiente estaría listo para enfrentar cualquier desafío.

Entonces, un ruido rompió la tranquilidad y me sacó del sueño. Era el sonido de unos pasos que se acercaban a mi estancia. Reconocía esa clase de movimientos y nunca eran inocentes.

La garganta se me cerró.

No esperaba visitas ni que nadie me encontrara allí.

Nervioso y con el corazón latiendo con fuerza, me encaminé hacia la puerta y puse la mano sobre el pomo, preparado para cualquier riesgo. Lentamente, abrí y comprobé el pasillo. El chorro de la fuente seguía funcionando, el cantar de algunos pájaros se oía de fondo y los fantasmas que me perseguían habían desaparecido.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, percibí unos tacones que se alejaban hacia la salida.

Me asomé al balcón y la vi, con su melena oscura y brillante cubriéndole la espalda, enfundada en aquellos ajustados vaqueros que ensalzaban sus curvas y sujetando un bolso de cuero marrón.

—¿Rosario? —pregunté en voz alta, aliviado, notando cómo mi voz retumbaba entre las paredes—. Algo me dice que no te has perdido...

La reportera se giró y miró hacia arriba, sus ojos encontrando los míos.

En silencio y sin desviar la mirada, avanzó unos pasos.

—¿Bajas? ¿O piensas quedarte ahí?

Sonreí.

Menos mal, pensé.

Podría haberla enviado a los infiernos, tal y como ella había hecho antes conmigo, pero aquella era su forma de disculparse o al menos fue lo quise entender. Rosario me había seguido hasta el hotel y eso valía su peso en oro.

Me cuestioné el número de personas que habían logrado sacarla de su oficina para arrastrarse de ese modo.

8

—No te hagas ilusiones. Esto no quiere decir nada.

Eso fue lo que dijo cuando me acerqué a ella en el vestíbulo del hotel. Pero la acción en sí valía más que sus palabras. Por supuesto, no iba a preguntarle si sus intenciones iban más allá de las de hablar conmigo, después de sospechar que había sido ella la persona que había subido hasta mi habitación. Opté por guardarme esa carta para más tarde.

La ciudad era un terreno sin explorar para mí, pero la verdad era que tenía hambre y muy pocas ganas de hacer una visita guiada. Por fortuna, Rosario tomó la iniciativa y le sugerí que me llevara a pegar bocado a algún sitio interesante. El paseo duró escasos minutos, hasta que llegamos a la plaza del Cristo de Burgos, donde se encontraba Los Coloniales, una taberna auténtica con una pequeña terraza al aire libre y una larga barra de madera en su interior. El aroma a tapas recién cocinadas y el sonido de las risas y las conversaciones animadas nos recibieron a medida que nos aproximábamos.

Para alguien como yo que frecuenta los bares con asiduidad, reconocí que ella era una habitual del lugar en cuanto la atendieron y supe que esa noche sería interesante. Los empleados la conocían y sabían cómo tratarla. Al vernos, el camarero, con el atuendo típico y una sonrisa amable, nos guio hacia una mesa cerca de la ventana lateral, desde donde podríamos disfrutar de la vista a la plaza y al callejón.

El interior era otro escenario. El bar estaba lleno de una mezcolanza de gente: turistas con las caras enrojecidas por los largos paseos y la falta de práctica con el vino seco; mujeres con ojos cansados y miradas duras y algunos jóvenes que intentaban imitar la vida de los adultos.

Antes de que me diera cuenta, me encontraba sentado con una cerveza en la mano, observando el espectáculo de la vida que se desarrollaba ante mí y a una hermosa mujer que, poco a poco, se relajaba ante mi presencia.

—¿Eres un raro? —preguntó, sin mirar la carta.

Ladeé el rostro y ella entornó los ojos.

—Todos cultivamos nuestras rarezas.

—Me refiero a la comida.

—Mi única intolerancia es a la amargura —dije y conseguí sacarle una mueca. No era una sonrisa, pero se acercaba—. Que me gusta todo, vamos...

—Está bien, ya lo tengo —dijo y llamó al camarero.

—¿Es aquí donde traes a tus citas? —quise saber, refrescándome con la cerveza—. No es el lugar más romántico al que me han llevado, pero aprecio el intento...

Ella negó con la cabeza.

—No... y por eso no es una cita —contestó y se dirigió al camarero—. Una tapa de ensalada, la carne y la fritura, ya sabes, lo habitual...

Al dirigirse a él, le noté un acento que camuflaba cuando hablaba conmigo y aposté a que lo mismo me ocurriría a mí al hablar con ella.

Rosario volteó la mirada hacia mí, mojó los labios en el tinto y tomó aire.

—Que esta cena, a modo de disculpa, sirva para aclarar las cosas antes de que te asalten las dudas, ¿entendido? Sé cuándo me excedo y cuándo no, por lo que creo que te mereces una oportunidad...

—Una segunda, quieres decir.

—No lo estropees antes de hora.

—Vaya...

—Pero no quiero que te confundas —prosiguió, sin dejarme hablar—. No estoy aquí para hacer amigos. No es de buen recibo que se presenten en tu oficina, sin avisar, intentando echar por tierra el trabajo de meses...

—Perdona, pero...

—Además, como te he dicho antes, no me gustan nada los famosos... Estoy cansada de tratar con ellos a diario. Esta ciudad es un circo farandulero y no necesito otro narcisista en el trabajo...

—Para el carro, Rosario. Nadie ha venido a quitarte lo tuyo.

—¿Lo mío? —preguntó, arqueando una ceja—. Pues yo diría lo contrario. ¿Acaso crees que no sé de qué va el asunto?

—Me intrigas, mujer...

El camarero nos interrumpió, dejándome con la miel en los labios y sirvió tres platos en la mesa.

—El solomillo al whisky, los calamares y la ensaladilla...

—Gracias, Paco —le dijo, apreciando el gesto con un toque en el antebrazo. Después regresó a mí—: Come, antes de que se enfríe.

—No has respondido a la pregunta —subrayé.

—Mu' bien, pues empezaré yo... —respondió, clavó el tenedor en la ensaladilla y se metió un poco a la boca. Yo la observaba, expectante. Rosario tragó y se aclaró la garganta para hablar—. Pues eso, Caballero, que eres un listillo.

—Piensa el ladrón que todos son de su condición.

—En absoluto —contestó, negando rotundamente con la cabeza—. Jiménez te ha convocado para que atraigas la atención nacional y que envíen a alguien desde Madrid... ¿Acaso crees que me chupo el dedo? Venga, hombre... La policía no sabe por dónde coger el caso y necesita hacerse escuchar...

—En toda España...

—Si no, ya me dirá qué pinta aquí alguien como tú...

—Sin experiencia.

—Yo no he dicho eso.

—Sin credibilidad.

—Esas son tus palabras.

—¿Entonces?

Rosario agachó la cabeza y me miró a los ojos.

—Sin pisar una redacción en años, muchacho.

—¿Eso es lo que te preocupa?

La pregunta tensó su columna y la obligó a reflexionar. Rosario tenía una lengua tan afilada como la punta de una espada, pero yo no había perdido destreza en el arte de la oratoria.

—Me preocupa el ridículo, que no tomen en serio mi profesión.

—Ah, eso...

—Y por lo que veo, a ti no...

—Es una cuestión de enfoque —añadí con una sonrisa cínica—. Algunos lo llaman orgullo, otros lo llaman determinación. Yo prefiero llamarlo supervivencia.

Tomé un trago de mi cerveza, observando a Rosario con una mirada fría y calculadora. Ella podía intentar tratarme con desdén, pero yo no era un perdedor como ella quería que fuera. Tendría que esforzarse más para provocarme una lágrima.

—No es mi cortijo, pero es mi periódico —explicó, cambiando el tono hacia uno más serio —. Quiero que se sepa la verdad, no que esto se convierta en una pantomima mediática.

—Y Jiménez quiere que se recuperen las obras y cazar a los ladrones. Él hace su trabajo y tú el tuyo. No veo nada de malo en ello.

La reportera miró a ambos lados y acercó su rostro al mío.

—Es que no lo va a conseguir, Caballero... Pero es demasiado complicado para que lo entiendas.

Imité sus movimientos y me acerqué a ella.

—¿Y qué te hace pensar que tú sí, García?

Nuestras miradas se eclipsaron. La tensión entre nosotros aumentaba mientras ella reflexionaba sobre mi pregunta. Yo, con mi experiencia en las calles, sabía cómo manejarme en esa situación. Ella, con su lengua afilada, estaba acostumbrada a dar y recibir golpes en el juego del periodismo. Pero en ese momento, ambos compartíamos una sensación de incertidumbre y fracaso. La vida no es fácil y a veces hay que arriesgarlo todo, incluso la cordura, para alcanzar los objetivos propuestos. No basta con ser optimista. Hay que estar loco, creer en lo imposible, plantarle cara al miedo y estar dispuesto a morir por una causa... y aun así, no siempre se acierta. Además, por mucho que duela, nunca se logra en totalidad lo que se busca. Esa era la sensación que ambos compartíamos en ese momento y mi pregunta no había hecho más que aumentar la agitación entre los dos.

—Ya sabía yo que esto era un error.

Sin más, hizo un ademán para ponerse en pie y marcharse. En un acto impulsivo, me acerqué a ella y la sujeté de los dedos.

—Espera, no te vayas. —Sus ojos se fijaron en mi mano, hasta que la solté y regresó a su asiento—. Estamos cenando, ¿no?

—Se me ha quitado el apetito —dijo y dio un trago a la copa.

—Mira, estoy de acuerdo contigo, con todo lo que dices, aunque me duela... —recapacité, utilizando el discurso del abatido, con el fin de darle la razón y hacerla cambiar de opinión—, pero si he viajado hasta Sevilla y sigo aquí sentado, es porque me he dado cuenta de algo en lo que nadie se ha fijado hasta el momento...

No existe nada mejor como una frase sin terminar para retener la atención de otra persona.

Rosario recapacitó, dejó el bolso en la silla y se sentó a la mesa. Luego me miró con una mezcla de desprecio y curiosidad. Era como si estuviera valorando si yo valía la pena o no. Únicamente sonreí, sabiendo que mi juego era más astuto que el suyo. Ella podía ser una mujer dura y fría, pero yo era un experimentado zorro de las calles, que había luchado, malviviendo, años antes de que ella ejerciera el oficio. Y no estaba dispuesto a perder esa batalla.

Después dio un trago al vino, esta vez más largo y dejó la copa en la mesa.
—Te escucho... y más vale que vayas al grano.

9

Las agujas del reloj parecieron detenerse en el interior de la taberna. La pregunta quedó flotando en el aire y Rosario pudo sentir la tensión en el ambiente. Era evidente que yo había estado reflexionando sobre el tema y que había llegado a una conclusión provechosa. Ella sabía que había algo más detrás de estos robos, y estaba ansiosa por escuchar lo que yo tenía que decir. Con una sonrisa en los labios, Rosario tomó otro trago de vino y se inclinó hacia delante, lista para escuchar más sobre mi teoría. Pedimos más bebida. Tenía su interés y sabía que debía expresarme con la mayor elocuencia posible, esta vez, sin trucos, sin técnicas de manipulación para la venta barata y sin más interés que el de ayudarla a resolver el entuerto.

Comencé por lo que había recabado por mi cuenta, que no era mucho. Ella escuchaba con atención cada palabra que salía de mi boca, pendiente de cada sílaba, de cada matiz, con su rostro iluminado por el reflejo del vino tinto.

Desconocía la ciudad y a los personajes que la habitaban, pero uno de los puntos de partida fue el modo de operar que los redactores de su periódico habían descrito en las noticias: obras de gran tamaño, difíciles de robar; operaciones nocturnas, poco después de la medianoche y en galerías privadas; nada de testigos, ni de cámaras de vigilancia. Era como darle un caramelo a un niño y eso llamaba mi atención, sobre todo, porque la policía iba tras objetos valorados en cientos de miles de euros o cerca del millón. Aquellos indicios bastaron para que mis alarmas como periodista saltaran, llegando a sospechar que no había robo alguno y que todo era una campaña de publicidad para golpear con una segunda acción. El hecho de que pronto se celebraran las elecciones municipales a la alcaldía, también levantaba las sospechas de ambos. ¿Estaban los comerciantes de arte orquestando una jugada para echar al alcalde de su trono?

En definitiva, los robos tal vez fueran una farsa, una trama orquestada por mentes retorcidas para beneficio propio. Y yo, como buen cazador de historias, estaba listo para desenmascararlos.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, mientras yo pedía otra ronda, aunque no con tanta gracia como lo hacía ella. Sabía que juntos, Rosario y yo, íbamos a sacudir las estructuras de la ciudad y a descubrir la verdad.

—Entonces, ¿qué? ¿Estamos en el mismo barco?

Ella aguardó la respuesta y sus ojos bailaron por el contorno de la copa de cristal. No puedo decir en qué momento aquellos ojos me llevaron a pensar en la melancolía, pero lo cierto era que en sus labios albergaba la respuesta que no quería escuchar.

—Suena fácil, Gabriel, pero la realidad es otra, mucho más compleja de lo que aparenta...

—Ahora tienes la oportunidad para contármela.

—¿Qué? —preguntó, ruborizada—. Lamento decirte que es información confidencial. Hay

mucho en juego. Si crees que me vas a emborrachar con tres vinos para que lo suelte todo, la llevas clara.

—He visto caer torres más altas.

—No, conmigo, Caballero.

Mi mente se embriagaba con las teorías conspiratorias, mientras el veneno del alcohol me recorría las venas.

Era un juego peligroso, pero algo en aquella misteriosa situación me llamaba, me atraía. Quería saber la verdad escondida detrás de todo aquello, quería saber si los comerciantes de arte estaban vertebrando una jugada para echar al alcalde de su trono. Era una búsqueda imprudente, pero estaba dispuesto a arriesgarlo todo por ella.

—En ese caso, no tenemos tiempo para el temor, ni para explicar muchas otras cosas... Será mejor que nos pongamos en marcha, Rosario.

Ella volvió a sonreír. Estaba sacando su lado más amable del rechazo.

—Lo siento, no me gusta trabajar en equipo.

—Míralo como una colaboración.

—Creo que será mejor que regreses al hotel y que descanses —sentenció, poniendo fin a la negociación—. Ha sido un día largo para ambos y el vino nos obliga a decir muchas estupideces... No quieras arrepentirte mañana.

—Hace tiempo que no me arrepiento por nada.

Rosario pidió la cuenta y suspiró, mirándome como quien observa a un caso perdido.

—De veras, aprecio tu interés y lamento haberte juzgado de esa manera, pero es un asunto frágil como para que atraigas a los focos de la televisión. Compréndelo, por favor.

En el fondo, eso era lo que más le preocupaba, que no le dejaran hacer su trabajo sin una cámara de televisión pegada a su sombra. Me recordaba a mí, antes de dar el salto a la notoriedad, si es que se podía llamar así a lo que me había sucedido. La fama, más que dar dinero, me había regalado una vida llena de quebraderos de cabeza y algún que otro desliz nocturno. Sinceramente, no me había servido de mucho, más allá de las copas sin cargo que había bebido en las barras de los bares de los hoteles y de los revolcones que había pegado con quienes me confundieron con una persona que no era.

Cuando el camarero trajo la cuenta, me adelanté a abonarla. A ella le molestó el gesto, pues no pareció gustarle lo más mínimo.

—Descuida... Tú pagarás a la próxima.

—Puede que no haya una siguiente vez —aclaró, marcando las líneas del futuro—. No me gusta esta clase de detalles.

—Por eso mismo, mujer —respondí y le regalé una sonrisa jovial, esquivando sus palabras como si no fueran para mí. Y era cierto. No lo eran. El veneno que salían de ellas no tenía nada que ver conmigo y eso me hacía sentir tranquilo. «Pero... ¿quién sabe?», pensé mientras me levantaba de la silla, dejando a Rosario sentada allí, con su copa de vino y sus pensamientos. Quizá nos volviéramos a ver, tal vez no. La vida es un juego de azar, una sucesión de encuentros y desencuentros y yo estaba dispuesto a apostar mis cartas, sin importar el resultado final.

De pronto, el teléfono móvil vibró. Comprobé la pantalla y no reconocí el número.

—¿Sí? —pregunté, desconcertado.

—Caballero, soy Jiménez, ¿llamo en un mal momento?

—Vaya, inspector... —dije, despertando el interés de mi acompañante—. No, no lo creo... Los he tenido peores.

—Estupendo, porque necesito su presencia lo antes posible.

—¿De qué se trata?

—Ha habido otro robo... en una galería... Quizá usted pueda ver algo que se nos ha escapado hasta la fecha.

—Entiendo... ¿Ha de ser ahora?

—¿Para qué está aquí?

—Por supuesto, haré lo que pueda. Cuente con ello.

—Un compañero lo esperará en la puerta del hotel Casa Imperial en unos minutos. No se demore.

—Ahí estaré... —dije al escucharlo y colgué.

A Jiménez le había faltado tiempo para ponerme un localizador en el cogote.

Vi a Rosario con una actitud cambiada tras la llamada. Su desinterés se había convertido en una obsesión desmedida. Sus ojos brillaban con una conveniencia insaciable. Era una mujer interesada, una alma perdida como la mía, buscando la siguiente pista que la llevara a cerrar el círculo de sus intereses profesionales.

—¿Y bien? —preguntó, expectante.

—Supongo que no es un adiós.

10

El coche de la secreta nos recogió en la puerta del hotel, tal y como Jiménez había indicado y nos llevó a una lujosa galería del centro de la ciudad, no muy lejos de allí y cercana a una antigua estación de trenes que ahora funcionaba como centro comercial.

La ciudad bullía bajo la luz de medianoche y esa esencia de vida, esa intensidad me traspasó el alma, como un recordatorio de lo que, en ocasiones, cuando llegaba el invierno y los días se volvían tristes y la luz era escasa, echaba de menos en el Levante.

Rosario y yo no cruzamos palabra durante el trayecto. Al fin y al cabo, éramos dos extraños y nuestros cuerpos estaban sentados en la misma caja de metal, con solo la distancia del asiento del centro que nos separaba. El silencio era lo que mejor se adaptaba a mi estado de ánimo en ese momento. Me notaba cansado, el vino me había dejado algo soñoliento y no tenía ganas de establecer una conversación banal con el agente que conducía.

Bajamos del vehículo y percibí la presencia policial en el interior de la galería. La fiesta había llegado a su fin. Los agentes municipales y nacionales se encargaban de desalojar las instalaciones, obligando a los invitados a marcharse. A lo lejos, al otro lado del cordón policial, vi las figuras del inspector Jiménez y de su compañera.

Él era fácil de reconocer, debido a ese bigote de otra época y a una joroba incipiente en su espalda. Ella, simplemente llamaba la atención con su presencia.

Me abrí paso entre la gente, cruzándome con rostros bellos y elegantes. Allí había dinero, así que intuí que las obras tendrían un alto valor. Sin embargo, todo era confuso y caótico. El ambiente era el de una especie de operación policial y yo no podía evitar sentirme molesto en medio de ese caos.

El inspector me observó al llegar y me permitió pasar con un gesto de su cabeza, aunque su rostro no conseguía ocultar la desaprobación que sentía por mi acompañante. Sus hombres me franquearon el paso, pero yo podía sentir su mirada sobre mi piel, como una amenaza constante. La tensión entre nosotros era palpable y no disimulaba en incomodarme bajo su escrutinio.

—Déjalos pasar —indicó al agente.

—Buenas noches, inspector.

—García... —respondió él y señaló con la mano hacia la entrada de la galería—. Bien, vayamos al tajo, que tengo ganas de irme a la cama... Ahí dentro es donde ha sucedido. Han robado un cuadro en plena fiesta.

—Es el tercero.

—Ah, ¿sí? No me fastidie, Caballero...

—¿A qué se refiere con lo de «en plena fiesta»? —pregunté.

—¿No lo ves? El ladrón nos está dejando un mensaje —añadió la reportera.

Jiménez la miró desdeñoso.

—Otra que ha descubierto el fuego... —comentó y echó a caminar hacia la puerta.

El local era amplio, luminoso y parecía haber sido remodelado recientemente. En el interior había varias salas con cuadros de toda clase y estilos. Yo no era un conocedor de arte, de hecho, mi experiencia con la pintura nunca había sido buena. Pero, eso era lo menos importante. Era el valor de las obras lo que estaba provocando aquellos robos, no su significado, o eso quería creer. Supuse que allí dentro había suficiente dinero —especulado, en su mayoría— como para vivir cómodamente, así que intuí que un buen seguro a todo riesgo cubriría toda clase de infortunios.

Entramos en la sala principal, por donde aún flotaban las fragancias ligeras y opulentas de la alta sociedad sevillana, el olor a dinero y poder todavía se respiraba en el aire. El policía nos guio hasta la escena del supuesto crimen, donde el lujo y la opulencia contrastaban con las marcas del robo.

Entre dos cuadros, quedaba el espacio vacío de una obra que había desaparecido. Miré a las esquinas de la sala, los dos focos de luz iluminaban desde diferentes ángulos, pero no había rastro de cámaras de seguridad ni dispositivos de alarma.

Me pareció todo, cuando menos, extraño.

—Aquí ha sido —comentó Jiménez, mirando el espacio como si fuera otra obra de arte—. El cuadro estaba ahí... y se lo han llevado.

El hueco era amplio, lo suficiente para necesitar unos brazos bien largos y musculosos para mover el cuadro. Sin duda, sacarlo de allí habría sido una tarea difícil que habría llamado la atención.

Di un vistazo a la estancia. Era estrecha y había más obras apiladas contra las paredes. Me cuestioné cuándo y cómo lo habrían sacado de allí, siendo tan grande y llamativo. Era como si el lugar hubiera sido saqueado por unos expertos, que sabían exactamente lo que estaban buscando y cómo conseguirlo.

—¿De quién era el cuadro?

—Pertenece a una colección privada. Estamos averiguando quién es el propietario.

—Me refiero al artista.

—¿Importa eso? El dichoso cuadro está valorado en seiscientos mil euros.

—Y ahora costará un poco más... —comenté, estudiando las salidas. Sólo había dos, una a cada lado de la obra—. Déjeme adivinar, inspector...

Jiménez sabía por dónde iba y dirigió la mirada al exterior.

—Lo tienen ahí fuera —dijo, asomándose al pasillo y señalando a la mampara del local—. Están tomándole declaración.

—¿Es ese Lorenzo Rupestres? —pregunté, al ver a un bohemio, melenudo, vestido con una capa negra y sujetando un bastón de madera, hablando con Llanos—. No lo imaginaba así...

—Es un pintor, ¿qué espera?

—¿Qué se celebraba hoy? —preguntó la reportera, desviando la conversación.

—Una nueva colección.

—Que no tenía que ver con Rupestres.

—No, pero cualquier excusa es buena para ir a un piscolabis.

—Y se han llevado su cuadro... —remarcó Rosario, poniendo a prueba la eficacia policial—. Con todos los que había, no sé... me genera suspicacia.

—¿No te convence un pellizco de setecientos mil euros? El resto no vale ni un cuarto de la

cifra.

—¿Dónde estaba la policía en ese momento? Es el tercer cuadro que se llevan del mismo autor...

—¿Crees que todo gira en torno a esto, bonita? La ciudad nos necesita para lo importante, que se encuentra al otro lado del río —explicó, quitándole importancia al hurto—. Además, aquí estaba hasta el alcalde, con su seguridad y su guardia pretoriana... Era impensable que sucediera algo. A nadie se le ocurriría pegar un palo.

—A nadie, nadie, inspector...

Rosario lo miró desconcertada y yo hice una nota mental del comentario del policía. De algún modo, ella desconfiaba hasta de su sombra.

—¿Cuánta gente había aquí dentro? —quise saber, cortando el enfrentamiento—. No entiendo cómo no se ha podido ver nada...

—Vamos a ver, Caballero, ¿ha venido a colaborar o a tocarme la moral?

—Cincuenta personas —indicó la inspectora Llanos, irrumpiendo en la sala y entrando en la conversación. Casi me había olvidado de ella—, la mayoría del ámbito público de la ciudad. Tenemos los nombres y apellidos de los asistentes.

—Pongamos cincuenta y una.

—¿Cómo dice, escritor?

—No creo que el ladrón estuviera interesado en formar parte de esa lista, sabiendo que la policía se encargaría de interrogar a cada uno de los presentes...

—¿Has llegado tú solo a esa conclusión? —preguntó la reportera, desafiante.

—Centrémonos en lo que falta aquí, que es el cuadro de ese muchacho —comentó Jiménez, poniendo tierra de por medio y regresando a lo único que nos unía a todos allí dentro—. Debemos averiguar cómo carajo han sacado un lienzo de este tamaño sin que nadie lo viera.

—¿Quién nos asegura que lo han sacado?

—Es evidente, ¿no? Por cierto, ¿dónde diablos está esa periodista?

Cuando nos dimos cuenta, Rosario había desaparecido de allí. Su ausencia puso en guardia al inspector.

Por un instante, el ambiente en la sala se volvió tenso.

—No me fío un pelo de ella... —me murmuró—. Y tú tampoco deberías, Caballero.

—Cualquiera lo diría, sabiendo que el periódico y la policía trabajan juntos.

—Ese no es el kit de la cuestión.

—Ni el quid, pero gracias por el consejo, inspector...

La reportera no tardó en aparecer por uno de los pasillos de la galería.

—Necesitaba ir al baño. ¿También debo notificárselo al Cuerpo?

—La próxima vez, hágalo saber —dijo el inspector y se dirigió a mí—. En fin... ¿Qué piensa, Caballero?

Esperaba una respuesta que cumpliera con las expectativas. Esa era la razón por la que estaba allí. Yo representaba la fe, la esperanza de que todo iba a salir bien, de que obraría el milagro como un santo de madera y de que pronto acabaríamos atrapando a ese caco de guante blanco. Por desgracia, me sentía cansado, tal vez por la cerveza o por el exceso de información y era incapaz de darle un veredicto con sentido.

—No lo sé... Necesito algo de tiempo para masticar los detalles.

—Mastique, mastique... y digiera lo que pueda —comentó, decepcionado y buscó su cajetilla de cigarrillos—. En fin, descanse. Pase mañana por la comisaría y hablaremos con calma. Ha

sido un día largo para todos.

En ese momento vi la silueta del artista entre las sombras de la calle, fumando un cigarrillo.

—¿Qué dice ese? —le preguntó Jiménez a su compañera.

La inspectora negó con la cabeza.

—Estaba aquí, como todos. No vio nada.

—¿Tiene coartada?

—Por supuesto. Adivina.

—Claro, eso ya lo sabía... En fin, sigamos con lo nuestro.

Rosario estaba en lo cierto. El ladrón intentaba dejarnos un mensaje, pero me faltaba información. Puede que todo aquel juego del escondite fuera una treta para burlarse de Jiménez y de su equipo, o que alguien, simplemente estuviera jugando a ser Robin Hood. Demasiadas teorías, pensé.

Quizá fuese un plan más sencillo, aunque no menos retorcido y todo aquel vaivén de escenarios fuera un engaño articulado para vender las obras en el mercado negro.

La respuesta no la encontraría esa noche.

Esa era la única certeza que albergaba en mi cabeza, pero Rosario no parecía dispuesta rendirse tan rápido. Lo supe en cuanto la vi acercándose al artista.

11

Bajo la fachada de un hermoso edificio, rodeado de luces y sombras, el pintor, con su cabello oscuro y rizado, como si fuera un cantaor de flamenco, fumaba protegido con su capa negra, sujetando el cigarrillo con unos dedos llenos de bisutería y una mirada seductora que embrujaba lentamente a la reportera para que se trabara con las preguntas. Con la otra mano, no menos ligera de sortijas, se apoyaba en el bastón de madera. No estaba celoso, pues sabía reconocer el don ajeno. Lorenzo Rupestres lo tenía todo para convertirse en una superestrella.

—Lo ocurrido es una tragedia, arte puro, en última instancia, como todo en esta vida... —le dijo a Rosario cuando me acerqué a ellos, con un acento del sur, algo pulido, que no logré identificar. La reportera estaba tan embebida en el encuentro, que ni siquiera notó mi llegada.

—Mi nombre es Gabriel Caballero.

Él entornó los ojos y sonrió levemente.

—¿Qué hay? —preguntó, desinteresado.

Como a la mayoría de los artistas, sólo le interesaba una cosa.

—No mucho.

—Ya...

—Gabriel, Lorenzo está destrozado —me comentó Rosario, saliendo del trance y apoyando moralmente al pintor—. Le han robado sus tres obras más valiosas, dejándolo sin nada que comercializar.

Escuché con atención y miré al tipo. Él permanecía con los ojos entrecerrados, envuelto en esa aura de misticismo que lo rodeaba.

—Si estoy en lo cierto, legalmente, no eran tuyos.

—Te equivocas —dijo, levantando el bastón—. La autoría es un tema muy complejo.

—Pero los habías vendido.

—Eso, sí, claro...

Rosario lo miraba con los brazos cruzados y un halo de pena por él que me preocupaba.

—Con la obra secuestrada, su carrera se paraliza.

—Seguro que tienes algo más por ahí... —comenté, guiñándole un ojo—. Estos tipos se tragan cualquier cosa...

El comentario no le agradó. Su expresión cambió y clavó el bastón en el suelo.

—El arte es una cosa muy seria. No todo vale.

—Me lo vas a decir a mí...

—Si no recuperan esas obras, mi carrera estará terminada —manifestó con tristeza, apretando la mandíbula—. Las oportunidades son únicas, pero no garantizan que todo vaya a salir bien.

¿Sabes la cantidad de artistas con talento que desaparecieron en el olvido? La sociedad jamás ha estado educada para apreciar la pintura.

Por supuesto, no le iba a preguntar por cómo había llegado a lo más alto. Preferí dejar que siguiera en su fantasía. En el fondo, la mayoría de los artistas famosos que conocíamos, habían sido descubiertos de una manera parecida. En todos los oficios había que trepar.

—Comprendo tu malestar, Rupestres, si te sirve de consuelo...

—No, no lo hace.

—¿Has presenciado algo extraño durante la fiesta?

—He observado a muchas personas que mienten diariamente, personas que se encuentran enmascaradas y pretenden ser alguien que no son, personas que utilizan su dinero para impresionar a otras, que solo buscan la aprobación de los demás.

—Me refería al robo —especifiqué, dejando de lado su visión moralista—. Es complicado sacar un cuadro de esas dimensiones sin llamar la atención.

—Soy pintor, no ladrón —respondió, encogiéndose de hombros—. Ellos son como los magos, artistas en lo suyo, en engañarnos a todos. Yo tampoco doy crédito.

—¿Crees que alguien en particular querría hacerte daño, profesionalmente hablando?

La pregunta provocó una sonrisa juguetona en su rostro y después miró coqueto a Rosario.

—Caballero, ¿cierto?

—Sí.

—Hay muchas personas malvadas en este mundo... —contestó y chasqueé la lengua, a modo de que no volviera al sermón de antes, pero Rupestres me paró con la mano y continuó—. En lo personal, tengo muchos admiradores y también muchos detractores, pero mis cuadros representan otra cosa, lo infinito... y sé que hay varias personas poderosas encantadas por verme caer.

—¿Quiénes? —quiso saber Rosario.

—No diré nombres, no soy un chivato. Tal vez puedan conmigo, pero no con mi arte.

—¿Te refieres al alcalde?

Su semblante cambió de nuevo. Esta vez, se volvió templado y pensativo.

—¿Acaso me he referido a alguien en particular? Los periodistas estáis para hacer el bien y no para poner en mi boca las palabras que jamás pronuncié.

—Dios mío, qué lírico todo...

Rupestres lanzó la colilla al suelo y la apagó con la punta del bastón. Después se colocó la oscura capa e inclinó la cabeza hacia la luna.

—¿No te parece que hace una noche maravillosa, Rosario? —preguntó en voz baja y ronca y le brindó una última sonrisa—. Me iré a casa dando un paseo. Ha sido una larga jornada... Buenas noches.

—Rupestres.

El pintor, que ya había empezado a andar, giró la cabeza cuando oyó mi voz.

—¿Sí?

—Una última pregunta.

—Dispara.

—¿Por qué tú? Es decir, ¿por qué a ti?

Las palabras quedaron suspendidas en el aire y él pegó una carcajada. Luego se dirigió a mí seriamente:

—Cuando te crees el mejor... ya has dejado de serlo.

12

Me presenté en la comisaría, un edificio del centro, con la característica arquitectura del casco antiguo. Le dije al guardia de la garita la razón de mi visita. Como si me esperara, se levantó y me pidió que lo acompañara por un pasillo. El interior estaba lleno de agentes moviéndose de un lado a otro, algunos con uniforme, otros vestidos de manera casual. Me impresionaba ver tantos policías con armas en el cinto y andares confiados.

Atravesamos diversos pasillos, varios despachos llenos de ordenadores y, finalmente, el agente abrió una puerta y me invitó a pasar.

—Llegas tarde, Caballero —dijo Jiménez, tuteándome, en el interior de una sala de reuniones en la que había unos cuantos policías más —. Toma asiento.

Entré y la puerta de aluminio se cerró de un golpe. La sala era estrecha, estaba a oscuras y la única ventana tenía las persianas bajadas.

Busqué un lugar en el que escuchar desde la distancia, pero todas las sillas estaban ocupadas. Debía de ser mi día de suerte, pensé cuando vi un asiento libre al otro lado de la última fila, junto al de Llanos. La inspectora no opinó lo mismo cuando nuestros ojos se encontraron y leyó mis intenciones.

—Buenos días... —susurré, pero ella me silenció con un seseo.

Carraspeé para aclararme la garganta, solventar el ridículo rechazo con deportividad y volteé la vista al frente. El inspector Jiménez explicaba lo ocurrido en el último robo sobre la diapositiva que el proyector extendía en el telón blanco.

—La Guardia Civil está controlando todas las salidas de la capital desde que se produjo el robo, anoche... —explicó, con una voz ronca y sin melodía con la que empezaba a familiarizarme —. Por nuestra parte y con la ayuda de los municipales, estamos vigilando los puentes y las embarcaciones, en caso de que los ladrones tuvieran intención de escabullirse navegando o intenten esconder las obras a flote... Por desgracia, no hay efectivos suficientes para estar mirando los maleteros y el interior de todos los camiones que entran y salen de la provincia... Ni mencionar la de problemas y atrasos que puede generar esto al comercio y a los servicios de reparto... Dicho esto, creemos que los cuadros siguen en Sevilla, pero no aguantaremos mucho tiempo con esta clase de controles hasta que empiecen a tocarnos la moral... Así que ya sabéis, cuarenta y ocho horas para que le pongamos al alcalde la cabeza de esos cabrones... Ni una más, ni una menos.

Me pareció curioso que Jiménez hubiera llegado a la conclusión de que el botín aún estaba en la ciudad y que eran varios los cacos. Si eso era cierto, debía estar bien escondido. De lo contrario, todo habría sido una obra de principiantes. Una jugada arriesgada, pensé, siempre y

cuando los ladrones supieran lo que estaban haciendo. Oteé a la inspectora Llanos y sentí su perfume, a pesar de la altivez y ese carácter frío, algo en ella me hacía suponer que era una mera fachada. Si algo había aprendido de aquella novela de Suskind, es que el perfume de una persona dice más de ella que su apariencia. El perfume que elegimos nos muestra tal y como somos por dentro. El de la inspectora era dulce, delicado, sin pomposidad ni falsas pretensiones.

—Las cámaras de seguridad captaron a dos tipos saliendo de una furgoneta, horas antes del robo, a escasos metros de la galería, por lo que buscamos a dos varones de complexión atlética, fuertes, con la capacidad de sujetar una obra de peso y con el talento para pasar desapercibidos —matizó el inspector a sus hombres mientras mostraba las imágenes borrosas de un vehículo de reparto—. Por supuesto, de momento, barajamos a diferentes sospechosos que están en la lista, pero no tendremos un rostro hasta que los testigos nos den más información y podamos sacar un retrato robot... Así que, ya sabéis, a husmear las calles en busca del maldito furgón y encontrad las obras de los cojones... Quiero que busquéis hasta en el último rincón de esta ciudad, como si tenéis que levantar el Alcázar y remover el dormitorio de los Reyes Católicos. Se me entiende, ¿verdad?

La respuesta fue un murmullo colectivo. Todo estaba dicho y no había más tiempo que perder.

—Perfecto, así me gusta... Y no llaméis si no es para algo importante. Ahora, ¡al tajo!

La docena de policías que trabajaba en el caso se levantaron y salieron de la sala. Algunas miradas me escudriñaban con desconfianza, como si yo no perteneciera a su mundo. En realidad, no se equivocaban. No era mi lugar. Mi sitio siempre había sido en las trincheras, las otras, las del micrófono y el bloc de notas, las que hacían su trabajo más incómodo. Pero la vida da muchas vueltas y una de ellas me había llevado hasta allí.

Observé al inspector agotado y supe lo que estaba haciendo. No debía de ser fácil para él, después de tres días sin dormir, pero tenía que mantener el temple ante sus hombres. Si perdía la esperanza y la fortaleza, desanimaría al resto del equipo.

—Ya has oído al inspector, al tajo —comentó, finalmente, la inspectora Llanos.

—Vaya, pensaba que eras de porcelana.

—¿Qué haces esta noche?

Sonreí. No daba crédito.

—¿Qué me propones, inspectora?

—No sé, tal vez te invite a dormir en los calabozos —bromeó, me devolvió la sonrisa y me quedé sin palabras—. Anda, quizá el de porcelana seas tú.

Luego se levantó, cogió su carpeta y salió de la sala.

Los pasos de Jiménez se acercaron a mí.

—Caballero, ¿has desayunado?

—No.

—Vamos, te invito.

—Estoy bien, gracias.

—Calla, hombre... Vamos a un lugar sagrado.

—¿No es un poco pronto para ir a misa?

—Sí, claro... Venga, tira... Es hora de confesarnos.

13

«Llámame, es urgente. El ladrón podría ser una mujer».

Rosario me envió un mensaje cifrado mientras me dirigía a la cafetería con Jiménez. Tengo que admitir que la reportera sabía cómo manejar la información y mantener el misterio. La última frase era un enredo y no la primera. Ningún periodista se ponía en contacto con otro cuando este le indicaba que algo era urgente. Más bien, lo hacía cuando soltaba algunas migajas de información.

Pospuse la llamada para más tarde. Esperaba con interés escuchar la confesión de Jiménez y no tenía intención de involucrar a Rosario en la conversación con el inspector. En primer lugar, quería escuchar lo que tenía que decirme, para así poder comprender mejor su forma de pensar.

Entramos en el bar y nos sentamos a una mesa de madera. Me preguntó qué quería para desayunar. Después pidió dos molletes con jamón serrano y tomate, un par de cafés bien fuertes y una botella de agua con gas. Con cada palabra, el policía arrastraba una tos seca que no auguraba nada prometedor.

—Debes frecuentar menos los karaokes, Jiménez... o acabarás cantando como Sabina.

—Es el tabaco lo que tengo que quitar de mi vida —comentó, acusando el malestar al vicio —. ¿Cómo es que no fumas?

—Lo dejé hace tiempo.

—Los periodistas fuman. Los escritores, también.

—Los artistas mediocres necesitan tener algo entre los dedos para parecer más inteligentes hablando.

—Entiendo... —dijo, sonriente—. Fumar ayuda a matar el estrés, los silencios, las memeces y la falta de respuestas.

Mi interlocutor no estaba teniendo un buen día.

No tenía necesidad de decírmelo.

—Interesante charla, por cierto.

—No les he revelado nada que no sepan —intervino, antes de que continuara—, pero alguien necesita pensar en voz alta y para eso estoy a cargo y me como los marrones.

—No tengo nada que objetar.

—Bien, porque quiero hablar contigo sobre lo de anoche.

—Te escucho...

El desayuno estaba listo. El camarero interrumpió a Jiménez y éste hizo una pausa para llevar los platos a la mesa en la que nos encontrábamos. El zumbido de la cafetera y el alboroto de la mañana conformaban un ruido de fondo que impedía que nos escucharan, como si estuviéramos

conspirando. Pero, en realidad, los dos llamábamos la atención, con nuestra forma de vestir, nuestra actitud y nuestra forma de hablar.

—Digamos que he estado un poco holgado cuando he dicho lo de las cuarenta y ocho horas... —explicó, rascándose el mentón y jugando con la cucharilla de café—. En el fondo, será un milagro si nos dan veinticuatro. El aparato es insostenible tanto tiempo y la ciudad se quedaría sin recursos, siempre y cuando no nos manden refuerzos de fuera, claro...

De repente, recordé las palabras de Rosario y sus motivos para no cooperar conmigo desde el inicio. Me pregunté si esa era la razón por la que Jiménez me había arrastrado hasta allí, a las intrigas palaciegas de los políticos y las fuerzas del orden.

—¿Qué tenemos sobre la mesa?

—Ya lo sabes —contestó, desairado—. Tres robos de tres cuadros en tres noches.

—En tres galerías y de tres propietarios diferentes.

—Efectivamente. Una suma que alcanza el posible valor del millón y medio de euros en total en el mercado.

—Y todos del mismo autor.

—Equilicuá —dijo y no pude recordar cuándo había sido la última vez que había escuchado esa expresión.

—Hablamos de una cantidad que las aseguradoras no están dispuestas a cubrir.

—Deberían, pero harán lo imposible por encontrar un fallo.

—¿Por qué ahora y así?

—No lo sé. En Sevilla hay robos, muchos, pero no de esta clase, compadre.

—¿Ladrones o intereses personales?

—Eres preguntón, ¿eh?

—Hago mi trabajo.

—Pues ni idea, Caballero. Hay quien piensa que es un plan para hundir la carrera de Rupestres.

—El artista. ¿A santo de qué?

—Bueno... —murmuró y se acercó para susurrarme algo—. Digamos que tuvo un desliz con la esposa del alcalde.

—De ahí el comentario de anoche con Llanos sobre su coartada.

—No se te escapa una, escritor.

—¿Y lo sigue teniendo?

—Lo cierto es que no me meto en camas ajenas.

—Pero insinúas que esta es la forma de vengarse del alcalde.

—No del todo... —opinó, negando con la cabeza y dio un sorbo al café—. De hecho, no creo que el alcalde sepa nada. Pero ella sí que está al tanto y al día de cómo se cotiza el valor del pintor... De hecho, fue ella quien lo introdujo en los círculos artísticos.

—Ella, entiendo que tiene un nombre...

—Carmen Linares, pesado.

—Tranquilo, déjame pensar... Linares tiene un escarceo con el artista, lo presenta a los galeristas, se hace famoso y, ¿ahora intenta arruinarle la vida?

—No van los tiros por ahí.

—Debo de estar haciéndome viejo. Mis aventuras amorosas nunca fueron tan complicadas.

—Es pronto para confirmar nada, pero barajo una hipótesis y quiero que la escuches para conocer luego tu opinión.

—Como si esta valiera algo hoy día...

—Mira, tengo mis dudas de que Liborio Cano no haya oído nada, pero lo conozco de hace tiempo —explicó, poniéndose serio—. Es un político de la cabeza a los pies y ya sabes lo que eso significa... Es un buen cabronazo manipulador, con la sonrisa por delante y sujetando el puñal por la espalda. En unos meses hay elecciones y su legislatura no ha sido ejemplar, aunque tampoco creo que le importe...

—¿Entonces?

—Un buen palo. Tiene los contactos necesarios para sacar los cuadros de Sevilla, encontrar compradores en las subastas del mercado negro y acabar el mandato con un divorcio sonado, donde él quedará como un ángel, una carrera política que nadie recordará y un buen puñado de billetes que esconderá en algún paraíso fiscal. En definitiva, ¿quién carajo es Rupestres? Nadie. En unos años, se habrán olvidado de él y de su trabajo.

—Sin ofender, pero suena un poco peliculero.

—Este país gana a Hollywood con goleada —respondió, confiado—. Por supuesto, no lo logrará sin ayuda.

—Asumo que tienes pruebas para hablar con tanta seguridad.

—Ni una.

—Ajá. Eso suena bien. Y, sin embargo...

—Llevo treinta años en el Cuerpo y me han caído más hostias que paquetes de tabaco —confesó con dolor—. No tengo pruebas, pero sé que algo está podrido desde hace tiempo y estoy cansado de mirar para otro lado.

—Aunque suene extraño, me reconforta lo que dices —confesé y le di un sorbo al café—. Por un momento, pensé que querías que atrajera a los medios de comunicación para que esto se convirtiera en un asunto mediático.

—Sí, hombre... Eso es lo último que necesito —respondió, cargando su voz de desprecio, lo que, de alguna manera, me alivió—. ¿Cómo crees que me quedé cuando Rojo me dijo que me enviaba a un famoso de la tele?

—Tampoco exageremos, inspector... —contesté, bañándome en dignidad—. Pago mis impuestos, la televisión da dinero fácil... Vas, te conviertes en el personaje que interpretas, discutes con los invitados, gritas y te dejas llevar por la función absurda de los platós de televisión... Es otra manera de ganarse la vida honradamente...

—La caja tonta, Caballero.

—Con mis respetos, hay idiotas dentro y fuera de ella.

—Y tu conciencia... ¿cómo está, tranquila?

—La dejo en casa antes de salir —dije, sorbí el café y regresé a la razón del encuentro. Era el momento de aportar un nuevo enfoque—. ¿Por qué estás tan seguro de que los ladrones son dos varones?

Él abrió los ojos como platos.

—No entiendo tu pregunta.

—Es lo que has dicho en esa sala.

—¿Viste el tamaño del cuadro? Es lo único que me entra en la cabeza.

—Podría ser una mujer.

—Sí, tu amiguita, no te jode...

El inspector se acercó a la barra y pagó.

Después volvió a mí y me hizo un gesto para que lo acompañara.

—Ven conmigo. Vamos a dar una vuelta... Quiero que conozcas a un tipo muy peculiar.

14

Con el estómago lleno y el sol del mediodía haciendo que la temperatura subiera, el inspector me guio por los callejones del centro de la ciudad, fumando un cigarrillo y manteniendo el misterio de nuestra visita. Él dijo que quería presentarme a alguien, a una persona importante que podría aportar algo de información al caso. Necesitaba otro punto de vista, uno que no estuviera tan metido en el ambiente. Al igual que Alicante o Valencia y la gran mayoría de las capitales de provincia, Sevilla era una ciudad en la que todos se conocían, para bien o para mal. Eso podría ser una gran ayuda, pero también un inconveniente, ya que podía intoxicar el juicio propio y las amistades. Conmigo, nada de eso sería posible. El inspector había sido advertido de mi propensión a hablar sin rodeos, lo cual le daría una perspectiva clara y cercana a la objetividad.

Después de patear los callejones que rodeaban el Ayuntamiento y continuar por las estrechas calles de adoquines, nos detuvimos ante la entrada de un bajo acristalado y bien iluminado, no muy lejos de la Giralda. El interior estaba abarrotado de grandes cuadros de diferentes estilos y, según mi intuición, de gran valor. Eran objetos de deseo, pero también recordaban la hipocresía y la superficialidad del mundo del arte. Me pregunté cuántas de esas pinturas habían sido compradas por coleccionistas y cuántas por amantes del arte. Sin duda, una imagen de la sociedad en la que vivimos.

El inspector tocó el timbre y la puerta se abrió. La sala estaba vacía. Era una galería de arte moderna, con suelo de moqueta y largos pasillos.

Nos recibió una elegante señora rubia, vestida con americana y pantalones de traje. Pero a pesar de su aspecto, su mirada fría y calculadora revelaba su verdadera naturaleza. Ella era una comerciante, no una entusiasta del trabajo de los artistas. Estaba interesada en vender sus mercancías para los ricos y arrogantes que podían permitirse el lujo de gastar grandes sumas de dinero en cuadros que, probablemente no comprendían ni apreciaban. Me cuestioné cuántas veces había presenciado la misma escena y cuántas veces había sentido la satisfacción de la victoria al cerrar la venta.

—Buenos días. ¿Cómo puedo ayudarles? —preguntó con un marcado y exótico acento mezclado entre la fonética eslava y andaluza—. ¿Tenían una cita concertada?

Jiménez no se presentó.

La mujer me miró con una mezcla extraña de desdén y dulzura. De un vistazo, calculé que la comercial no tendría más de treinta años. Su aspecto era impecable. Sospeché que ella estaba allí debido a que era una máquina de vender, de generar ingresos para su jefe; aunque en algún momento emprendería su propio camino. A juzgar por su actitud, no le importaba que no fuéramos a comprar nada, pero debía mantener su comportamiento. A veces, las apariencias

podían ser engañosas, por muy experimentada que estuviera.

En cuanto a mí, no iba a ser tan memo de caer en su juego. Conocía de sobra las reglas. El dinero y la apariencia eran la religión en la mayoría de los contextos en los que me había movido a lo largo de los años, las dos únicas cosas que realmente importaban y, a pesar de toda la experiencia, la única lectura que sacaba en claro era que nada había cambiado en décadas.

—Irina, ya me encargo yo —dijo la voz de un hombre serio y mayor que ella, con una alopecia que rodeaba su cabeza como un anillo. La figura se perfiló entre los pasillos e Irina, con educación, me dirigió una última mirada y desapareció de nuestra vista.

—Don Juan — comentó el inspector, dejando claro con quién teníamos que tratar. Por el tono de su voz, advertí el respeto o el complejo que sentía frente a ese hombre e intuí que estaba ante el conocido empresario don Juan de Ramos—. Muchas gracias por recibirnos.

—Estoy a la disposición de la Policía, inspector... Haré todo lo posible para que encuentren a esos sinvergüenzas —respondió el hombre con desdén, vestido con una camisa que lucía arremangada, unos pantalones chinos de color beige y mocasines burdeos de terciopelo. Después se detuvo ante mí y me ofreció la mano—. ¿Ya nos conocemos?

—No lo creo.

Acepté el gesto y noté la fuerza de sus dedos al estrechar los míos.

—Don Juan, este es el señor Caballero, Gabriel Caballero... —explicó el inspector mientras la mirada taurina y oscura del marchante de arte me examinaba a fondo—. Nos está asistiendo en el caso.

—Su nombre me suena, pero no estoy seguro de por qué.

—Todos dicen que tengo una cara y un nombre muy comunes —respondí, fingiendo una sonrisa y liberé los dedos del cepo en que se había convertido su mano—. Hay halagos peores.

—El señor Caballero es un periodista y escritor de gran talento.

—Perfecto... Un tipo que opina de todo sin tener ni idea de nada —espetó, hiriente—. Precisamente lo que necesitamos para el caso, inspector... Eso será de gran ayuda para encontrar a los delincuentes.

Me tragué el orgullo y las palabras. Estaba acostumbrado a que cualquiera opinara sobre mí y mi profesión, incluso quienes no sabían ni siquiera escribir una frase graciosa. Lo más curioso era que aquellos que despreciaban mi trabajo eran los primeros incapaces de hacer su trabajo con profesionalidad. Los hipócritas, los envidiosos y los fracasados, siempre son los primeros en criticar a los demás, mientras que ellos mismos no pueden ni siquiera levantar su propia vida.

Puede que don Juan fuera rico, pero eso no significaba nada para mí. Como todo el mundo, presagié que tendría una herida sin cerrar, un punto débil y me dije que no tardaría en encontrarlo, para luego meter el dedo en él. Los ricos no son inmunes a los problemas, aunque piensen que sus riquezas los protegen de todo. A menudo tienen más demonios internos que cualquier otra persona y yo estaba decidido a descubrir cuáles eran los de ese tipo.

—Tiene una galería magnífica —comenté, señalando a las obras que había en las paredes— y una asistente muy simpática.

—¿Le gusta el arte, Caballero?

—Me gusta Coltrane, Davis, Brubeck... ¿Se incluye el jazz como un arte?

El tipo se rio y eso era necesario. No me importaba si se reía de mí o de mi ingenioso comentario; solo quería salir del paso.

—Entiendo... —dijo y se frotó el mentón con el dedo pulgar de la mano izquierda, mientras yo observaba un sello de oro con una cruz en el meñique. Luego levantó la vista del suelo y

señaló a uno de los pasillos—. Por aquí, síganme.

Oteé al inspector, que parecía un espectador de una película y se encogía de hombros con desinterés. Quizá todo aquello fuera parte de la actuación de don Juan, un juego para ocultar sus intenciones.

—¿A dónde nos dirigimos? —quise averiguar mientras lo seguía.

—¿Han venido para investigar cómo se llevaron el cuadro, no es así? Pues les voy a mostrar dónde estaba expuesto.

A pesar de su carácter arrogante, don Juan era una persona intuitiva, lo cual me puso en alerta. Mi primera impresión había sido de soberbia, pero no podía dejar de lado su inteligencia. Después de todo, él había fundado aquel próspero negocio y eso no era cosa fácil. Pero, aun así, no le tenía confianza. No parecía asfixiarle la pérdida del cuadro. Debajo de la fachada de todo hombre exitoso y seguro de sí mismo, hay algo oscuro y poco ético.

Era cuestión de tiempo descubrir su sombra.

15

Caminamos por el pasillo en silencio. Lo único que nos rodeaba eran las obras. Luego giramos a la izquierda para acceder a una segunda sala abierta, con dos piezas a cada lado y la sombra de un enorme cuadro en una pared. Los reflectores aún iluminaban la escena del crimen.

—Estaba aquí —señaló, con un leve tono de indignación en su voz—. De ahí se lo llevaron.

Di un respingo y me froté la nariz para aliviar el repentino picor. En la explicación no me cuadraba algo. El cuadro era grande, como el que habían robado la noche anterior. No obstante, el problema no estaba en sus dimensiones, que también eran un obstáculo, sino en cómo lo habían sacado de allí, atravesando el enorme pasillo, sin que nadie oyera ni se diera cuenta de nada.

—¿Dispone la galería de cámaras de seguridad?

—Estaban desactivadas —indicó el inspector.

El propietario de la galería alzó el dedo índice en señal de réplica.

—Existe una explicación para eso —respondió, frunciendo el ceño y llamando mi atención —. La noche del robo, el barrio sufrió un apagón eléctrico. Accidentalmente, el edificio entero y la galería se vieron afectados por esto.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Casi diecisiete minutos.

Volví la vista al inspector, que no mostró reacción alguna al oír eso. No era la primera vez que lo escuchaba.

—¿Nadie salió para ver qué estaba pasando?

—Curiosamente, no.

Expulsé el aire de los pulmones y exhalé un largo suspiro.

—Asumo que esto estará cubierto por el seguro.

—Señor escritor, supone bien, pero preferiría recuperar la obra. ¿Está al tanto de lo que costará en unos pocos años? Rupestres es el futuro Picasso... y además es de Sevilla. Un gran orgullo.

Levanté una ceja y me volví para observar el espacio vacío que había en la pared. Me ponía de los nervios la forma de hablar de ese hombre, con su voz grave, sin emoción, como un tabernero venido a más que ocultaba un gran secreto sobre su pasado. A mi parecer, era impresionante la capacidad de entrar y salir de esa galería en un cuarto de hora, sin ser detectado y con una obra de ese tamaño. Me pareció que el apagón estaría programado y que alguien lo sabría de antemano. Luego recordé el mensaje de Rosario que mencionaba que podríamos estar tras el rastro de una ladrona, una astuta y calculadora ladrona, capaz de engañar a los mejores y

de salir impune.

Me volví hacia el hombre y le miré directamente a los ojos.

—¿Cuál es la función de su secretaria?

La pregunta le pilló descolocado y se puso nervioso. Ni siquiera esperaba que reaccionara de esa manera.

—¿Irina? No es mi asistente... —aclaró—. Ella está aquí y se encarga de vender las obras y de que los clientes estén satisfechos. Es muy profesional. ¿A qué se debe esto?

El policía carraspeó para indicarme que no me excediera.

—¿Rusa?

—Letona, de Latgalia, para ser más precisos, pero se comunica en cuatro idiomas: el ruso, el letón, el inglés y el español. ¿Qué más podría pedirle a la vida?

—Me da la impresión de que conoce bien a su empleada.

—Tengo interés por saber con quién trato. Ella es el puente entre los clientes extranjeros que buscan nuevos talentos y los candidatos...

—Entiendo. Renovarse o morir.

—¿Hay algo en este lugar que le llame la atención, señor de letras? —preguntó con retintín, elevando los talones del suelo, poniéndome a prueba, esperando a que no tuviera una respuesta inteligente.

—Todavía es pronto para sacar conclusiones.

El hombre se dirigió al inspector y sonrió de forma discreta.

—Lo sabía, inspector —respondió, sin mostrar ningún indicio de emoción—. Aun así, espero que encuentren pronto a esos malnacidos. Estaré a su disposición para cualquier cosa que necesiten.

—Se lo agradecemos, don Juan —respondió Jiménez—. Le mantendré al corriente.

En ocasiones como esa, lo mejor es fingir un error y salir con la verdad oculta. No había indicios del ladrón en el lugar del robo, solo algunos daños menores en la pared donde habían colgado el cuadro. Las cámaras de seguridad habrían registrado todo, de no ser por el repentino apagón eléctrico. ¡Qué buena suerte!, pensé y dudé si el vendedor era inocente o culpable, si estaba involucrado en el juego sucio o si era solo una pieza más en el tablero. Después de escuchar sus mentiras, todos mis pensamientos apuntaban hacia él.

Salimos de allí y nos alejamos de la galería. Tenía mucha sed, estaba muy cansado y el aire acondicionado del establecimiento me dejó el cuerpo helado. El inspector Jiménez no dijo nada, solo buscó sus cigarrillos y se puso uno entre los labios. Una vez que lo encendió, aspiró profundamente y lanzó el humo hacia arriba, antes de hablar.

—¿Tú también piensas lo mismo?

Lo observé, tratando de descifrar su mirada.

—¿Que intenta protegerla?

Mi pregunta sonó tonta. El inspector me miró extrañado al sujetar el cigarrillo.

—¿Qué carajo, Caballero? Me refiero a que don Juan tiene el mismo conocimiento del arte que tú y yo... Ni siquiera sabe lo que le sustrajeron.

—¿Perdón?

—Don Juan de Ramos es un caballero que viene de una familia con fincas y ha malgastado el patrimonio a lo largo de los años con malas decisiones y peores compañías... La galería es una estafa, una fachada para ocultar, vete tú a saber qué... Lo que me hace preguntarme qué diablos hace en todo esto.

—Una conclusión interesante. ¿Por qué dices eso?

—Mira, Caballero... Este sabrá mucho de toros, Semana Santa y Feria de Abril, pero me apuesto la placa a que no distingue un Picasso de un Kandinsky...

—¿Y tú sí, inspector?

—Yo tampoco... pero he oído hablar de ellos y eso ya es una ventaja...

—Eres un misterio.

—Te sorprendería todo lo que puedes aprender viendo la televisión un domingo.

16

Jiménez se excusó con un montón de papeleo que le esperaba en la comisaría cuando llegó la hora de comer. Pensé que había tenido suficiente de mi compañía por esa mañana y no insistí en que se quedara. También necesitaba mi tiempo, mi espacio y mi momento de tranquilidad para reflexionar con claridad. Me dejó a la altura de la calle Sierpes y me preguntó si podía llegar hasta mi hotel. Así se presentaban las cosas. Un inspector que no tenía plena confianza en mi sentido de la orientación y un ladrón de cuadros que se estaba riendo de todo el departamento de la policía.

Por suerte, el ambiente en la ciudad a esa hora era estupendo. La alegría se percibía en cada rincón. Sevilla era un destino turístico muy popular y eso se notaba. La baja afluencia de los autóctonos se compensaba con la alegría de los extranjeros que se movían por las calles de adoquines, fotografiando todo lo que veían, escuchando a los guías que les contaban la historia de la ciudad a su manera y probando platos exóticos que no habían saboreado antes. La gran concurrencia también daba lugar a la picaresca y a la pillería local, como sucedía en todas las ciudades que recibían a grandes grupos de curiosos. El Lazarillo de Tormes no era una obra española por azar, sino un cliché heredado que se plasmaba en las calles.

El desayuno me sació y, aunque tenía sed y no habría importado tomar una cerveza en algún sitio típico, mis piernas pedían un descanso y una merecida siesta. Me aparté de la multitud en el centro de la ciudad, dejándome llevar por los callejones del casco viejo hasta que reconocí el camino que llevaba a mi hotel. Al atravesar la puerta, vi a una persona desconocida en la recepción y supuse que la mujer que me había atendido había terminado su turno. Pedí la llave y el chico me siguió con la mirada hacia el patio interior.

—Hay una mujer esperándole en el jardín.

Me quedé sorprendido.

—¿Está seguro de que me está esperando a mí?

—¿Es usted el señor Gabriel Caballero?

—Eso dice mi documento de identidad.

—Entonces sí —dijo y se rio.

Con gran curiosidad, crucé la segunda puerta de cristal y me acerqué a la fuente para llegar al patio en el que me esperaba la misteriosa mujer.

El enigma quedó resuelto cuando vi la melena oscura como el carbón, que caía por unos hombros de piel tan sedosa que no me hubiese importado acariciarlos a besos.

Sentada en un cómodo sofá, con las piernas cruzadas y un vestido veraniego que le cubría parte del muslo, Rosario estaba leyendo una novela.

—¿Disfrutando del sonido de la fuente?

Al ver mi llegada, se movió torpemente y el libro cayó al suelo. Vi la cubierta. No podía creer eso. Estaba leyendo mi novela más famosa: «Una noche en la isla de Tabarca».

Al agacharse para recoger el libro, me anticipé a ella y nuestras miradas se encontraron, lo cual provocó una chispa capaz de incendiar aquel lugar. Rosario extendió la mano para alcanzar el ejemplar y yo lo acerqué, provocando que nuestros dedos se tocaran. Se llevó el libro, lo cerró y alejó la mano. Sin apartar la vista, nos pusimos de pie.

—¿Por qué no respondes a los mensajes? —preguntó mientras guardaba la novela en el bolso. Después se apartó de mí unos centímetros—. Llevo toda la mañana tratando de localizarte.

—Aunque pueda sorprenderte, yo también trabajo. No eres la única.

—Ahora, la gente llama trabajo a pasear.

—Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero no es mi caso. —Cuando me reí de mi propio chiste, me di cuenta de que no era tan gracioso como creía. Ella no me acompañó ni con una sonrisa—.¿Qué es tan importante para que nos reunamos en mi hotel?

—Ya te lo he dicho. ¿Te llegan los mensajes que te mando o no?

—¿De dónde sacas que la ladrona es una mujer?

—Por favor, habla más bajo.

De repente, Rosario se sintió incómoda al hablar de ese tema, y eso que no había nadie a nuestro alrededor. El recepcionista nos miraba desde la entrada y a ella le dio mala espina, pero yo entendía que no tuviera nada más importante que hacer. Era un trabajo aburrido, aunque una tarea sencilla.

—¿Podemos subir a tu cuarto?

Desde mi punto de vista, la situación jugaba a mi favor.

—Claro... ¿Pido que traigan champán?

Ella alzó los ojos al cielo.

—No seas imbécil. Jamás me acostaría contigo. No eres mi tipo.

—En ese caso, solicitaré que no nos molesten.

17

Otro día en que no me dejaban dormir la siesta. Se estaba rompiendo mi rutina de procrastinación y de escritor relajado y era consciente de que no me caía nada bien aquello de comer poco y dormir lo justo. Subimos los escalones y alcanzamos mi habitación. Afortunadamente, el servicio de habitaciones había hecho la cama y cambiado las sábanas, de modo que aquello no pareciera una jaula de leones. Rosario no emitía ningún juicio acerca de la habitación, lo cual me hizo sospechar que ya había estado allí con anterioridad y era una información que no quería conocer. Como adultos, cada uno de nosotros tenía el derecho y la suerte de haber vivido sus propias aventuras antes. No obstante, soy un romántico empedernido y siempre lo he sido, de modo que ciertos detalles son capaces de destruir la magia entre dos personas, aunque nunca llegue a suceder nada entre ellas.

Le ofrecí un poco de agua y ella accedió. A continuación, se sentó en el sofá, abrió el bolso y extrajo una tableta digital con un teclado extraíble. Bendita tecnología, pensé. Ahora los ordenadores pesaban lo mismo que un folio. Yo, que carecía de conocimientos en ese aspecto, no me molestaba en seguir los progresos del futuro. Probablemente porque ya no lo necesitaba y porque me gustaba redactar siempre en el mismo sitio, en mi vivienda, cerca de mi ventana, en un ordenador que seguía funcionando como el primer día, diez años después de adquirirlo.

—No te pega este tipo de hoteles... —dijo, finalmente, encendiendo el ordenador—. Te hacía en un lugar más... No lo sé, caro.

—¿Qué tiene de malo este? Es un tanto rancio, pero clásico.

—Sí, rancio eres, como los muebles de la habitación —respondió sonriendo y giró la pantalla. Por primera vez, aquella mujer reía con naturalidad y podía ver el rostro de una hermosa persona que a menudo se ocultaba tras una coraza de acero—. Lee esto, por favor.

Se trataba de una noticia referente al contrabando de obras de arte en Sevilla. La Policía había desmantelado una banda que se dedicaba a robar cuadros ilegales de colecciones privadas, irrumpiendo en las propiedades de los poseedores cuando estos se encontraban de vacaciones o ausentes de las viviendas. La banda entraba por la fuerza, maniataba y dormía a los guardias de seguridad y se llevaba las obras en furgones que después hacían desaparecer en los desguaces. Las obras salían de Sevilla con destino a Cádiz para embarcarlas al norte de África y comercializarlas allí. La Policía había logrado confiscar más de veinte obras valoradas en total en más de diez millones de euros.

—No entiendo nada, Rosario. ¿Qué relación tiene esto con lo que está pasando?

Ella esperaba mi reacción.

—Esto ocurrió hace ocho meses... —Se puso en pie y comenzó a dar vueltas en círculo. Una

actitud típica de los reporteros cuando iban a revelar algo interesante. Yo mismo lo había puesto en práctica—. La banda no sabía nada de arte. De hecho, eran puros criminales al servicio del mercado y de la demanda.

—La vida es demasiado corta para hacerlo todo. O vas a los museos y te recreas, o los visitas para robar...

—La Policía detuvo a los seis hombres que formaban la organización y que ahora están en la cárcel de Meco. Desde entonces, no ha habido más robos... Sin embargo, la demanda sigue ahí.

—Creo que sé por dónde vas...

—A pesar de lo que explica la noticia, la banda nunca causó daños a los guardias de seguridad ni tampoco llamó la atención de los vecinos de las comunidades...

—¿Cómo sabes eso?

—Lee el nombre de quien la publicó.

Al bajar la vista, reconocí las iniciales de José Juan.

—Esto no me da buen augurio.

Rosario suspiró y después se llenó de valentía.

—A José Juan lo amenazaron para que escribiera esa noticia. Querían que los dibujara como miembros violentos, como la banda de criminales que la sociedad tiene en la cabeza... No es más que una etiqueta, pero la realidad es que los guardias de seguridad que trabajan en esas casas están hechos de la misma pasta que ellos. Son peligrosos, no tienen miedo, has visto el terror y tienen un buen salario... Así que son capaces de matar si la alternativa es morir. ¿Me entiendes ahora?

—Creo que sí, pero sigue sin gustarme esta historia.

Ella se acercó a mí y me miró con preocupación.

—Es lo que he intentado comunicarte desde el principio —expresó, vacilando de continuar —. Esos cuadros no estaban asegurados, pero los que se están robando ahora, sí, lo cual no tiene ningún sentido que sean robados... La persona que está organizando los robos sigue actuando en la calle, pero el gran golpe aún no ha ocurrido. Hay un gran mercado negro de subastas y muchas de ellas se celebran aquí, en Sevilla.

—A ver si me entero, que estoy algo espeso... —respondí, me froté el mentón y me incorporé —. ¿Me estás diciendo que el robo de los cuadros es una farsa para despistar a la policía y dar un palo más fuerte, el robo de una obra de mucho más valor en el mercado negro y que pertenezca a una entidad pública?

Al finalizar mi razonamiento, observé a Rosario mirándome con complicidad, ladeando el rostro, atentamente.

—Vaya, eso ha sido... rápido —expresó—. A pesar de lo que escribes en tus novelas, eres más astuto de lo que imaginaba.

—Suelo decepcionar al principio... Esa es mi gran baza. ¿Por qué crees que es una mujer la que mueve los hilos?

Rosario no estaba del todo segura.

—No sabría qué decirte... Ayer, cuando fuimos a la galería del cuadro robado, encontré algo en el cuarto de baño de hombres, que me llamó la atención. Alguien olvidó una barra de labios en uno de los baños individuales.

—¿Una barra de labios? Se me ocurren muchas razones por las que alguien podría olvidar una... y ninguna de ellas tiene que ver con el robo.

—Ese es tu problema, que no piensas como una mujer y tal vez esa fuera su salida. Alguien

entró como un hombre, pero se convirtió en mujer, o viceversa... y por eso el nombre de la lista será falso y nadie sabrá que esa persona estuvo allí.

—Eso tiene más sentido.

—El cuadro no pudo ser robado cuando todos los presentes estaban en la fiesta. Es imposible que ocurriera así... Más bien, alguien tuvo que cambiarlo de lugar, antes de la inauguración y luego lo hizo desaparecer como si fuera un truco de magia.

—¿Como un truco de magia?

—¿Es tan difícil de creer?

En aquel momento, recordé el apagón que había experimentado la galería de don Juan de Ramos y el final que tuvo. Tenía la impresión de que en Sevilla los accidentes nunca eran casuales.

—¿Qué es lo que tienes en la cabeza?

Ella sonrió al ver que le estaba dando la razón.

—Tengo un contacto anónimo que estuvo de testigo en la fiesta y vio lo que pasó. Quiere que me reúna con él.

—¿Por qué me lo cuentas a mí?

Ella dudó un instante. Se percató de que se había dejado llevar por el entusiasmo y el éxtasis de la investigación. Yo conocía bien esa sensación, que era comparable a la de una emoción hacia otra persona. La euforia recorre el cuerpo y nos ciega, nublándonos la mente, llevándonos a tomar decisiones imprudentes.

Rosario desvió la mirada y yo caí en mi error. Ella estaba más involucrada que yo en aquel asunto y no supe percatarme a tiempo.

—Tienes razón. He sido una estúpida.

—No, espera —dije, luego me acerqué y le toqué el brazo—. Lo que quiero decir es que... aprecio tu confianza, pero me gustaría comprender cuál es mi papel en este asunto.

—Quiero que vengas conmigo. Eso es todo lo que hay.

—En ese caso... que así sea.

18

La fuente anónima se puso en contacto con el periódico por correo electrónico. A partir de ahí, la reportera se había ocupado de proteger la información, trasladando la conversación a una de esas aplicaciones móviles que cifraban los mensajes y los hacían desaparecer. Demasiada tecnología para mi comprensión, pensé mientras me lo contaba. En mi época, que no era muy lejana, los contactos con fuentes anónimas se hacían desde una cabina telefónica o citándonos en los aparcamientos de los centros comerciales. Pero había que adaptarse a los nuevos tiempos. Después de una serie de mensajes, la fuente se decidió a hablar cara a cara, a cambio de discreción y bajo unas condiciones previas: que no se grabara la conversación ni se publicara su nombre en ninguna parte, sin mencionar las fotografías.

La reportera aceptó sin discusión. No le interesaba obtener una exclusiva de aquello, sino investigar el asunto hasta su origen.

Rosario me sacó del hotel y me llevó a un bar cercano para saciar el hambre hasta la hora de cenar. La reunión se celebraría en las salas de cine de la Plaza de Armas, un viejo edificio de trenes convertido en centro comercial con salas de cine, tiendas y una gran variedad de ofertas de consumo para los habitantes de la ciudad. Ciertamente, una zona transitada en la que no habría lugar para emboscadas.

—Me repugna el secretismo y me desagradan los sitios llenos de gente. Si buscaba intimidad, ¿no hubiera sido más sencillo citarla en nuestro hotel? —pregunté y tomé un sorbo al botellín de Cruzcampo helado que sostenía en la mano—. Estos encuentros suelen acabar mal.

—La gente tiene miedo, Gabriel —dijo, dando un bocado a su mollete de jamón ibérico—. Es increíble que no lo sepas, conociendo la profesión y teniendo tantas experiencias vividas...

—Siento a kilómetros el recochineo en tu comentario... —respondí, con humor y sin hacer caso a sus palabras—. ¿Por qué crees que soy distinto a ti??

—No lo creo. Lo veo, simplemente. Eres un pijo.

—Pijo, ¿yo?

—¿Qué coche conduces?

Pregunta trampa. Era probable que ya lo supiera.

—¿Qué importa qué conduzca o cómo viva? Si alguien ha tenido que trabajar en las peores condiciones en un periódico, ese soy yo, Rosario... He visto de todo.

—Pues eso, un pijo.

—Estás juzgándome sin conocerme.

—Supongo que la fama te acomoda... y acabas como el perro de «Llamada hacia lo salvaje». Lo conoces, ¿verdad?

Por supuesto que había leído el libro de Jack London. Se trataba de un clásico entre las redacciones. El perro doméstico que despertaba su naturaleza salvaje, la que todos llevamos dentro, después de un secuestro. Pero lo cierto era que, hasta ese momento, lo único salvaje que me llamaba la atención era la belleza humana que tenía delante.

—¿Qué le pasó a José Juan? Nadie quiere hablar del tema.

—¿Teníais buena relación?

—Fuimos compañeros de facultad. Hacíamos buena dupla jugando al mus.

—Vaya... Nunca nos habló de sus tiempos en Alicante.

—No os habéis perdido nada. Era un buen tipo. ¿Tenía esposa, hijos, familia?

—No... que yo sepa —dijo con una tristeza que no pudo ocultar en su voz—. ¿El inspector Jiménez no te ha contado nada? Se llevaban muy bien.

—¿Cómo tú y yo?

Ella meneó la cabeza en señal de negación. No era el momento de bromear.

—Una de las cuestiones que nunca me agradaron cuando trabajaba como redactora y él era el jefe de sección de sucesos, fue su conexión con la Policía —aclaró, dejando en evidencia de qué parte estaba—. No es negativo que el periodista tenga una buena relación con las fuerzas del estado, pero a largo plazo, esto puede ser contraproducente... Siempre intentan obtener lo que quieren y sus intereses están alineados con los de la clase política. Comprendo que José Juan llevaba mucho tiempo en el periódico,y que Jiménez le daba información que, por su cuenta, hubiese tardado días en conseguir. Eso también suponía un coste para el periódico.

—Siempre lo hay. Se llama comisión y todos pagamos.

—Por esa razón, trato de mantener ciertos límites, desde que estoy al frente del equipo —matizó, para aclararme toda clase de dudas—. No es que no me agraden, es que creo que la información debe ser imparcial e independiente para el lector. No estoy justificando la verdad, ni tampoco creo que los periódicos gozan de libertad, pero sería peor si escribiera bajo la estricta vigilancia del Cuerpo, ya me comprendes...

—Y tanto que lo hago... Sé lo que dices, pero no es fácil.

—Nada lo es, Gabriel. Todo depende de uno mismo, de tener unos principios sólidos.

—¿Hablamos de ética?

—Hablamos de ser una buena jefa de redacción.

Rosario era una idealista, igual que yo había sido algunos años atrás. Eso era lo que respondía a mi pregunta y la razón que nos hacía diferentes. Lamentablemente, el dinero, la fama y los agasajos me llevaron por otro sendero y me alejaron de las redacciones durante un largo período de tiempo. Si el periodismo se parecía a algún deporte, no era al fútbol, sino al ciclismo. No se podía ir y venir, luchar una temporada y retirarse después. El periodismo era una carrera de resistencia, de largos ascensos y de placeres fugaces, además de ser una profesión en constante inestabilidad. La única recompensa era el trabajo bien realizado, la tranquilidad de conciencia al escribir y la misión de prestar un servicio a los lectores.

—¿Cómo murió José Juan? Si puedo preguntarte...

Los ojos de la mujer se apartaron de los míos.

—Lo encontraron en su casa, sin vida... Se quitó la vida, al parecer.

—¿José Juan? —pregunté, recordando al viejo amigo lleno de humor que me acompañaba en la universidad—. Me cuesta creerlo, sinceramente.

—Y a mí, aunque no estaba pasando por su mejor época. Envejeció rápidamente, el estrés lo enfermaba con problemas intestinales, fumaba y bebía excesivamente y, no sé... Se convirtió en

un tipo gris y extraño.

—¿Qué dice Jiménez?

Ella levantó la vista y me miró con los ojos vacíos.

—Pregúntale a él. Fue quien nos dio la noticia... —contestó, dejando un silencio tenso entre ambos, hasta que su teléfono emitió un pitido. La atención se desvió a la pantalla y ella leyó el mensaje—. Es la hora, Gabriel. Nuestro contacto nos espera.

Esta vez fue Rosario quien pagó la cuenta. Me alejé de la barra y miré a la calle. Ahí fuera, a escasos metros de nosotros, la calma seguía reinando en la ciudad. Un grupo de niños jugaba alrededor de una fuente y de un árbol milenario. No muy lejos de allí, supongo, alguien se preparaba para dar un golpe inesperado y cuestionar la labor del Cuerpo policial.

A veces, me sigue maravillando cómo la inocencia de las personas es capaz de ignorar el mal que las rodea.

19

Nos recogió un taxi cerca del bar donde habíamos estado y Rosario le indicó que teníamos prisa. El conductor se rio, pues no había manera de escapar del tráfico y de la lentitud que obligaba a apelotonarse en la zona antigua de la ciudad. Nos dirigimos hacia la avenida de Arjona, que está pegada al río, para rodear la muralla y acceder directamente al centro comercial. Mientras permanecía sentado junto a ella, observé su perfil y me percaté del objeto que ocultaba en su bolso. El lomo de mi novela sobresalía a través de la cremallera. Le pregunté sobre ella y la hice sonrojar un poco.

—No me imaginaba yo que te interesarían mis libros...

—No te equivoques, Gabriel —dijo, con la mirada aún fija en la ventana, evitándome deliberadamente—. Si vamos a colaborar, debo comprender tu forma de pensar.

—Qué argumento tan pobre. Esperaba con ansias algo más.

—Como bien has dicho antes, sueles decepcionar al principio. Estoy segura de que con un poco de esfuerzo mejorarás.

—Ese es mi truco. No es muy difícil subir la barra.

Ella sonrió calladamente y fue la segunda ocasión en que la veía así.

El taxi nos dejó en la entrada del imponente centro comercial. La Plaza de Armas estaba saturada de transeúntes que entraban y salían por las diferentes puertas del enorme conglomerado de franquicias. Los centros comerciales no me gustaban y no porque defendiera otras causas, sino porque me agobiaban las multitudes.

Rosario pagó la carrera y bajó del coche, impaciente, con prisa y sin importarle que le siguiera. Avanzaba con paso rápido y decidido. El inconveniente era que yo no tenía idea de a dónde nos dirigíamos ni con quién nos íbamos a topar.

El edificio era imponente, de ladrillo rojo, con grandes ventanales y un reloj que marcaba la hora. El problema radicaba en los establecimientos, la música de los ascensores y el olor a hamburguesas precocinadas y maíz inflado que salía de las cocinas.

—¿Cómo lo identificaremos? —inquirí, alcanzándola por detrás, mientras nos metíamos en aquel safari de tiendas y restaurantes.

Ella subió por unas escaleras eléctricas y se volvió hacia mí.

—Nos reconocerá a nosotros. Es parte del trato.

—Estupendo... —dije y crucé los brazos, a la espera de llegar a lo más alto—. La aventura comienza ahora.

Nos dirigimos a la taquilla de las salas de cine y Rosario adquirió dos entradas para una película basada en la novela de un célebre escritor español. La cinta no estaba obteniendo muy

buenas críticas y la mayoría de los espectadores iban a ver otra película.

—¿Qué piensas de él? —me preguntó, dándome una de las entradas—. ¿Es tu competencia?

—No compito con nadie, querida... La vida es demasiado breve como para pasarla comparándose con los demás...

—¿Cuántas de tus novelas se han llevado al cine? —preguntó, buscándome las cosquillas.

—Te reirías...

—¿De qué? —quiso saber y sonreí.

—De las veces en que me han hablado de esa manera, antes de declararme su amor...

Ella respondió con un movimiento brusco.

—Eres un caso clínico, Gabriel. No me extraña que sigas solo...

Esperé en silencio, sin responder. Le gustaba, no necesitaba que ella me lo insinuara de manera sutil. El problema era que Rosario tenía razón y no iba a tener nada conmigo, pero eso no importaba. Podía dormir con ello, como lo había hecho tantas otras veces a lo largo de mi vida, con el corazón roto, herido o sanado. Si había aprendido algo del cortejo humano era que, muchas veces, no es la falta de deseo lo que impide un apasionado encuentro, sino la inseguridad y el miedo al peligro, a la incertidumbre, a que el mundo que nos rodea se derrumbe, dejando de ser tal y como lo conocemos. Es el miedo a que nuestra percepción cambie y también nuestras emociones. El temor a que nos arrebaten una parte, por muy insignificante que parezca y nos convirtamos en otra persona, en una versión más degradada.

No es que el mundo de Rosario se fuera a hacer pedazos porque nos besáramos apasionadamente, pero podía ocurrir que nuestra relación no volviera a ser la misma, que uno de los dos tuviera algo que perder después de eso y ella era una ganadora que no estaba dispuesta a aceptar el fracaso. Me cuestioné cuántas veces habría fallado antes, para no volver a cometer el mismo error.

De pronto, me cogió del brazo y me condujo hacia un pasillo.

—Por allí —dijo, señalando la puerta que nos llevaba hacia la sala de cine.

Comprobé el tique, entré en la sala, que aún estaba iluminada y busqué mi butaca en las filas del final. La sala estaba casi vacía, tenía muy pocos espectadores. Rosario siguió mis pasos y se sentó a mi lado. Después nos miramos, a la espera de un milagro y no ocurrió nada.

—Por lo menos, disfrutemos de la película —murmuré, intentando hacer un chiste en medio de la tensión.

—Aparecerá, ya lo creo.

—Por supuesto... —dije y me acomodé.

Las luces se apagaron. El proyector comenzó a rodar y la pantalla se iluminó a todo color. El sonido estéreo llenó la sala.

De repente vi una figura que se acercaba desde el extremo de la fila que estaba vacía hasta mi butaca. Observé unas piernas delgadas y sedosas y levanté la mirada hasta una falda corta. Cuando quise ver el resto, estaba frente a una hermosa mujer rubia de unos diez años más que yo, vestida de manera formal. No había tenido el placer de verla antes, pero me alegró mucho conocerla.

—Perdón, me temo que es mi butaca... —comentó, señalando mi asiento.

Estupefacto, verifiqué el justificante de la entrada. Cuando estaba a punto de refutar su comentario, Rosario se adelantó y me ordenó que me callara.

—Adelante... —respondió mientras me hacía un gesto para que me levantara del lugar—. Siéntate en el otro asiento... Es ella.

20

Mientras nos dirigíamos a la reunión, Rosario me explicó lo que estaba ocurriendo. Aquella mujer era la asistenta personal de la esposa del alcalde.

Yo no conocía a la señora, pero Rosario sí la reconoció en cuanto la vio. No estoy seguro de por qué, pero me había imaginado que nos toparíamos con un hombre. El encuentro fue breve, más de lo que esperaba. Tras un corto diálogo con la periodista, del cual solo pude escuchar susurros, la misteriosa mujer nos dio una dirección segura para vernos, una vez que saliéramos de allí. Después de eso, se levantó y abandonó la sala.

Aunque no hice comentarios sobre esta cuestión, me centré en la importancia de nuestra cita. Carmen Linares, que era el nombre de la esposa del político, sólo quería asegurarse de que no le tendieran una trampa. Allí, cada persona tomaba las medidas de seguridad que consideraba oportunas.

Todos, excepto nosotros.

Callejeamos durante varios minutos, con el paso ligero y el corazón latiendo casi a cien por hora. Rosario parecía estar más interesada en sentarse a hablar con aquella mujer que yo y eso era un hecho. Comenzaba a estar cansado de los rodeos que había dado desde mi llegada.

En la calle de Castelar nos topamos con el Hotel La Rábida, una mansión palaciega del siglo XVIII, con sus arcos árabes, los enormes y apacibles patios interiores rociados con fuentes y los característicos azulejos que adornaban toda la ciudad. Rosario me explicó que aquel lugar era conocido por el ambiente taurino y un punto de encuentro para los toreros. No me sorprendió que estuviera cerca de la plaza de toros de La Maestranza, pero me cuestioné qué podríamos haber perdido allí. La cita nos esperaba en lo alto del palacio, en el restaurante que ocupaba la terraza.

Cuando llegamos a la última planta, encontré un acogedor espacio que superó mis expectativas. Con el sol de la tarde cayendo sobre la ciudad, contemplé la belleza de la Giralda y de la Catedral, con el cielo despejado de fondo y los tejados de los edificios a sus pies.

—Este sitio es hermoso —le comenté a Rosario cuando alcanzamos la azotea.

—Lo sé, pero me resulta sorprendente que nos haya convocado aquí —respondió, inquieta, mientras buscaba con la mirada.

Me acerqué a ella y le susurré al oído:

—Cenaremos aquí cuando esto termine. Quiero llevarme un bonito recuerdo de esta ciudad.

Ella me miró por el rabillo del ojo y sepultó cualquier atisbo de esperanza.

—Sigue soñando, Gabriel.

Fue uno de esos momentos únicos que la vida brinda en ocasiones y de los que más vale disfrutar, antes de que se convierta en un recuerdo.

Por desgracia, Rosario no estaba por la labor de convertirlo en una bonita estampa sensorial.

El salón estaba vacío. La hora de las cenas aún no había comenzado.

En una esquina, sentada a una sobria mesa cuadrada con mantel blanco, nos esperaba nuestro contacto, vestida con un discreto vestido de verano de color azul marino que la cubría hasta las rodillas. Al verla sentada, sospeché que no era muy alta. Su cuerpo, mantenido en forma por las clases de yoga y pilates y cuidado por la ausencia de estrés, se mostraba delgado, aunque las manchas en el bronceado indicaban el paso de la edad. No necesité más información para comprender que el idilio con el artista era una de esas relaciones imposibles entre dos personas de edades muy dispares: él, atraído por la experiencia de la madurez femenina y ella, aburrida de lo mundano, se había encaprichado con un joven artista, lleno de malditismo y con aspiraciones a convertirse en el genio que nunca sería.

Esa reflexión me llevó al pasado, provocándome una aguda sensación de dolor que prefería no evocar. Las historias siempre se repiten, una y otra vez, aunque cambien las personas que las protagonizan.

Antes de dar un paso al frente, la asistenta que nos había contactado media hora antes se interpuso en nuestro camino.

Con una sonrisa, me dirigí a ella en busca de conversación.

—Los teléfonos, por favor —indicó señalando a los bolsillos, pero Rosario se negó a hacerlo —. Estarán apagados y a la vista de todos. Son medidas cautelares.

Finalmente, mi acompañante aceptó y yo también.

—Si quieres mi número, solamente tienes que pedirlo... —le contesté, pero insistió en que le diera el aparato—. Está bien... Como quieras... Me gustan los juegos a la vieja usanza.

—Gracias —dijo y nos dejó pasar para acercarnos a la mesa.

Rosario tomó la iniciativa y le ofreció la mano a la mujer.

—Le estoy muy agradecida por haber dado este paso, señora Linares —comentó mientras tomaba asiento. La asistenta y yo ocupamos las otras dos sillas—. Sé que está arriesgando mucho.

—No tienes la más remota idea, Rosario —dijo, poniendo los ojos en blanco y dando un ligero suspiro, antes de agarrar la copa triangular del cóctel que estaba tomando—. Por favor, háblame de tú, que no soy tan vieja...

—Claro.

Al levantar el vaso, vi sus ojos en el cristal y noté cómo me observaba.

—¿Y este? —preguntó, con iguales dosis de desconfianza e interés.

—Este es Gabriel... —aclaró Rosario.

—Gabriel Caballero —completé—. Es un placer conocerla.

Terminó el trago de un golpe e hizo una señal para que le sirvieran otro.

—Eres un magnífico embustero.

—A todos nos gusta que nos cuenten mentiras.

Ella se rio.

—Me gusta este tipo. ¿De dónde ha salido?

Sonreí a Rosario y le di un golpe con el codo.

—Te dije que todo saldría bien.

A diferencia de mí, ella no parecía estar relajada.

—¿Es seguro este sitio? —preguntó la periodista.

—¿Tú qué crees, guapa? No soy tan estúpida. Te voy a contar algo que no es baladí... Me

juego el matrimonio y la salud. Que quede bien claro.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

El segundo cóctel llegó a la mesa. Aproveché la ocasión para pedir una botella de agua con gas, con el fin de paliar el calor húmedo de la tarde. La mujer se mojó los labios en lo que parecía un Martini seco y arrugó el rostro.

—Lo hago por Arturo, que no merece nada de esto.

—Su amante...

Ella levantó los ojos y me los clavó como dos puñales.

La noté un poco achispada, aunque no lo suficiente como para que tuviera dificultades para hablar.

—Su carrera —aclaró—. Es un artista prominente y no se merece que termine de una manera tan pueril...

—¿Pueril?

—Es joven, tiene talento... y sus obras han desaparecido, han sido secuestradas. ¿Por qué? Es evidente...

—A mi modo de ver, los robos están impulsando su carrera a un ritmo vertiginoso —señalé —. Los medios de comunicación nunca habían prestado tanta atención a un artista tan desconocido.

—¿Eso es lo que crees?

—He venido expresamente para encontrar esos cuadros. Ahora tengo curiosidad por verlos.

—Creo que te equivocas, chico... Nadie querrá comprar sus obras, por miedo a que estas sean robadas de nuevo.

—No es un argumento muy convincente, Carmen —intervino Rosario, con la mirada puesta en la mujer—. La policía terminará encontrando a los ladrones.

—No digas tonterías, Rosario, por el amor de Dios... Me resulta insultante esa inocencia, con la mala leche que tienes a veces...

—¿Perdona?

—Es una campaña de desprestigio hacia él, con el fin de minar su moral y obligarlo a que tire la toalla. Todos sabemos quién está detrás de ello...

—¿Su marido?

Ella me miró desairada.

—Él es un títere, pero tiene sus motivos para actuar así.

Escuché con atención. No estaba allí para juzgarla, pues yo tampoco era un adalid de las causas perdidas. No obstante, me llamaba la atención cómo hablaba del artista, obviando la infidelidad matrimonial y el peligro al que se enfrentaba su esposo. Los galeristas podrían recuperar la pérdida a través de un seguro, pero las aseguradoras no volverían a confiar en el autor de las obras, a menos que encontraran una excusa para no pagar la póliza. Era un golpe para la carrera profesional de cualquier persona que quisiera dedicarse al arte. Pero algo tan bueno y ruin me hizo sospechar.

Observé a esa mujer, que se enfrentaba a los que podrían hundir su carrera y la de su marido, sin ningún remordimiento en los ojos sobre lo que estaba haciendo. Reconocí su valentía al citarse con nosotros. Esto demostraba que estaba dispuesta a usar todo su poder para salvar la carrera de un pintor que, mediocre o no, no merecía ser usado como una marioneta para otros fines.

—Vamos a lo importante —indicó Rosario, reconduciendo la conversación—. Estuviste en la

fiesta y viste cómo se llevaron el cuadro, ¿verdad?

Su voz se quebró y advertí que le temblaban las rodillas. No era la borrachera, ni tampoco los nervios del encuentro. Estaba a punto de colarnos una mentira.

—Es cierto que estuve allí, que acudí a la inauguración —expresó, mirándonos a los dos—. Y que fui testigo de la desaparición del cuadro...

—¿Quién lo robó?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No lo sabe —señalé, destensando la conversación.

—Ya la he oído —me dijo, molesta—. No hace falta que lo repitas. ¿Puedes matizar eso, Carmen?

—No lo sé porque el cuadro desapareció durante el brindis de bienvenida.

Rosario resopló. Sentía lo mismo que yo. El objetivo de la reunión no era resolver el misterio del robo, sino defender al amante.

—Me estás diciendo que hubo una fiesta y que nadie vio cómo se llevaron un cuadro de la galería. Me estás diciendo eso, ¿verdad?

—Sabía que no me creerías, pero tenía que intentarlo.

—Me cuesta hacerlo.

—¿Quién dio el brindis?

—Mi marido, por supuesto.

—¿Y Rupestres? ¿Dónde se encontraba?

Los ojos se desviaron hacia un lado. Intuí que ocultaba más información.

—Eso es todo lo que vi —explicó, elevando el tono de voz. Después se recompuso—. Por otra parte, puedo deciros dónde están los cuadros...

Mi compañera estaba perdiendo la paciencia. Como buena periodista, detestaba que le tomaran el pelo y que le hicieran perder el tiempo.

Reflexioné en profundidad sobre la información que tenía hasta el momento. Rosario estaba convencida de que una mujer había robado los cuadros. Era un inicio. Por otro lado, yo sospechaba de Irina, la asistenta de ese marchante de arte engominado. No podía relacionar los hechos con tanta facilidad, pero Sevilla no era Nueva York y estaba seguro de que todos se conocían en el sector. Era cuestión de horas que todas las piezas encajaran. El inspector Jiménez me había dejado muy claro que sus investigaciones no habían dado ningún resultado hasta la fecha. Por último, los cócteles y el temblor de piernas me indicaron dos cosas: que Carmen Linares no nos estaba dando toda la información y que era una beoda con un serio problema con el alcohol.

—Danos una dirección —sentenció Rosario, cansada de la conversación.

La mujer guardó silencio por unos segundos y miró a su asistenta.

—Pero, bajo una condición...

—¿Crees que estás en posición de exigir algo, Carmen? —preguntó Rosario, desafiándola. Esa mujer había despertado el instinto salvaje que la periodista llevaba dentro. Dinos dónde están los cuadros o yo escribiré la esquela que convertirá a Rupestres en un cadáver artístico.

Carmen tomó un sorbo de su Martini y noté cómo le temblaban las manos. Tenía los ojos encendidos y percibí el calor que irradiaba de su cuerpo. Esa mujer estaba ardiendo.

—Eres una insolente, deslenguada... Me arrepiento de haberte contado esto.

—Carmen, por favor... Dinos dónde están los cuadros.

Ella me miró e ignoró a la reportera.

—Pero sólo puedes ir tú —matizó, desagradando a mi compañera—. A ella, la reconocerán.

—Así será.

Después emitió un largo suspiro.

—Los cuadros se subastarán en una venta privada e ilegal, esta tarde... —dijo y nos miró, esta vez con un gesto serio y de preocupación—. Antes de que me preguntéis, lo sé porque mi esposo estará allí... y también la persona que los ha robado para beneficio propio.

21

Rosario jugaba con la copa de vino. Le había dado un trago en media hora y sus ojos indicaban que tenía la cabeza en otra parte. Le frustraba no poder asistir a la subasta, pero comprendía que era la única manera de acceder a ella.

Carmen Linares nos había facilitado la hora, el lugar y la contraseña de acceso. El sitio al que acudiría era cuando menos extravagante.

Las Reales Atarazanas no eran el emplazamiento más íntimo y privado para una subasta de esa naturaleza. No obstante, al pensarlo bien, no existía mejor lugar para pasar inadvertidos.

Las Reales Atarazanas formaban el astillero medieval más grande de España, construido en Sevilla hace cerca de 800 años por Alfonso X, El Sabio. Un enorme espacio, con diecisiete naves, que fue una fábrica de barcos y también tuvo diferentes usos a lo largo de la historia del país. La gigantesca estructura, que por años había sido una atracción turística, ahora estaba cerrada al público, por lo que nadie podía ingresar a ella. Y qué mejor sitio para hacerlo que ese, en pleno centro de la ciudad, a pocos metros del Archivo de Indias y de la avenida de la Constitución...

La exhibición era un símbolo de poder, de influencia y de seguridad, no sólo para el organizador del evento, sino también para quienes asistían como invitados.

Al percatarme de la magnitud y el peligro del suceso, tuve una sensación de mal presagio ante todo aquello, pensando en la corrupción que contaminaba cada ámbito de la administración pública. Se trataba de una burla para los habitantes, una demostración de la falsedad que representaba la clase política.

Afortunadamente, España nunca había sido un país que se tomara en serio a sí mismo, por lo que preferí concluir que le estaba dando más importancia de la que realmente merecía.

Chasqueé los dedos para sacarla del trance. Sus ojos se cruzaron con los míos y tuve la sensación de que, de tener una mirada de láser, me los habría quemado.

—No vuelvas a hacer eso. Lo odio.

—¿Aún no te has dado cuenta? —pregunté y bebí un trago de mi vaso de cerveza—. Esa mujer está mintiendo. ¿Con qué interés? No lo sé... todavía.

—Si has llegado a esa conclusión, podrías haberte ahorrado el viaje de Alicante hasta aquí.

—¿Crees que debería avisar a Jiménez?

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¡No! Ni hablar. No seas estúpido. Lo arruinarás todo.

—¿Y si lo descubre más tarde? No habrá manera de volver atrás.

—Si lo descubre en este momento, no tendremos idea de quiénes adquirirán los cuadros.

No fue fácil tomar la decisión, pero en su forma de hablar se notaba que quería resolver el problema cuanto antes. Rosario, una vez más, tenía razón. Me hubiese gustado animarla, pero hacerlo era como cantarle a un muro de piedra. Jiménez podría estropearlo todo, si es que no estaba involucrado y al corriente de lo que sucedería en unas horas. Debía andar con cuidado de que nadie me reconociera, ni por asomo. Esta vez, no tendría el respaldo de nadie cercano.

Algo en mi interior no terminaba de descartar que Carmen Linares nos estuviera tendiendo una trampa.

Puede que yo no fuera de allí y que no supiera muy bien cómo funcionaban las cosas, pero tenía la experiencia suficiente como para saber cuándo alguien pretendía manipular al rebaño. La señora tenía una intención cuando me citó y no me refiero al artista, a quien probablemente abandonaría en cuanto se cansara de él, de sus lloros y de la intensidad de artista prematuro que necesita la atención de los demás.

El inconveniente era que no conocía sus motivos más oscuros y eso había conseguido despertar mi curiosidad y decidirme a ir. La mente necesita interrogantes, migajas que seguir, enigmas que resolver. La mía necesitaba acción, intriga y dosis de adrenalina. El misterio es el afrodisíaco más poderoso de la vida y nos mata lentamente, cuando ya no existe o cuando nos sobrecoge. En mi caso, prefería morir envenenado que aburrido por lo mundano y lo banal.

De pronto, absortos en nuestros pensamientos, dejamos que el reloj corriera a su antojo hasta que sonó mi teléfono móvil.

—¿Sí?

—Caballero, ¿dónde estás? —preguntó el inspector Jiménez con una profunda curiosidad en su voz. No se podía oír nada de fondo, ni el ruido de las oficinas, ni el tráfico de la calle. No tengo noticias tuyas desde hace varias horas...

Rosario me miró y le hice un gesto para informarle de quién llamaba.

—¿Qué sucede, inspector?

—Ven a verme lo antes que puedas.

No me gustó cómo sonaba lo que dijo. Parecía una amenaza velada.

—Ahora mismo... es un mal momento.

—¿Para qué? —preguntó, intrigado—. Se supone que te estoy pagando la estancia para que trabajes, no para que te tomes unas vacaciones. ¿Hay algo de lo que no esté enterado?

—No, en absoluto.

—¿Y por qué no vienes? —preguntó, enfadado.

—Nada, supongo...

—Deja lo que estás haciendo y ven aquí. ¿Cuánto tardas?

—No lo sé... No conozco esta ciudad tan bien... Ni siquiera sé dónde estás.

—Yo, sí. Tienes diez minutos. Mueve el culo y llama un taxi.

Después me dio la dirección y colgó.

Rosario me miró con extrañeza.

—¿Qué ha ido a buscar Jiménez a Triana?

—Ni idea... ¿No es eso un grupo de rock de los setenta?

—¿Qué pasa con la subasta?

—¿Qué sucederá conmigo si no regreso?

—Tienes que hacerlo, Gabriel. No podemos dejar escapar esa oportunidad.

Di un suspiro y me levanté de la mesa.

—Eres una egoísta, pero llegaré a tiempo para la subasta... y luego cenaremos en la terraza

del hotel.

22

No supe muy bien por qué me monté en ese taxi. Era consciente de que no había vuelta atrás una vez que la puerta se cerrara, pero negarme a la solicitud de Jiménez, solo habría agravado la situación.

El coche me llevó a Triana, el barrio de casitas bohemias, al otro lado del río. A medida que nos alejábamos de la ciudad vieja, comencé a sentirme inquieto. El paisaje cambiaba continuamente, así como las calles y las personas que las habitaban. Nos internábamos en una zona de la ciudad más urbana y menos turística que mantenía la esencia de Sevilla y el legado colorido en las fachadas y la arquitectura de las viejas viviendas. El conductor del taxi se internó por callejones oscuros que desconocía, sin saber a dónde me llevaría. Me cuestioné si Jiménez se habría enterado de mi reunión con la señora Linares y si aquello sería el final del juego. A esas alturas, era un poco tarde para recular. No obstante, las malas predicciones sobre mi futuro desaparecieron cuando salimos a otra calle y reconocí dos coches de la policía.

—¿Tiene idea de adónde se dirige? —preguntó el conductor al detenerse frente al coche policial que obstruía el paso—. Porque la dirección que me ha indicado es esta.

—Sí, gracias —respondí, pagué la carrera y bajé del vehículo.

El olor a cena recién hecha salía de las casas. Miré a mi alrededor, lleno de interrogantes, queriendo descubrir por qué me había citado allí. Me acerqué al agente que cortaba el paso a los peatones y al tráfico y me pidió que me apartara.

—No puede estar aquí —respondió con firmeza—. Pase por la otra calle.

—Pero...

—¿Está sordo? Ya me ha escuchado —dijo, con tono brusco, agitado por la situación.

Busqué el teléfono para llamar a Jiménez y solicitar su ayuda, cuando una voz atrajo la atención del agente.

—García, prosiga —dijo la inspectora Llanos, tras de mí.

Nunca pensé que me alegraría oírla. Me giré y la encontré de frente.

—No tengo idea de qué vio el inspector en ti —dijo, adelantándose y levantando la cinta de plástico para que pasara con ella—, pero será mejor que no estorbes.

—Ojalá no vea lo mismo que tú —dije, con gracia, aunque ella no captó el comentario. Todo lo que le faltaba de gracia, lo tenía de hermosura—. ¿Qué ha ocurrido, inspectora?

—Espero que no hayas cenado todavía. Anda por aquí conmigo.

***

Seguimos hacia la entrada de la planta baja de una residencia de dos pisos. Se trataba de una casa antigua, de fachada amarilla y con la ornamentación blanca que la hacía semejante a las demás. Llanos caminaba con paso firme y seguro, parecía que fuera a destrozar una baldosa con cada paso. Empujó la pesada puerta de madera y seguí sus pasos. El olor dulzón del interior me resultaba muy familiar. Enseguida tuve una regresión de recuerdos. Podía adelantarme a los hechos, pero no sabía quién sería el desafortunado. Preferí no hacer preguntas para no darle a Llanos la oportunidad de interrogarme. A esas alturas sabía demasiado de todo y no quería despertar su atención. Por otro lado, me alegré de que Jiménez no me hubiese llevado a la horca.

El interior de la residencia estaba lleno de obras inconclusas, de lienzos rasgados y de cuadros apilados y apoyados en la pared. Me imaginé quién podría vivir allí. A poca distancia de la entrada, identifiqué la figura de Jiménez, que conversaba con otro agente mientras un tercero recogía muestras del suelo.

—Quédate aquí y no toques nada.

—Soy como un niño inquieto... Es probable que rompa algo —respondí, lo que provocó una mirada airada por parte de ella—. Oído cocina... Esperaré a que el inspector me atienda.

Llanos puso rumbo al dormitorio del que extraían las pruebas. Era posible que allí hubiera ocurrido el crimen. Eché un vistazo alrededor, sin moverme demasiado y me fijé en los lienzos que estaban apoyados en la pared. Hice una revisión minuciosa y me percaté de la firma.

—Rupestres... —leí en voz baja y me estremecí.

No había que ser muy listo para sacar conclusiones.

Me llevé una pequeña sorpresa y reaccioné torpemente, lo que provocó que el cuadro se desplazara a un lado, moviendo el resto y generando un poco de alboroto.

Los agentes me miraron.

—Perdón, perdón... Ha sido sin querer... —dije, devolviendo la obra a su sitio.

Pero debajo del cuadro, noté algo extraño. Parecía como si estuviera pintado encima de otra obra, con la intención de ocultarla. Vi la pintura que había debajo y descubrí que estaba firmada por otro nombre.

—¿Caballero? —preguntó Jiménez, sorprendiéndome sin avisar. Reculé y me coloqué a un lado—. No puedes estarte quieto un segundo...

—Los nervios, inspector... Me traes con tanto hermetismo. ¿Qué está pasando?

El policía miró hacia la habitación con el rabillo del ojo.

—Si la cosa estaba fea, ahora se ha puesto peor. Arturo Rupestres ha muerto.

—Muerto...

—Sí, sin vida. Aún no hemos podido determinar la causa, aunque todo parece indicar que se trata de un suicidio.

—Aquí, en su casa.

—No es de su propiedad, solo la estaba alquilando. Pero sí, aquí es donde trabajaba.

Contemplé los cuadros de las paredes, descoloridos por la humedad y me percaté de lo gélido que estaba el estudio, para ser el hogar solitario de un artista. Le faltaba algo, aunque todavía no sabía el qué.

—¿Dónde está el cadáver? —pregunté señalando con el dedo al dormitorio—. ¿Puedo verlo?

El inspector me miró con cara de asombro.

—¿Cómo puedes ser tan macabro? ¡No, no está ahí! Y aunque estuviera, ¿qué leches...? Va de camino a la morgue. El resultado de la autopsia nos dirá qué demonios le ha pasado.

—¿Alguna idea de la causa?

—Pastillas y alcohol son todo lo que hemos deducido por cómo está la casa... No hay recetas, ni tenía ninguna prescripción, pero, ya sabes... Se pueden conseguir ansiolíticos en cualquier esquina. Parecía que estaba sufriendo un gran nivel de estrés.

—Así que esa fue su última obra...

—No te lo tomes a guasa, listillo... La muerte es un asunto serio. Uno nunca se acostumbra a verla tan de cerca.

—No pretendía ofender a nadie. Me sorprende que Rupestres se haya suicidado así, sin más, sin llamar la atención...

—La vida del artista es un tormento, Caballero. Deberías saberlo por tu historial y después de conocer a unos cuantos... Es necesario experimentar los placeres del éxito para apreciar su sabor. Nosotros no podemos opinar al respecto.

—No creo que a Rupestres se le pasara por la cabeza quitarse la vida, sobre todo, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que iba a ganar.

—¿Qué has descubierto para decir eso? —preguntó intrigado.

Noté que me estaba yendo de la lengua. Lo último que podía saber era sobre nuestro encuentro con la esposa del alcalde.

—Nada que no sepas, pero su obra goza de máxima popularidad en estos momentos. Hago suposiciones, soy periodista...

—Te inventas las cosas, quieres decir...

—No. Estoy tratando de explicar que nadie se quita la vida después de tanto trabajo. ¿Te roban los cuadros? Pues haces más. El arte es otra manera de venderte. Picasso habría aprovechado la fama.

—Tú qué sabrás de lo que habría hecho el malagueño... Además, este era sevillano y un romántico, como Bécquer... Los infelices se ahogan en un vaso de agua.

—Claro, eso será... Yo únicamente digo que me sorprende y me causa suspicacia, a partes iguales.

—Pues que no lo haga —contestó y me invitó a que avanzara hacia la cocina. De soslayo traté de escuchar lo que decían los agentes de la Científica, pero me resultaba imposible—. No han encontrado huellas de zapatos de otro número, ni indicios de forcejeo en el cadáver... Ahora falta analizar los restos de las sábanas y de la ropa que hay desperdigada, pero eso llevará más tiempo... Además, ¿qué te dice esto? ¿Necesitas más evidencias?

Jiménez quería que le diera la razón para atar sus propios cabos. Necesitaba una teoría y escuchar que yo la apoyaba, pero no iba a tener mi aprobación. La cocina estaba llena de botellas del alcohol casi vacías. Supuse que Rupestres era un alcohólico y tampoco me sorprendió, después de observar a la señora Linares bebiendo como una yegua. A muchos amantes les une la bebida o el sexo, a veces ambas cosas. El resto lo maquillan con sentimientos vacuos. Además, por todos era sabido que el licor era un buen drenaje para las ideas y la creatividad, aunque el precio a pagar era más alto de lo que muchos pensaban. Yo mismo había caído en la errónea creencia de que la creatividad y el alcohol eran compatibles, pero descubrí que, a largo plazo, esto no era cierto. No había forma de que la mente trabajara con eficacia bajo el raciocinio de un borracho.

Por esa razón no me encajaba que un artista tan prolífico estuviera enganchado a la bebida. No tenía ninguna duda de que estaba muerto. Pero yo intuía que alguien había manipulado aquella estampa bohemia para que la policía se la comiera como un solomillo al whisky. Igual que no podía dejar de pensar en el secreto que ocultaba Rupestres a todos.

—Un artista muerto vale más que uno vivo —comenté, rascándome la barbilla—. El precio de los cuadros se va a disparar...

—Pero estos siguen sin aparecer —dijo, empleando un oscuro tono que me puso en alerta.

—¿Para qué me has citado aquí, inspector?

—Quería ver cómo reaccionabas ante esta situación.

—Bueno, ya lo sabes... Prepara a tus hombres. Ahora tienes otro muerto encima, nunca mejor dicho.

—Los del Levante tenéis un humor muy especial...

—El comisario te obligará a encontrar un culpable antes de que la ciudad se te eche encima.

—¿Gabriel?

—¿Sí, inspector?

—¿Tienes prisa? Pareces inquieto.

—En absoluto. Lo que tengo, es hambre y ganas de dormir por un día. Eso es todo...

El tiempo se acababa. Debía regresar al centro de la ciudad y acudir a la subasta. Ahora, se abría una nueva vía de investigación. Era altamente probable que los cuadros me condujeran hasta el asesino. Pero debía mantener alejado a Jiménez, al menos, mientras supusiera un impedimento.

—Comprendo... —comentó y sacó un cigarrillo. Lo sostuvo entre los dedos, dándole golpecitos a la boquilla para generar más misterio—. Tenemos un trato. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí, inspector.

Repasó el bigote y asintió con la cabeza, sin decir palabra.

—Bien, porque no confío en esa arpía de Rosario, ya lo sabes —respondió, sin quitarme el ojo—. No me falles, no te dejes engañar por ella y recuerda de qué lado estás.

—Del que me paga las dietas —respondí y sonreí—. Estaré en el hotel, si me necesitas.

—Está bien, tira... Te llamaré mañana, cuando las moscas hayan olido la mierda.

Salí de allí airoso, pero con un nudo en el estómago que me costó aflojar durante unos minutos. Busqué la salida del cordón policial para abandonar el área y noté la llegada de los primeros medios de comunicación, que se habían hecho eco de la noticia. Consideré llamar a Rosario para que enviara a alguien de la redacción y entonces me percaté de que me estaba involucrando demasiado en el caso, o quizá con ella.

—¿Ya te vas, escritor? —preguntó Llanos, sorprendiéndome por segunda vez. Su actitud parecía más relajada sin la presencia de Jiménez—. Eres un visto y no visto. Pareces un político.

—¿Me vas a echar de menos, inspectora?

Ella sonrió, aunque no llegó a mostrarme los dientes.

—Nadie anhela algo que ignora.

Reconozco que sus cambios de actitud me desconcertaban y también me atraían.

—Para no prestarme atención, siento que eres mi sombra.

Ella agachó la cabeza, miró al compañero y se rio otra vez.

Después se acercó a mí, imponiendo su presencia, con el arma en la cintura.

—Pierdes el tiempo —me respondió con voz suave y casi en un susurro, desafiante y volviéndose fría como una plancha de acero—. Me gustan más fuertes y menos habladores.

—No me sorprende...

—Mejor así.

—Intelectualmente hablando, claro.

Su mirada helada se quedó en suspensión frente a la mía. Mis palabras la habían molestado,

pero no era un mal indicio. Sabía que le gustaba, pero estaba acostumbrada a que la siguieran.

Respiré hondo y me despedí de los agentes, notando cómo me observaban mientras me alejaba. Doblé la esquina en busca de un taxi para regresar al centro.

23

En mi intento de localizar a Rosario, no obtuve respuesta. Pensé que estaría en alguna parte sin cobertura o que se habría quedado sin batería. Era crucial que estuviera al tanto del fallecimiento del pintor. De alguna forma, lo cambiaba todo. Me pregunté qué pensaría la señora Linares al enterarse de la muerte del artista y si los ladrones seguirían robando sus cuadros.

Pero eso no era lo más grave. Tenía que revelarle a Rosario lo que había observado debajo de la pintura que había apilada en la entrada de la casa.

Comprobé la hora y me di cuenta de que no tenía tiempo para encontrarla.

El taxi abandonó el barrio de Triana y me dejó en una ubicación cercana a La Giralda. El célebre monumento atraía multitudes de turistas durante todo el día, algunos para fotografiarla y otros para quedar impresionados ante la magnitud de la torre. Al bajar del vehículo, la tarde se iba convirtiendo en una noche agradable y húmeda, en la que soplaba una brisa que mejoraba la calidad del aire.

El teléfono sonó.

—¿Dónde diablos estás? —preguntó la reportera, muy alterada. No podía perderme, pues tenía que encontrar la entrada al edificio—. ¿Qué quería Jiménez?

—Rupestres está muerto. He intentado llamarte, pero tu teléfono no funcionaba.

Ella suspiró. Se le dificultaba asimilar la noticia.

—No, no puede estar sucediendo esto.

—Ya lo creo que sí. Escucha, Rosario. Hay algo importante que debes saber, pero no quiero llegar tarde.

—¿Se ha hecho eco la prensa? Tengo que enviar a alguien, si no quiero perder la exclusiva...

—¿Estás hablando en serio? Lo que voy a hacer ahora es más importante... Si me descubren...

—Tengo que dejarte, Gabriel. Gracias por el aviso.

—¡Espera! —exclamé, levantando la voz en medio de la calle, pero Rosario colgó y me dejó con la palabra en la boca.

«Estupendo», pensé en silencio, entregado a la incertidumbre del destino.

No tenía idea de cómo llegar a la antigua Fábrica de Artillería, el edificio por el cual, supuestamente, podría acceder a las Reales Atarazanas. También carecía de la más mínima idea de quién me acompañaría hasta ellas.

Por un instante, me cuestioné qué diablos había ido a hacer allí, en esa ciudad, a punto de participar en una subasta ilegal comandada por las figuras políticas más influyentes de la región. Estaba a punto de meterme en una boca de lobo hambrienta.

«Eres un genio, Gabriel», me dije a mí mismo, sarcástico y suspirando profundamente.

Hubiese preferido tomar un buen trago de algo fuerte antes de caminar hacia mi destino, pero ya era tarde para cambiar de idea.

Pregunté a varias personas por el camino que debía tomar y estas me dijeron que debía ir por un callejón estrecho. En pocos minutos llegué a un edificio enorme donde se encontraba la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla.

«Debe de ser un error... Algo se te escapa, Gabri», me dije, mirando a mi alrededor, sin encontrar una señal que iluminara mi camino. Así pues, al retroceder unos pasos, me di de bruces con una reja que me obligó a girarme por completo. Al chocar inadvertidamente con ella, había impactado contra el viejo muro de un edificio que, a causa del paso del tiempo y del abandono, estaba en estado deplorable. La entrada estaba bloqueada y el patio principal estaba lleno de hierbas, palmeras y vegetación muerta. Miré el reloj que había en lo alto y me di cuenta de que nadie lo había puesto en hora durante años. Después miré las fechas que había debajo: 1587—1786. Bajo los números, se leía en letras de acero: Maestranza de Artillería. Reflexioné unos segundos y encajé las fechas con la construcción que había bajo tierra.

Pensé que debía estar en el interior, del otro lado, pero no había ninguna señal de que alguien me fuera a recibir y sospeché que los invitados habrían accedido de otra forma.

«Maldita sea, Rosario... Si te importaran un ápice los demás, ¿cómo se supone que podría entrar yo ahí?», me lamenté mientras las campanas de la Iglesia de La Caridad me mostraban la respuesta.

La iglesia, que estaba pegada a la Fábrica de Armas, debía tener acceso directo a las instalaciones interiores. Las campanas atrajeron a los feligreses a la última misa del día.

Me acerqué a la entrada de hierro, incorporándome a la multitud, con el objetivo de pasar inadvertido. Vi un pasillo separado por una reja, que en ese momento estaba abierto y que se encontraba a pocos metros de la puerta principal. Inhalé profundamente, intentando encontrar una forma de escabullirme sin llamar la atención y supuse que la puerta trasera, alejada del edificio, conduciría a los patios que conectaban con las atarazanas. Me escondí del mejor modo posible y crucé el pasillo sin que nadie se percatara. A continuación, seguí el único pasillo que había y este me condujo a un patio interior cerrado, debajo de la torre que sobresalía de la iglesia.

Mis cálculos habían sido correctos, de no ser porque el patio no tenía más salida que las ventanas de las estancias interiores de la iglesia.

Las ventanas de la planta baja, que estaban a la altura de los hombros, permanecían abiertas para que entrara el aire.

Calculé el salto, que no presentaría mayor dificultad, pero no sabía qué podría encontrar, una vez llegado dentro.

—Qué diablos... —Me lancé, cogí impulso y salté el alféizar que me llevó al interior de un despacho. El sonido del campanario me tapó los movimientos.

Aquel lugar parecía la oficina de un sacristán, llena de libros y con imágenes papales y religiosas por todos lados. Desde mi ubicación, observé la salida que daba a un pasillo oscuro. No podía ver lo que había al otro lado del marco, así que me asomé, cuando sentí que alguien se acercaba.

Así que me pegué a la puerta y esperé unos segundos.

La figura estaba ya cerca y vi la silueta de un joven monaguillo, vestido con el atuendo apropiado, entrando en el despacho. Si me descubría, se habría terminado mi aventura y empezaría mi pesadilla.

Me quedé quieto, sin moverme y respirando con dificultad. El ayudante iba en busca de algo

que no parecía encontrar y su presencia me estaba inquietando. Eché un vistazo furtivo y evalué la posibilidad de marcharme de allí sin ser detectado, pero las probabilidades de éxito eran tan escasas que casi eran nulas.

De pronto, me di cuenta de la estantería que había a mi lado y percibí cómo, al terminar de revisar el escritorio y los muebles que tenía a su lado, ese joven iba a caminar hacia mí.

Giré la mirada y vi el busto de hierro de la Virgen. No había planeado noquearlo de esa forma, pero el busto era pesado y un buen golpe lo dejaría inconsciente. Agarré el objeto con firmeza, dispuesto a golpearlo antes de que me viera, cuando una voz nos sorprendió a los dos:

—¡Julián! ¡Julián, deja de buscar! —gritó desde fuera una voz de adolescente—. ¡Está aquí, lo he encontrado!

—Menos mal... —murmuró el chico—. Me estaba volviendo loco...

El joven salió disparado del cuarto y yo di un suspiro largo que me vació los pulmones.

—Santísima Virgen... qué cerca ha estado —murmuré y me percaté de que aún sujetaba la cabeza de la Virgen. La dejé en su sitio y me disculpé—. Perdón, madre.

La misa iba a empezar en la iglesia y el pasillo estaba libre de obstáculos. Salí de aquella zona y seguí por el pasadizo que llevaba a las galerías.

24

Llegué tarde a la subasta, pero los obstáculos trabajaron a mi favor. Me habría perdido en el interior de aquella enorme construcción histórica, de no ser por el eco de la voz que me guio hasta la subasta.

Al acercarme al final del espacio, comencé a ver a unos cuantos hombres, todos de espaldas a mí y con la mirada dirigida hacia adelante. Eran un pequeño grupo y se concentraban en otros dos individuos que estaban en la parte frontal. Rápidamente, reconocí entre los asistentes al alcalde, al lado del mediador que subastaba los lotes de obras de arte; a don Juan de Ramos, el galerista al que había visitado con el inspector, esta vez sin acompañante y a un hombre canoso y delgado, con aspecto arrugado, que atendía concentrado y con sumo interés.

Me quedé oculto atrás y esperé a que la magia ocurriera. El subastador anunciaba lotes de obras asignadas a un número. De ese modo, sólo ellos sabían cuál era el contenido de los lotes. La falta de datos me dejó sin posibilidades y aumentaron mis interrogantes acerca de la señora Linares. Me había proporcionado información incompleta y eso me ponía en una situación comprometida. La subasta avanzó sin demasiado interés para todos. Los hombres ofertaban sin entusiasmo hasta que el mediador presentó el lote número siete. De repente, me percaté de que los participantes se enderezaban. Nadie había dicho nada sobre la muerte del artista, pero todos supieron que se trataba de sus cuadros.

El precio inicial fue de cien mil euros, pero subió a cincuenta mil más cuando don Juan confirmó su puja. Me sorprendió ver que el sevillano apostaba por las obras que le habían sido robadas. Era evidente que aquello olía a podrido a kilómetros, pero nunca imaginé que la situación sería tan retorcida. Todos se mostraron de repente interesados por el contenido, subiendo la oferta hasta que llegaron a los trescientos mil euros de precio. Don Juan dudó en aumentar el precio, pero se abstuvo y el hombre canoso hizo su última oferta, lo que provocó las miradas de algunos de los presentes y dibujó una larga sonrisa en los rostros del mediador y del alcalde.

—A la de una, a la de dos... ¿Nadie da más? —preguntó el subastador, a punto de cerrar la operación—. En ese caso... El señor de la esquina será... Un momento...

El sonido agudo de un teléfono móvil rompió el silencio. El mediador respondió a la llamada y asintió en tres ocasiones.

—Está bien... —dijo y miró a todos los participantes—. Un interesado ha pujado por quinientos mil...

Se produjo un murmullo de asombro.

—Silencio, por favor... ¿Alguien está dispuesto a superar la oferta? Uno, dos... y tres. El lote

número siete queda adjudicado.

Me quedé observando al tipo de cabello cano y me pregunté quién sería para apostar tanto dinero por el lote. La subasta prosiguió, pero el misterioso varón se alejó del grupo y se dirigió hacia una salida.

En ese instante, me percaté de que era mi oportunidad para seguirlo y obtener respuestas, así como la ocasión idónea para salir de allí, antes de que me encerraran durante toda la noche.

***

El hombre desconocido se dirigió hacia una puerta, la cual estaba custodiada por un agente de la Policía Municipal y se despidió de él de manera breve. Le seguí, con el corazón a mil por hora y saludé al agente sin mirarle a los ojos. Mi actuación fue lo suficientemente convincente como para que el policía no me cuestionara.

La puerta me condujo a otra calle estrecha llena de bares y de fachadas con balcones e intuí que estábamos en la manzana opuesta. Vi de lejos al hombre, caminando hacia la derecha por la calle.

Me alejé con cuidado y la figura giró de nuevo, perdiéndose por una salida que no alcanzaba mi vista. Me había llevado a la avenida de la Constitución, una de las principales calles peatonales de la ciudad y encontrarlo allí era como buscar una aguja en un pajar. De repente, me sentí abrumado por la multitud y las sombras que poblaban la noche. Con la Catedral a mi espalda y el Archivo de Indias enfrente, examiné a la multitud en busca de aquel hombre, sin comprender en qué momento lo había perdido por completo. La suerte me ayudó a encontrarlo y lo vi caminando hacia el final de la avenida.

Avancé y avancé, abriéndome paso, procurando que no se percatara y sin considerar el impacto de mis acciones. El hombre llegó a una fuente y se detuvo para responder a una llamada telefónica. Reduje el paso, sin perderlo de vista. La ciudad parecía no tener fin, la humedad me hacía sudar más y la multitud de personas que inundaban las calles me impedía moverme con facilidad.

Apareciendo de la nada alguien me cogió del brazo.

El instinto me advirtió y me aparté para evitar el ataque. Entonces vi que era ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Rosario, confundida, empujándome hacia atrás y provocando un momento de confusión entre los que nos rodeaban—. Te estoy llamando a gritos desde ahí atrás, pero pareces sordo... ¿Qué te pasa?

—¿Eh? —pregunté confundido y sofocado—. ¿Qué dices?

Me había centrado tanto en ese tipo, que no me había dado cuenta de nada más.

—¿Te ocurre algo, Gabriel? Tienes mala cara... —dijo tomando mi brazo y continuamos andando. Después me susurró al oído—. Oye, no montes una escena, no aquí... Hay demasiada gente y estas cosas me dan vergüenza...

—¡Mierda! —exclamé al ver que la silueta había desaparecido—. Lo tenía tan cerca...

—¿Me estás escuchando o le estoy hablando a una pared?

Me aparté de ella por un segundo y pareció captar el mensaje.

—¿Puedes dejar de pensar en ti por un momento, joder? Maldita sea...

Rosario tenía miedo escénico, pero a mí no me importaba. Igual que a los viandantes que pasaban por nuestro lado. El mundo estaba demasiado ocupado mirándose el ombligo.

—Relájate, tío. Será lo mejor... Te recuerdo que no trabajo a tu servicio.

—Llévame a un bar. Necesito un trago.

—Genial. Lo arreglas todo bebiendo, claro que sí...

—Al menos sé cómo arreglar mis problemas —dije y vi unos toldos rojos en una esquina—. Vamos allí. Hablaremos con calma.

—Escucha, tengo que regresar a la redacción. Lo de Rupestres lo ha cambiado todo, así que cuéntamelo aquí y me marcharé...

Esta vez, fui yo quien le dirigió una mirada penetrante, como un torero que maneja el estoque.

Rosario no tenía la menor idea de lo que había ocurrido, pero podía percibir lo que estaba sucediendo en mi interior. No insistió más y se dirigió hacia el lugar que le había sugerido.

—Está bien... No creo que me vayan a castigar por llegar tarde.

25

Rosario, no me estaba ayudando mucho. Esa reportera acabaría con mi paciencia antes de que lo hiciera el cansancio. Nos refugiamos en la barra de un bar que estaba pegado al que había propuesto. Ella siempre tenía la última palabra. Era una pequeña cafetería de barrio, estrecha, con su barra de zinc y una camarera con guasa y con ese brillo único de la ciudad, que me hacía olvidar las horas que llevaba sin tocar una cama.

Después de mi comentario fuera de lugar, mi compañera parecía haber calmado los ánimos. No lograba comprender muy bien lo que le ocurría, qué pensaba en esos instantes, pero tampoco la conocía lo bastante como para emitir un juicio ajeno. Ese era uno de mis problemas, o quizá de mis talentos, que leía a la gente sin saber mucho de ella. Para bien o para mal, me ponía en una situación aventajada. Pidió dos vinos de Jerez para calmar la sed. No era muy fanático de las bebidas secas, pero no iba a discutir por una cuestión de gustos banales. Cuando me sirvieron la copa de cristal, bebí un trago tan largo que noté cómo mis órganos resucitaban. El Jerez me revitalizó, aunque advertí que no debía pasarme con él.

—¿Mejor? —preguntó, sorprendida, cuando dejé la copita y pedí una segunda—. Ni que hubieses estado caminando por el desierto... ¿Alguna vez has ido a un médico?

—Escucha, Rosario. No sé qué te ocurre, pero si queremos llevarnos bien, deberías bajar la guardia —respondí, dejando a un lado su tono sarcástico y centrándome en la importancia del encuentro—. He puesto en juego mi integridad en esa subasta y no estoy seguro de si lo volveré a hacer.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Mejor dicho, quién... Todo este asunto relativo al robo de los cuadros, a las subastas ilegales, a la esposa del alcalde... es una completa farsa.

—Explícate mejor, o bebe más Jerez. No hay quien te entienda.

—El vino no aclarará mis palabras... Regresaré al principio —expresé y la miré fijamente. Había un brillo extraño en su mirada. Era el destello de la envidia, del deseo de estar en mis zapatos. Me hubiese gustado decirle que no tenía ningún interés en calzarlos, pero eso no iba a hacerla cambiar de opinión—. Jiménez me ha citado en lo que parecía el estudio de Rupestres... un auténtico cuchitril con olor a pocilga.

—¿Has visto el cadáver?

—No, ya se lo habían llevado.

—No me creo lo del suicidio.

—Ni, yo... He notado algo chirriante en esa casa. Parecía que habían preparado el escenario del crimen.

—¿Desde cuándo trabajas para la Científica?

—No seas tan lista —dije y sonreí. Me hizo gracia el comentario, quizá porque me sentía cansado o porque me estaba tomando demasiado en serio lo que decía—. Sé cómo trabaja un artista, un escritor, un músico... El desorden forma parte de su vida, pero eso no significa que vivas en la inmundicia. La cocina de Rupestres parecía uno de esos bodegones al óleo, pero en lugar de piezas de fruta, había botellas.

—Entiendo...

—La policía intuye que la muerte ha sido causada por un exceso de antidepresivos y alcohol. Una muerte clásica, dulce e indolora. No darán por concluida la investigación hasta que no tengan los resultados de la autopsia.

—¿Y si indica que ha sido así? Le daríamos la razón a Linares y al inspector.

La miré a los ojos, concentrándome en ellos y sin quererlo, mi mirada se desvió a sus carnosos labios. Quizás fuera el vino, o esa atracción que flotaba desde el primer encuentro, pero ella no se resistió a mi gesto y la sorprendí haciendo lo mismo. Después, reculé, echándome hacia atrás.

—Tal vez haya sido la causa de su muerte, pero nadie nos dice que él la haya provocado.

Rosario se rio, esta vez por falta de credibilidad.

—Deja el Jerez. Es suficiente.

—No me crees, ¿verdad? Espera a oír esto... Creo que Rupestres era un estafador, un falsificador de obras, un profesional del engaño.

Ella parpadeó tres veces y meneó la cabeza, incrédula.

—¿Qué? Estás chiflado, Gabriel. Has traspasado la frontera entre la ficción y la realidad.

En un acto reflejo, le toqué el brazo para enfatizar mis palabras. La tensión aumentó cuando ella no me recriminó el gesto.

—Tienes que creerme. Sé lo que he visto, no soy ningún pardillo... Mientras esperaba a que Jiménez me atendiera, me he entretenido mirando unas obras que había apiladas en la pared. Eran todas trabajos de Rupestres, pero... una de las obras tenía otro cuadro debajo.

—No te sigo...

—No sé nada de pintura, ni de técnicas, pero estoy convencido de que el pintor estaba ocultando otra obra, trabajando encima de esta.

La teoría estalló en su cabeza. Por un momento, el brillo de la envidia se convirtió en el aura de la convicción. Rosario estaba considerando mi hipótesis.

—Estás diciendo que...

—Sí —la interrumpí, dibujando una mueca en mi cara—. Rupestres era un falsificador.

El silencio se apoderó de nosotros durante varios segundos. Pedí otra ronda de Jerez para celebrar el momento. No podía permitir que la euforia se disipara y que Rosario cambiara de opinión. No sé por qué, pero algo dentro de mí me indicaba que estaba en lo correcto, que había dado con el inicio del gran golpe que alguien intentaba orquestar.

—Intento digerir todo lo que dices... ¿Has reconocido a alguien en la subasta?

Casi me había olvidado de ello.

—Por supuesto, estaba el alcalde y también don Juan de Ramos, un empresario que me presentó Jiménez y al que le robaron un cuadro... —expliqué y recordé un detalle que me llamó la atención. El galerista no había peleado por el lote—. No entiendo muy bien su presencia.

—Si tu teoría fuese cierta, en ese caso, habría un complot...

—¿Un complot, dices? La madeja es más liosa de lo que aparenta, Rosario... La puerta estaba

custodiada por un policía municipal. El pozo es profundo —concluí, pero ella estaba pensando en otra cosa, en algo que no iba a contarme.

—Tengo que irme, Gabriel —dijo y me tocó la mano con afecto. Esta vez, no fue un gesto espontáneo como el mío, sino algo calculado. Rosario tenía lo que había ido a buscar y ya no me necesitaba—. Tengo un amigo que es historiador del arte y que tal vez podría ayudarnos a descubrir lo que planteas en cuanto a los cuadros... Eso lo cambiaría todo, pero ahora no tengo tiempo, de veras... Debo estar en la redacción y asegurarme de que la noticia de Rupestres está bien escrita y que mañana se publique en primera plana. ¿Pagas tú esto?

—Claro, pero espera... —dije y la agarré del antebrazo, esta vez con fuera. Ella bajó la vista para que la soltara. Era bella y peligrosa como una pantera—. No puedes contar nada de lo que te he dicho. No, hasta que...

Se acercó a mí, me acarició la cara con la mano y dudó un instante en darme un beso en la mejilla.

—Te llamo más tarde, ¿vale?

—Ya sabes dónde encontrarme.

Mis últimas palabras la sonrojaron. Rosario bajó la mirada y sonrió dulcemente. Luego, agarró el bolso y salió de la cafetería, alejándose con un movimiento de caderas cautivador y un paso decidido y seguro que la hacía más atractiva. Sin percatarme, estaba perdiendo los estribos por ella, dejándome envenenar lentamente por su acento, por su mirada, por su forma de ser tan disruptiva e interesada.

La vida me había enseñado que la única forma de manejar el amor de manera adecuada era no permitiéndome enamorarme, manteniéndome alerta y esquivando las emociones como si fueran ataques. Sin embargo, moriría siendo un perdedor aficionado.

Ella ya había seleccionado a su víctima y yo estaba seguro de mi final.

26

Me quedé en el bar un poco más de tiempo hasta que sacié mi hambre con varias tapas y una botella de agua. No podía dejar de pensar en los últimos acontecimientos vividos. Apenas había transcurrido un día en la ciudad, pero tenía la sensación de que había pasado una semana. Mis sospechas sobre Rupestres ponían en juego muchas cosas. En primer lugar, la historia de corrupción y estafa que existía en la ciudad, desde el alcalde hasta los empresarios que cobraban los seguros de los robos. No podía concebir que el alcalde mismo estuviera involucrado en un asunto tan siniestro, aunque la clase política del país, sin excepción, llevaba decepcionando desde los inicios de la nación. Los políticos nacían con un talento único que llevaban en la sangre: eran especialistas en representar al pueblo para despojarlo. La posibilidad de que Rupestres formara parte de la trama, como un falsificador profesional y que ahora estuviera muerto, hacía que el asunto tuviera una mayor importancia.

Me cuestioné cuál sería el valor real de los cuadros que habían sido robados y que ahora trataban de abandonar la ciudad; si la denuncia de los robos había sido un exceso por parte de uno de los involucrados o formaba parte del plan. Difícil de saber, me dije. Necesitaba un poco de oxígeno y más información. El inconveniente era que no podía acudir al consejo de Jiménez, no si quería conservar la confianza de Rosario.

Salí de allí más tranquilo, en busca de una coctelería en la que poder relajarme y desinhibirme antes de acostarme. Me alejé de los locales del casco antiguo, llenos de turistas extranjeros y con un ambiente flamenco falso que no me atraía en absoluto. Paseando sin rumbo y no muy lejos de la cafetería, me topé con la cristalera de un bar de copas que parecía hecho a medida. Al entrar en el XIX, un sillón y una vieja máquina de escribir llamaron mi atención. Sonaba música rock de los ochenta y la clientela era acorde a mi edad y a mis gustos. Allí podría pasar inadvertido tomando una copa en solitario. No era noche para terminar en una taberna escuchando las historias de un cochero de caballos.

Me acerqué a la barra y pedí un whisky sour. Frente a la negativa, me conformé con un whisky con hielo y sin adornos. El local estaba lleno y había diferentes grupos de personas que estaban bebiendo, conversando y riendo. Por el cristal que había tras las botellas del fondo, observé un grupo de mujeres que había a mis espaldas. Sospeché que tendrían mi edad, un año más arriba o abajo y disfruté al verlas gesticular. Parecían buenas amigas y hablaban con énfasis, como si se dejaran la vida en ello. De repente, sin previo aviso, sentí un codazo en mi derecha. Miré de soslayo y vi un flequillo afilado y una mirada penetrante.

Ella sonrió. Iba vestida de forma poco convencional, con una camiseta ceñida que le marcaba las costuras del sujetador y unos vaqueros ajustados y desgastados por las rodillas. Pero había

algo en ella que delataba su profesión desde lejos. Como todos ellos, tenían ese toque único.

—La vida es un pañuelo, Llanos —comenté, apoyado en la superficie de madera.

—No, es Sevilla, que no es tan grande —respondió y observó mi vaso—. ¿Bebiendo solo?

—¿Me quieres hacer compañía?

Se giró y señaló a las mujeres que voceaban unos metros atrás.

—Estoy con unas amigas —dijo y pidió una cerveza.

—¿El inspector te ha dado permiso? —pregunté, buscándole las cosquillas.

Ella soltó un bufido.

—Esta noche libro y Jiménez no es mi padre, ni mi jefe. ¿Te has cansado ya de perseguir a esa chupóptera?

—Sólo por hoy. —Pagué la cuenta de ambos, tomé mi vaso y lo choqué con el suyo—. Salud, inspectora.

—¿Por qué brindamos, escritor? No hay nada que celebrar.

No respondí y la miré desde la barra, buscando sus ojos en el espejo. Después le sonreí de modo picarón. Ella me estaba siguiendo el juego.

—Nada, de momento...

—Salud —dijo y bebimos.

***

La noche siguió en el mismo bar y con la misma compañía. Llanos me acompañó más de lo que yo esperaba. Era agradable, aunque diferente a mí. Probablemente porque soy un romántico empedernido, de altibajos, de intensidad y devoción, mientras que ella, sencillamente, parecía solo querer pasar un buen rato conmigo. La inspectora me preguntó por mi vida laboral y por mi vida privada. Al llegar a un punto, comencé a sentir el placer olvidado de hablar de uno mismo.

—¿No te espera nadie en tu querida ciudad? —me preguntó, con cierto interés oculto en sus palabras.

Le dije a la camarera que me pusiera otro trago y ya había perdido la cuenta de los que llevaba.

—Eso no debería preocuparte... —respondí, nostálgico y con poso de pena, ya que era cierto. Escapar de Alicante era la única manera de que me ocurriera algo que mereciese la pena—. Debería preocuparme a mí, en caso de que me espere un oficial para partirme las piernas ahí fuera...

Ella se rio. No daba crédito a lo que decía.

—¿Por qué has imaginado que iba a estar con otro policía?

—Se llama endogamia profesional. Vosotros la practicáis mucho.

—Vaya, eres todo un entendido, pero te equivocas...

Me rasqué la cabeza, fingiendo pensar en algo inteligente. Después la miré a los ojos y luego a sus labios. Ella actuó de igual modo y me atreví a cerrar la noche, aunque no confiaba del todo en su juego. ¿Era normal que me preguntara tanto por mi vida y tan poco por el caso?, intenté averiguar, pero no lo conseguí debido a su mirada.

—La adrenalina, el poder... —expliqué y me acordé de Soledad, de la época en la que había salido con una policía. Siempre existen excepciones y esa mujer era una oportunidad que desperdicié por estúpido. Sin embargo, Llanos era todo lo opuesto a Soledad—. A ti te gusta el control, por eso estás en el Cuerpo...

—Y tú eres un corazón malherido, un nostálgico y melancólico. Debieron quererte poco de pequeño, por eso te dedicas a la escritura...

—De pequeño y de adulto, pero nadie elige dónde nace, ni quién quiere ser, ¿verdad?

Esa fue mi última cuestión, poco antes de que mojara mis labios en alcohol y ella me mostrara el camino a seguir. De pronto, la música sonaba como si la banda estuviera tocando para nosotros. Olvidé el caso, los cuadros, a Rosario, a Jiménez y lo que estaba haciendo allí. Nuestros labios se tocaron de manera eléctrica y me sentí como si tuviera veinte años, como si hubiese atravesado la barrera del sonido. Fue raro, pero muy intenso. Poco después, nuestros cuerpos se juntaron y la película se desvaneció en mi cabeza.

27

Una fuerte jaqueca me atravesó el cráneo cuando abrí los ojos y descubrí que estaba en la cama de mi hotel. No soportaba la sensación de no recordar nada al despertar. Últimamente, ocurría con menor frecuencia de lo habitual, pero con mayor frecuencia de lo que me gustaría. De repente, vi su espalda desnuda, pálida, con algunas cicatrices que no parecían ser graves, sino anecdóticas y vacilé al tocarla, pues el mayor peligro estaba en su mente. Me reconfortó la sensación del calor del cuerpo desnudo de Llanos bajo las sábanas.

Mis movimientos la despertaron y ella se volvió hacia mí sin expresar ninguna emoción.

—Mierda... —murmuró, al verme la cara.

—Me han dicho cosas peores, pero en tu caso lo tomaré como un cumplido.

—¿Qué hora es?

—La hora del desayuno.

—No, en serio, ¿qué hora es, Gabriel? —preguntó, nerviosa y salió de la cama. Después se vistió y caminó al baño—. Tengo que estar en la comisaría, ¡joder!

—Descuida, no es para tanto. No te arrepientas antes de hora.

—Vete a la mierda, ¿vale? Lo último que me importa ahora es haber echado un polvo contigo...

Di un respingo de indignación, pero eso no iba a hacer que cambiara de opinión. Si algo podía recordar de la noche anterior, era su indiferencia ante el romanticismo que yo despedía mientras bebía. Aquellas situaciones nunca terminaban bien.

Salí de la cama como pude y comprobé por la ventana que el sol ya estaba fuera. Ambos llegábamos tarde a nuestras citas y sospeché que Rosario estaría enfadada conmigo.

—Escucha, Llanos... Jiménez no tiene por qué enterarse de esto —le dije mientras me vestía, para que se relajara—. Somos adultos.

—Si se entera, te mataré —contestó, fríamente, sin mirarme, concentrada en hacerse una cola de caballo frente al espejo—. Me has entendido, ¿verdad? Somos adultos.

Estaba cansado y con una nube negra de pensamientos en mi cabeza, así que busqué la manera de preparar un café con la máquina automática que había en el dormitorio, cuando alguien llamó a la puerta dos veces.

—¿Gabriel, estás ahí? —preguntó Rosario, al otro lado.

De repente, sentí una intensa presión en el estómago y unas fuertes ganas de vomitar todo lo que había bebido la noche anterior.

Me acerqué al umbral de la puerta del cuarto de baño y le pedí a Llanos que no hiciera ruido.

—¿Segundo turno? —preguntó, ya casi vestida.

—¿Puedes guardar silencio?

—Te doy cinco minutos o me largo. Tengo prisa.

Después cerré la puerta.

—¡Un momento, ya voy! —exclamé, me puse una camisa y los vaqueros y abrí unos centímetros la puerta del cuarto.

Rosario estaba vestida esta vez con pantalones apretados y una blusa que dejaba a la vista sus hombros morenos. Del hombro colgaba un bolso de piel en el que llevaba un ordenador portátil.

—¿Estás bien? —preguntó e intentó pasar al interior, pero le impedí el paso—. Dios... ¿Qué es ese olor? Es igual, no hace falta que me lo expliques. ¿Me dejas pasar?

—Necesito un momento... y una aspirina, si es posible.

—No, no tengo. ¿Qué hiciste anoche? No se te puede dejar solo... Se supone que íbamos a trabajar. Necesito hablar contigo sobre el caso.

Llanos hizo un ruido en el baño que llegó a nuestros oídos. Después, el silencio regresó. La mirada de Rosario clavada en mi cara fue suficiente para darme cuenta del error.

—Ya te vale...

—¿Qué?

—Es evidente que hay alguien ahí.

Tragué saliva y le eché morro. En ocasiones, hay que enfrentarse con un órdago a la vida, aunque las cartas sean malas y sepas que puedes perderlo todo.

—¿Quieres pasar y comprobarlo? —pregunté y abrí la puerta—. Lo que hay... es una pocilga y no tengo por qué darte explicaciones de mi propio desastre. Dame quince minutos y estaré en el bar de abajo. Tan sólo necesito volver a ser persona.

En su mirada pude verificar que me creía, aunque eso no bastó para que diera un repaso al interior. Después reculó y salió del umbral que separaba la puerta del pasillo.

—Sí, date una ducha... y dile al servicio de habitaciones que fumiguen esto —respondió y negó, decepcionada—. Te esperaré abajo y buscaré algo más fuerte que una aspirina.

—Gracias —dije y cerré, suspirando hasta quedarme sin aire.

La puerta del baño se abrió y Llanos apareció vestida como la noche anterior, con una sonrisa traviesa en el rostro. No entendía por qué me sentía mal, pero lo cierto era que parecía haber decepcionado a Rosario. Quizá la periodista me importara más que la policía, pero eso no iba a cambiar nada.

—Además de embustero, eres todo un liante... —dijo acercándose a mí y quedándose a unos centímetros—. No esperaba menos por tu parte, juntaletras.

—¿Has terminado?

Ella me dio un beso en los labios, tan ligero que apenas sentí el roce de su piel. Luego se apartó, con la mirada pícara y maquiavélica y me pidió que la dejara marchar.

—Esto no te va a salir bien —comentó con voz fría—. Más vale que cumplas con Jiménez.

—Lo tuyo es digno de terapia...

—¿Me permites?

—Sí, adelante —dije y ella salió por la puerta sin mirar atrás, sin un mero hasta luego.

Algo me decía que me había metido en un buen lío, aunque desconocía en cuál. La primera regla de Rojo era que no me involucrara con el Cuerpo, ni siquiera con ellas. Y el inspector sabía de lo que hablaba.

Tras una larga y fría ducha, me vestí y salí de la habitación.

Cuando llegué a la calle, caminé hasta el bar en el que nos habíamos reunido el día anterior.

Rosario estaba dentro, tomando un café y comprobando su teléfono. Cuando me vio, intenté leer su expresión, pero no vi nada.

Una vez más, la fortuna se había puesto de mi lado, aunque no sabía por cuánto tiempo.

28

Pedí un café y me senté a su lado. Junto al plato con el bollo, había una edición impresa del periódico. El titular de la muerte de Rupestres ocupaba la primera plana. Al activar el teléfono, un mensaje de voz me informó de las llamadas perdidas.

Reconocí el número de Rosario a las dos de la madrugada y el de Jiménez poco antes de que mi compañera me sorprendiera en el hotel. Me pregunté si habría ido hasta el hotel. No me atreví a hablarle de ese tema, así que preferí no comentárselo.

—Te ha faltado tiempo para publicar la noticia —comenté y guardé el teléfono—. Ahora entiendo por qué tenías tanta prisa.

—Quien llega primero, golpea dos veces... Parece mentira que conozcas el negocio —dijo y sacó una caja de antiinflamatorios—. Toma, esto te vendrá bien.

Cogí una cápsula y la tomé con el café.

—¿Hablaste con tu amigo el historiador?

—Sí. Y le conté todo lo que me dijiste.

—Estupendo. Gracias por mantener el secreto.

—Gabriel, ¿sabías que había sido su alumno? Para colmo, Rupestres nunca fue considerado un buen pintor...

—Nadie es considerado bueno cuando crea algo y menos por quienes se dedican a criticar.

—Te lo digo en serio —insistió y me tocó el brazo. Me estaba habituando demasiado a la compañía femenina y eso nunca era del todo bueno—. Sin embargo, mi amigo reconoce que era muy buen imitador.

—¿Imitador? Pero no estamos hablando de imitar, sino de pintar encima... Digamos que lo suyo era ocultar... ¡Uf! Demasiado para una resaca tan fuerte.

—Esa es la cuestión. ¿Y si todo esto fuera una película para que vendieran las copias como si fueran originales?

—Quien paga medio millón de euros no es tan idiota...

—Depende de quién los pague, ¿no te parece?

Su pregunta me llevó a pensar en don Juan de Ramos. Si alguien en el negocio era lo suficientemente ingenuo como para ser estafado con un trabajo de ese tipo, era él. O puede que no... y que jugara con un farol que nos engañaba a todos. En cualquiera de los casos, la intuición me indicaba que debíamos visitarlo. Yo había estado presente en la subasta y sabía que Rosario podría confrontarlo si hacía las preguntas necesarias, que yo no estaba capacitado para hacer.

—Quiero que me acompañes a visitar a una persona, pero esto debe quedar entre los dos.

—¿Desde cuándo no es así? —preguntó, con esa mirada sarcástica, sin importarle nada—.

Prometo proteger a mi fuente.

—No sabes lo que me alivia.

Antes de marcharnos, se dirigió con un tono de voz serio.

—Por cierto... ¿Qué ocurre con la inspectora que va con Jiménez?

No lo esperaba. Tragué saliva y vi lo pálido que estaba en el reflejo de la barra. Por suerte, podía achacarlo a mi falta de hidratación.

—¿Te está atosigando?

Ella negó de un modo que no me preocupó.

—La he visto merodeando por tu hotel, poco después de salir de allí.

—Gracias por avisar, pero no me preocupa.

—Pues debería... —dijo y bajó el tono de voz—. Lleva cuidado, Gabriel... Los conozco de sobra y es por lo que no colaboro con ellos. Es probable que te estén espiando e intenten sacarte todo lo que sabes. ¿Cómo? Te sorprendería lo ingeniosos que son.

En ese momento pensé en que Llanos me hubiese grabado con el móvil mientras hacíamos el amor. La idea me pareció repugnante y mezquina, pero, aunque la considerara cruel y despiadada, no la veía capaz de cometer tal injusticia. Eso la pondría a ella en juego también, así que opté por olvidar la posibilidad.

—¿Estás bien? No tienes buena cara...

—Vámonos... Necesito que me dé un poco el aire.

29

Durante el breve trayecto, puse a Rosario al corriente de lo que sabía sobre el dueño de la galería. De este modo, ella podría formular las preguntas adecuadas.

—Nunca has visto cómo actúo —dijo, confiada, antes de tocar el timbre de la puerta del local.

El interior estaba tranquilo y no había clientes, lo cual no me sorprendió. Don Juan de Ramos no se alegró al vernos llegar a la galería. Se dice que las segundas partes nunca son buenas y yo estoy de acuerdo en que tampoco lo son las visitas no deseadas. En esta ocasión, estaba convencido de que mi compañera sería más eficaz que la pasiva presencia del inspector Jiménez. Rosario tenía el porte de una mujer con saber estar y la energía de un canario enjaulado.

Con paso tranquilo, el anfitrión dio un vistazo desde el pasillo y caminó hacia nosotros para recibirnos:

—Buenos días, señor —dijo, con cortesía, aunque con el deseo de que me marchara pronto de allí—. ¿Ha venido a contarme algo nuevo?

—No, exactamente... —respondí y él nos invitó a pasar—. Señor de Ramos, le presento a la señora García...

—Anda, mira que bien... —respondió a la periodista dándole un repaso con la mirada, lo que no le gustó nada.

—Rosario García, jefa de redacción del Diario Hispalense —agregó ella e ignoró la mano que le ofreció el galerista. Luego entró y caminó por el interior—. Venimos a hablar del robo, si no le parece mal.

De Ramos me miró sorprendido y ofendido a partes iguales. Pensé que, tal vez, no estaba acostumbrado a tratar con personas como ella. La situación me hizo gracia. De vez en cuando, todos necesitamos una cura de humildad.

Rosario se dirigió a uno de los laterales, observando los cuadros, estudiando cada obra. En el fondo, sabía que buscaba pruebas de cómo habían sacado el cuadro de allí, pero jugaba al despiste, como hacían todos en esa ciudad.

—Si no es molestia, ¿está al tanto el inspector Jiménez de la visita?

—Lo estará, no se preocupe —le dije, tranquilizándolo—. En el fondo, mi compañera quiere que le explique lo que pasó. Periodistas, ya sabe... Quieren la fuente directa.

—Entiendo.

—¿Dónde se encontraba el cuadro? —inquirió ella.

El hombre le indicó el pasillo por el que nos había llevado en el primer encuentro. Después se pegó a mí y carraspeó.

—Escuche, Caballero... Su amiguita no me da buen... ya me entiende... buen augurio. A mí únicamente me importa solventar esto de la manera más legal posible, sin terminar en pleitos a causa de esta gente... No me gustaría acabar mi amistad con Jiménez por una estupidez...

Me acerqué a él y le di una palmada en el hombro.

—No se preocupe, don Juan. Escribirá lo que usted quiera contarle...

—Es que esta gente lo tergiversa todo.

—¿Y quién no?

Rosario, que estaba frente al espacio libre que había dejado el cuadro, se giró hacia nosotros.

—¿Se lo llevaron de aquí? ¿Por todo este pasillo?

—Sí, señorita.

—Señora.

—Así fue, señora García. Hubo un apagón eléctrico en el edificio y los ladrones entraron y se llevaron el cuadro durante los quince minutos que duró el corte de luz. Increíble, ¿verdad? Como un truco de magia del Harry Potter ese...

Rosario se sobresaltó y pude observar la tormenta que se aproximaba hacia nosotros. Se acercó a él, con paso firme y se quedó quieta a un metro escaso del cuerpo del marchante de arte.

—¿Trabaja alguien con usted?

—Ya se lo dije a su compañero. Trabaja una mujer, que es mi comercial.

—¿Dónde estaba ella?

—En su casa, supongo... ¿Qué voy a saber? La galería estaba cerrada.

Rosario se aproximó un poco más. Podía sentir el fuego de su mirada quemándome la piel. Entonces bajó el tono de voz:

—¿Sabe que Rupestres ha fallecido? —preguntó, haciendo una lectura de su rostro.

Miré de soslayo al hombre, esperando alguna señal de emoción de su parte y me di cuenta de que lo había subestimado todo ese tiempo. Don Juan de Ramos no era el más estúpido, sino el que mejor sabía fingirlo.

Tras unos segundos en los que parecía haberse congelado, reaccionó:

—No estaba al corriente, señora García, pero me alegra que me dé la noticia.

—¿Le alegra?

—No me malinterprete...

—Repito lo que ha dicho.

—Y yo le digo que lo siento por el muchacho, pero el cuadro ahora tendrá más valor.

—¿Ni siquiera le afecta un mínimo? Tengo entendido que sentía aprecio por el pintor...

—Aprecio, por supuesto, pero no era un familiar, ya me entiende... Esta gente coquetea con muchas cosas, qué le voy a contar a una periodista... Apuntaba maneras como artista, pero también para terminar así.

Rosario saltó sobre él y lo empujó contra la pared. El cuadro que había detrás se tambaleó y de Ramos la frenó con la mano.

—¿Ha perdido el juicio, señora? Me está tocando la moral, usted...

—Deje ya de mentir. ¿Qué hacía ayer en la subasta ilegal de las Reales Atarazanas?

—¿Cómo dice? —preguntó, de nuevo, sin inmutarse y la apartó a un lado—. De verdad, que por ahí no... Ha cometido un error en traer a su amiga, señor Caballero.

—No se esconda, no nos va a engañar —insistió ella, firme y feroz—. Sabemos que estuvo ayer en la subasta de los cuadros robados.

—Menudo disparate... —le dijo, mirándola de reojo, como si estuviera hablando con una

loca. ¿De dónde saca esas cosas? ¿No tiene otro tema del que hablar?

—Rosario... —le dije, interviniendo sin éxito.

—¿Dónde están los cuadros?

—Señora, por favor... Las Atarazanas están cerradas al público desde hace años. Como buena periodista, debería saberlo... ¿O tendría que llamarla «periolista»?

—¿Por qué sigue mintiendo?

—Porque no pienso formar parte de su estupidez.

—Él le reconoció —dijo y me señaló. En ese momento, sentí cómo un agujero se abría bajo mis pies. Lo estaba arruinando todo—. Verdad que sí, ¿Gabriel?

La mirada de don Juan de Ramos cambió por completo.

Sus ojos se nublaron con incertidumbre, preguntándose si decía la verdad o era otro farol. Pero mi expresión facial hablaba por sí sola y eso fue lo que contagió la tensión.

—Es cierto —afirmé—. Usted estaba allí con otros hombres.

—¿Es una broma?

—Usted, el alcalde y más gente...

—Pero, no le vi —dijo de Ramos, mirándome y delatándose a la vez—. ¿Qué carajo?

—¿Dónde están los cuadros de Rupestres?

—¡No lo sé! —exclamó y retrocedió, provocando un eco con su voz—. ¡Yo sólo fui por curiosidad!

—No mienta, por favor. Yo mismo le vi pujando.

—Si realmente estuvo allí, sabrá dónde están...

Rosario me miró confundida.

—Una llamada anónima.

—Pues eso... —lamentó y se rascó el mentón—. La llamada se lo llevó todo. ¡Hala! Misterio resuelto.

Parecía que quisiera decirnos algo que no podía. Parecía como si su vida estuviera en peligro si revelaba la identidad del postor más alto.

—Lo pienso contar todo, hasta el último detalle —intervino Rosario, que se había quedado fuera de la conversación durante unos segundos—. Todos los implicados en esta trama corrupta, desde el alcalde hasta usted, pasando por la Administración Pública y la Policía, aparecerán en esta historia... Así que hable si quiere salir bien parado.

El discurso armado no intimidó al marchante. Algo lo había perturbado y ahora no podía sacarlo de su cabeza.

—Señorita, por favor, deje de dar la nota y de soltar panfletadas... Seamos serios...

—Siempre lo soy cuando hablo.

—¿Son conscientes de dónde se quieren meter? Sinceramente, yo solo pretendía hacer negocio, cobrar una póliza de seguro y nada más, pero a veces hay que cerrar los ojos y pasar por alto algunas cosas, ya me comprenden...

—¿A quién teme, don Juan? —pregunté, indagando en sus miedos.

—Lo que me resulta sorprendente es cómo ha llegado usted hasta aquí.

—Conteste a la pregunta que le he hecho y no se ande con rodeos. ¿Dónde están los cuadros? Ahora me dirá que tampoco sabe que Rupestres era un falsificador profesional.

El segundo farol surtió efecto. De Ramos la miró compungido, como si alguien le hubiera estafado.

—Márchense, se lo ruego.

—No piense que me voy a callar...

—Pierden el tiempo... Es probable que los cuadros estén en el puerto y pronto salgan para Tánger. ¿Los va a encontrar usted, señora García? Usted y su periódico de tercera división... Salga de la película que se ha montado. Esto no es un cine.

—La Policía tiene controladas todas las salidas de la ciudad, incluso las marítimas —señalé, recordando las palabras de Jiménez, pero el hombre parecía sorprendido por mi ingenuidad.

—De verdad, procedan como quieran —respondió con desánimo—. Escriban el artículo, incluyan mi nombre, pero no me hagan perder más tiempo del que ya he invertido...

De repente, una presencia inesperada se unió a los tres.

—¿Va todo bien, don Juan? —preguntó Irina, la empleada. Al verla, Rosario se apartó y dejó de instigarle.

La actuación había terminado.

—Sí, los señores ya se estaban marchando —respondió con frialdad y se abotonó la americana azul que vestía—. ¿Verdad, señor Caballero?

Asentí con la cabeza, expectante a la reacción de la empleada. Por nuestra parte, Rosario ya había encontrado lo que buscaba y estaba esperando el momento para salir de allí y dirigirse a la zona portuaria.

Me acerqué el marchante, con ánimos de sembrar la paz y le ofrecí la mano.

—Lamento que esto haya terminado así, pero gracias por su ayuda.

Él me apretó los dedos con fuerza y me clavó la mirada.

—Cuídese las espaldas, señor Caballero. Le vendrá bien, sobre todo, si sigue con esas amistades... —me dijo y se dirigió a su empleada en voz alta—: Por cierto, Irina, yo también estaré fuera un rato... Si alguien pregunta por mí, dile que estoy ocupado.

30

La falsa galantería del empresario desapareció en cuanto nuestros caminos se separaron en la entrada de la galería. Don Juan de Ramos subió a un taxi y abandonó la plaza. Cuando quise darme cuenta, Rosario caminaba en dirección al río. Corrí tras ella y la detuve, zarandeándola por el brazo.

—¿Por qué has tenido que decírselo todo? —pregunté, ansioso y enfadado— ¡No era lo que habíamos pactado!

—¡Por favor, Gabriel! No me vengas con eso ahora... Había que ponerlo en su sitio —respondió y se soltó de mi mano—. ¿Me dejas caminar?

—Ya le has oído. Perdemos el tiempo, Rosario.

—Soy periodista. Sé lo que puedo hacer y también sé de lo que soy capaz. Ahora, me dejas pasar, o vienes conmigo, o te apartas.

La seguí como un perro faldero unos metros. Rosario estaba perdiendo la cabeza, pero no podía dejarla sola. Si de Ramos nos había contado la verdad, era probable que los cuadros hubiesen pasado los controles portuarios sin problemas. No necesitaba más pruebas para saber de lo que eran capaces esos tipos. Por desgracia, mi compañera no pensaba igual.

—¿Has visto qué cara se le ha puesto cuando he mencionado a Rupestres? —preguntó y se mordió el labio inferior. Todo aquello la estimulaba—. Se ha sentido engañado. Ahora entiende lo que significa jugar con serpientes...

—Creo que deberíamos escucharle y pensarlo antes de ir. Esta gente es peligrosa.

Ella se detuvo para girarse por última vez. El sol, a su espalda, hacía un contraluz perfecto que la iluminaba por detrás.

—Mira, Gabriel. Voy a averiguar dónde están los cuadros y luego voy a hablar con mi amigo historiador para que me ayude a entender lo que están tramando.

—Tanto has hablado de él y todavía no me has dicho cómo se llama.

—Antonio Paredes. ¿Satisfecho?

—Sí.

Recordé su nombre de haberlo leído en el periódico. Seguro que era alguien importante, aunque, conociéndola, sabía que le hacía el favor de llenar el espacio y, de paso, aliviar su ego artístico con opiniones.

—Perfecto. No voy a dejar que esos ladrones se lleven algo que no es suyo, así que te lo diré por última vez: ¿vienes o te quedas?

Entonces comprendí el motivo de su cruzada, lo que estaba sucediendo, lo que sabía y me había ocultado hasta el momento. Rosario era una periodista comprometida con las injusticias y

la Indiana Jones de Sevilla, que se atrincheraba en las páginas de un periódico provincial. Ella era la reportera que yo nunca había logrado ser; más bien, yo era melancólico, satírico, cínico y profundamente asqueado por el mundo en el que vivía, aunque formaba parte de él. Nunca habría dado mi vida por una causa que no fuera yo mismo. Sin embargo, ella estaba a punto de hacerlo. Estaba convencida de que aquellos hombres habían robado parte del patrimonio de la ciudad y no iba a consentir que los cuadros abandonaran el lugar.

En ese momento, como si de un comodín se tratase, mi teléfono emitió un sonido. Era Jiménez.

—¿Sí?

—¿Dónde diablos te has metido? Llevo toda la mañana buscándote. Me dijiste que hoy...

—Lo sé, lo sé, verás...

—Tengo que marcharme, Gabriel —dijo Rosario.

—¿Estás con ella? —preguntó el inspector al aparato.

Tapé el dispositivo, pensando que eso podría servir de algo.

—Te encontraré más tarde.

—Claro —respondió, con una frialdad y un desinterés que no había notado antes. En ese momento me recordó tanto a la inspectora Llanos que fui incapaz de decirle adiós.

—Sí, inspector... ¿Qué sucede?

—Necesito hablar contigo, en privado.

—¿Una mesa para dos a la luz de las velas?

—Ven a la comisaría. Tengo un despacho muy limpio.

—Supongo que también me vale.

Jiménez colgó y guardé el teléfono.

Rosario ni siquiera se había quedado a escuchar lo que quería el inspector de mí. Ahora se movía por su propio interés.

El teléfono vibró de nuevo.

En un acto automático, descolgué suponiendo que era Jiménez.

—He dicho que ya voy...

De repente, oí una voz distorsionada al otro lado del auricular.

—Ahora mismo, podría matarte si quisiera...

—¿Quién eres?

La voz se rio.

—Como el aleteo de una paloma, podría hacerte desaparecer en un instante... Pareces tan frágil desde aquí arriba.

Me sentí muy insignificante durante un instante mientras estaba en la plaza. Miré hacia las esquinas, pero la inmensidad de los edificios que tenía delante me hacía imposible localizar a nadie.

En realidad, era probable que ese extraño ni siquiera estuviera allí.

—No me das miedo...

—Aún estáis a tiempo de que tú y tu amiga no os hundáis en el Guadalquivir... —comentó la voz ronca—. Dejad de meter las narices o lo pagaréis caro.

—¿Cómo has conseguido mi número?

La voz esperó unos segundos. Pude notar su respiración profunda, como si estuviera falta de oxígeno. Después, la llamada se cortó, dejándome con un amargo sabor en la boca.

Necesitaba un trago de algo bien fuerte. Quizá dos, para calmar la ansiedad que empezó a

empaparme los pulmones.

El pánico se había desatado.

Primero, Liborio Cano y Jiménez. Después, de Ramos y Rosario y ahora, esto.

Vi la silueta de Rosario, alejándose hasta fundirse con la bruma del horizonte. Intenté mover las piernas, pero las sentí como si estuvieran pegadas al suelo, más pesadas que dos piezas de cemento.

Di un largo suspiro y me hallé perdido entre tanta confusión. Me faltaba el aire, debido al clima, a la tensión o a esa humedad que sólo era capaz de soportar cuando estaba en Alicante.

Sentí la certeza de que Rosario estaba a punto de meterse en un buen lío en el que también me vería involucrado.

Me habría gustado decirle que la suerte te acompaña una vez, pero no toda la vida. Sí, me habría gustado...

31

No hicieron falta las presentaciones cuando llegué a la puerta de la comisaría. El agente de la puerta parecía estar esperándome. En cuanto me vio, me envió por un pasillo sin luz que conducía a una sala cerrada. Después me ordenó que esperara dentro.

—No parece el despacho del inspector... —comenté, antes de que cerrara la puerta.

Aquel lugar no me traía buenos recuerdos. Los fantasmas del pasado se despertaron. Pude recordar todos los rostros policiales, hostigándome, acusándome por algo que no había hecho. ¿Estaba sufriendo un déjà vu?, me pregunté. Antes de proseguir cavilando en el interior de la sala, la puerta se abrió y vi entrar dos siluetas. Estudié sus expresiones y no me gustó lo que vi.

—Inspectores...

—Siéntate —ordenó Jiménez con autoridad. Entre sus manos llevaba una carpeta de papel con documentos—. ¿Un café?

—Estoy bien, gracias —respondí, intentando comprender en qué consistía la trampa de aquel encuentro—. Pensé que nos reuniríamos en tu despacho...

Llanos se sentó a un lado y Jiménez al frente. Ella llevaba un cuaderno en el que anotaría las preguntas y respuestas del interrogatorio.

—Te tomaremos una declaración formal, ¿entendido? A partir de ahora, todo lo que digas, quedará registrado y a disposición del juez.

—¿Es esto necesario? ¿Se me acusa de algo?

—Puedes guardar silencio, si lo deseas —añadió Llanos, mirándome con indiferencia.

—No necesito callarme nada.

—¿Dónde estuviste ayer por la tarde sobre las 16 horas?

Inhalé profundamente y luego miré a los dos policías. Luego, junté las manos y las observé fijamente. Intentaba ganar tiempo, pero no sabía muy bien a dónde irían aquellas preguntas.

—Estuve en el hotel. Después recibí vuestra llamada y acudí a Triana.

—¿Qué hiciste después?

—¿Después de qué? —repetí, recordando la subasta y los problemas que me iba a acarrear haber asistido. Por suerte, tenía una excusa, aunque no estaba seguro de que pudiera servir de algo—. Estuve con Rosario García, la reportera del Diario Hispalense.

—Eso no te ayudará...

—Estuvimos tomando algo por la avenida de la Constitución. No recuerdo el nombre del bar, pero está al lado de un local que hace esquina, con toldos rojos... puedo indicarlo. Hay testigos de ello.

—¿Y luego? —insistió el inspector.

Miré a su compañera y fruncí el ceño. Ella me miró fijamente, con dos puñales en los ojos, para que no dijera nada. Después se comportó como si no estuviera allí.

—Fui a tomar una copa por los alrededores.

—¿Te vio alguien?

—Ya lo creo... —dije y sonreí. Llanos fingía tomar notas—. Pregúntale a la camarera. Le dejé una buena propina. ¿A qué viene esto, Jiménez? No entiendo nada...

El inspector carraspeó y miró a la compañera. Después abrió la carpeta y sacó dos fotografías en papel.

Me pasó una.

—¿Reconoces a esta mujer?

Era Carmen Linares.

—Me suena, claro que sí. Es la esposa de Liborio Cano, el alcalde. Tú mismo me has hablado de ella.

Después me entregó la segunda imagen. En ella aparecíamos Linares, su asistenta, Rosario y yo, en la terraza del restaurante del hotel en el que nos habíamos reunido.

—Teniendo en cuenta que ocurrió ayer, tienes una muy mala memoria. ¿A qué se debía el encuentro?

Di un respingo. Me di cuenta de que nos habían seguido.

—Un reportaje periodístico.

—Claro —comentó él.

Llanos guardaba silencio.

—¿Es un delito reunirse con la mujer del político? No lo entiendo.

—No, por supuesto que no, aunque en este caso, es peligroso. Carmen Linares es sospechosa de un delito y también de un posible crimen.

—No me estás hablando de una infidelidad.

—Por supuesto que no... —dijo y le hizo un gesto a su compañera para que dejara de escribir —. Llanos, ¿nos dejas un minuto a solas?

Por la forma en que se miraban, supuse que se comunicaban en un código secreto. La inspectora recogió el cuaderno y salió de la sala. Sentí sus pasos rodeando la sala. De repente, vi la mirada de Jiménez, que me acechaba desde el otro lado.

—¿Qué está pasando, inspector?

—Lo siento... —musitó, se levantó y se acercó a mí.

Desprevenido, me empujó contra la pared sin que me diera tiempo a reaccionar. No me lo esperaba, pero no pude hacer nada. Jiménez me sujetaba furioso, como si contuviera las ganas de matarme.

—¡¿Por qué me mientes ahora?! —gritó contra el cristal y luego me soltó, rematando la escena con un puñetazo contra la mesa—. ¡¿Qué te contó esa mujer?!

El enfrentamiento fue tal que me perturbó. Ahora sentía la sangre bombeando por mi cuerpo, el corazón latiendo a doscientos por hora y el instinto de supervivencia activado. No estaba seguro de si quería desestabilizarme o si estaba enfadado. Me costaba respirar y pensar con claridad. Traté de recomponerme en la silla y luego incorporarme, pero la mano de Jiménez me impidió levantarme, sujetándome en aquel incómodo asiento.

—¡Contesta! —bramó, con los ojos en llamas—. Habla de una vez, Caballero. No juegues conmigo, no me lo pongas más difícil...

El cosquilleo interior me dio una ligera idea de la situación. Había cruzado las líneas rojas de

Jiménez y ahora desconfiaba de mí. Sabía que estaba cometiendo un error al seguir los pasos de Rosario, pero hubiera hecho lo mismo, de haber tenido una segunda oportunidad.

Lamentarnos por lo inevitable es ilógico y curioso a partes iguales. Arrepentirnos por lo que haríamos, una y otra vez, sólo causa más resentimiento.

—Rosario tenía un encuentro con una fuente anónima, que había sido testigo del robo. Eso es todo lo que sé —le expliqué, contándole un poco, soltando algunas migas de pan para ganarme su confianza—. Ni siquiera me dijo que nos íbamos a encontrar con ella.

—Te advertí de esa arpía... —respondió y me dio la espalda, a modo de desprecio—. ¿Qué os contó Linares?

—Estuvo presente en el último robo, junto a Rupestres.

—Un amante que se ha quitado la vida. ¿Reconoció al ladrón?

—No... Según ella, todo ocurrió mientras su marido daba el brindis de inauguración.

Mi respuesta lo incomodó aún más, sacando lo peor de él. Jiménez se giró, corrió hacia mí e intenté esquivarlo como un banderillero, pero un puñetazo me alcanzó en el estómago.

—Joder... —exclamé, retorciéndome de dolor—. Quiero un abogado...

—¡Me cago en tus muertos, Caballero! ¡¿Por qué no hablas claro?!

—Es todo... lo que sé, inspector... —respondí, con un fuerte dolor que solamente crecía.

Me cuestioné por qué estaba protegiendo a Rosario y si realmente me gustaba tanto.

—¿Dónde están los malditos cuadros?

—¡Yo qué sé! No tengo la más remota idea, Jiménez...

Cada palabra, lo enfurecía aún más. El inspector pateó una silla y la tiró al suelo.

Me senté en la otra para recuperarme, pero algo me dijo que yo sería el siguiente objetivo. Se aproximó lentamente y me acercó la cabeza, echándome el amargo aliento mezclado por el sabor del café y de la nicotina.

—Mira, listo de los cojones, me da igual que seas amigo de... Te puedo encerrar aquí mucho tiempo y no te sacará ni la cuerda de la campana —susurró y se alejó al otro extremo de la mesa. Después extendió los brazos y me observó, agotado—. Estás en medio de una investigación y le ocultas información a la Policía. No sé si eres más tonto de lo que imaginaba o estás metido en el ajo, pero si es lo segundo, te voy a llenar de mierda hasta las cejas...

—¿Puedo pedir un vaso de agua?

—No.

—No tengo nada que darte, Jiménez. Créeme, soy el primero al que le gustaría largarse de aquí.

—¿No lo pensaste antes?

—Te equivocas de persona.

—¿Qué sabe la reportera?

—Poca cosa.

—Sigues mintiendo. ¿Por qué insistes, desgraciado?

—No lo hago.

—¿Te la has tirado?

—De verdad que no.

—¿Entonces, habéis llegado a un acuerdo económico?

—Por Dios, ¿quién es el pesado ahora?

—Tienes razón. Ya no me creo nada de ti.

Alguien tocó a la puerta y eso interrumpió el interrogatorio. La actitud de Jiménez había

cambiado en mi contra y necesitaba tiempo para determinar si estaba de mi lado o no. De momento, yo había tomado mi decisión y jugado mis cartas, aunque la partida parecía no tener el final que hubiese deseado. De alguna manera, todas mis esperanzas estaban depositadas en Rosario. Pensé en ella y en si estaría a salvo.

Llanos abrió con el rostro cambiado.

Primero, me dirigió una mirada furtiva y después se dirigió a su compañero.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Jiménez, malhumorado.

—Tenemos un problema.

—¿Otro? Carajo... ¿De qué se trata ahora?

—Rupestres... —dijo y eso bastó para que me dejaran a solas.

La pareja salió de la sala, cerrando de un portazo.

«Rupestres», repetí hacia mis adentros, sacando mis propias conclusiones.

«¿Qué problemas puede dar un muerto a la Policía? Ninguno, a menos que el muerto esté muy vivo».

32

La pareja de inspectores desapareció de mi vista y me dejó allí encerrado. Poco después, un agente entró para ocuparse de mí.

—¿Puedo irme ya? —pregunté, cansado y molesto.

—Todavía no. Necesito tomarle declaración.

—Lo he contado todo.

—¿Me acompaña?

La pregunta me tranquilizó, en cierto modo. Dado que no estaba detenido, disponía de un gran margen de maniobra: los inspectores no tenían nada en mi contra, aparte del dolor de cabeza que les habría podido ocasionar en las últimas horas. Acompañé al agente a un despacho austero con un ordenador. Esperé allí sentado, viendo cómo el sol se ponía lentamente. El policía me pidió los datos y tecleó. No parecía tener prisa por terminar el trabajo. Busqué el teléfono móvil y comprobé las llamadas. No tenía señales de Rosario, ni siquiera un mensaje. Sentí que debía llamarla, aunque no quería hacerlo delante de aquel tipo.

A diferencia de Jiménez, el agente me formuló las preguntas pertinentes sobre el día anterior, sin importarle dónde había estado o con quién me había relacionado. Era curioso cómo cambiaba el contexto cuando alguien no estaba implicado en el trabajo del otro.

—¿Algo más?

Él acabó de teclear y pulsó el botón para imprimir.

—Eso es todo.

—Creen que tengo algo que ver con la desaparición de esos cuadros, pero yo sólo he venido a ayudar a la policía.

El tipo me miró con una frialdad que estaba a años luz de la mirada de Llanos. Nunca me había sentido tan despreciado y eso que había jugado en los campos más deplorables.

—Ahora sí que me puedo ir, ¿verdad? Necesito una ducha.

—No, no puede —comentó, recogiendo el montón de folios y poniéndolos juntos en el interior de una funda de plástico—. Debe esperar aquí.

—¿Aquí, a quién?

—¿Un café? —me ofreció, esquivando mis preguntas. Tal vez fuera lento con el teclado, pero era bueno para mediar con el personal.

—Claro, por qué no...

El agente salió de la oficina y cerró. Di un vistazo a mi alrededor. No sabía cuánto tardaría, pero necesitaba salir de allí lo antes posible. Estudié la ventana, que daba a un patio trasero que comunicaba con la calle. Por suerte, aunque no era lo bastante alta como para romperme los

huesos, sí lo era para llamar la atención. La puerta se abrió de nuevo y el agente puso el café de máquina sobre el escritorio.

—Aquí tiene.

—Gracias. ¿A quién espero?

—Usted, espere aquí —dijo y desapareció, cerrando la habitación con llave.

—Perfecto... —murmuré en voz alta, luego saqué el teléfono y marqué el número de Rosario.

La periodista respondió al tercer tono.

—Gabriel, ¿qué sucede? Te he dicho que te llamaría...

—¿Dónde estás?

—Ya lo sabes —dijo, en voz baja. De fondo se oía el ruido de los engranajes de una maquinaria en funcionamiento.

—Deja lo que estés haciendo y lárgate de ahí, Rosario.

—No te escucho bien, ¿qué dices?

—Que te largues. Estoy en la comisaría. Jiménez va para allá...

—Gabriel, te pierdo... ¿Te han detenido?

—Hazme caso, por favor.

—Espera... —comentó, como si alguien la hubiese sorprendido.

—Rosario... ¿Rosario?

La voz se cortaba. En ese momento, oí que alguien abría la puerta.

Me giré y vi la silueta de Jiménez, cerrando con sigilo. Corté la llamada y guardé el teléfono.

—¿Llamando a tu novia?

—Buscando un buen abogado, más bien...

—Tenemos que hablar.

—De verdad, inspector...

Jiménez echó el pestillo y caminó hacia el otro lado del escritorio. Después se sentó frente a mí y me miró de una manera desesperada, muy distinta a la de antes.

—Lo siento, inspector, estaba muy nervioso, llevo fatal la presión, pero te lo puedo explicar con detenimiento...

—Cierra el pico, Caballero. Estamos jodidos.

—¿Cómo?

—Es Lorenzo Rupestres, el pintor. Su cadáver ha desaparecido de la morgue.

33

Por un momento, pensé que se trataba de una broma.

El aspecto del inspector me indicó lo contrario.

Lorenzo Rupestres, el pintor más codiciado de la ciudad, el bohemio que se había quitado la vida a causa de la presión y al no soportar la pérdida de sus mejores obras... había desaparecido del depósito de cadáveres.

—No entiendo nada... Esto es de locos... Ni siquiera sé por qué me lo cuentas.

—No, Caballero, no intento engañarte... Es tan cierto como que acaban de llamar del depósito.

—Inspector, tú viste cómo se lo llevaban.

—¿Sinceramente? No lo vi. Llegué poco antes que tú. El cadáver ya no estaba allí.

—¿Quién lo trasladó?

—Buena pregunta... —dijo y me miró a los ojos.

—¿Y la autopsia? El forense tendrá algo que decir al respecto...

—Las autopsias pueden tardar días. No hay suficientes forenses para tanto fiambre.

—La realidad golpea a la ficción.

—¿Qué está pasando, Caballero?

Estudié la pregunta y el lenguaje corporal del policía. Tenía mis dudas de su estrategia. Tal vez, pensé, ahora estuviera jugando a ser el policía bueno. Aquella comisaría comenzaba a parecerse a una institución mental.

Di un sorbo al horrible café de la máquina y tragué sin ganas.

—No lo sé, inspector. Llevo horas preguntándome lo mismo.

—¿Dónde están los cuadros?

—Ya te he dicho todo lo que sé.

—Alguien ha debido llevarse el cadáver por alguna razón... Los muertos no se van porque sí.

—La razón es que Rupestres está vivo.

Los ojos del hombre se abrieron como platos.

—Lees demasiadas novelas, Caballero. No digas bobadas.

—¿Por qué descartas la opción? Es un artista, pero también un estafador. Su arte reside en el engaño.

—Pero...

—Tú mismo me dijiste que eran los galeristas quienes querían cobrar las pólizas por los robos.

—Sí, es cierto... Eso pensaba...

—Pero Rupestres nos dijo que no estaba de acuerdo con eso, que su arte era más importante que el dinero.

—Ese tipo era un vendehúmos... o es, ¿qué sé yo? Me estás liando, escritor.

—Está claro que ha organizado su despedida.

—No. No es tan sencillo —espetó y se mordió el labio. Me ocultaba información, aunque entendí que estaría relacionada con la corrupción que había en las propias instituciones—. Tu teoría se cae por su propio peso. El cuerpo fue trasladado a la morgue. Lo más seguro es que lo hayan robado. ¿La razón? Es horrorosa, pero no la sabemos... Un ajuste de cuentas, tal vez, vete a saber... En el fondo, me importa un bledo ese pintor, pero la situación se complica, como si estuviera de nuevo en la casilla de salida. Estoy perdido en un laberinto.

El inspector empezaba a mostrar signos de agotamiento. Necesitaba demostrarle mi confianza, proporcionarle un poco más de información. Algo me hacía sentir que estaba en el bando correcto.

—Carmen Linares citó a Rosario para confesarle quién había robado los cuadros —le dije, despertando su interés—. No nos dijo quién era el autor, porque no lo había visto, pero se enteró del lugar exacto en el que su marido celebraría la subasta.

—¿Liborio Cano, el alcalde, quieres decir?

—Por favor, Jiménez. Ambos sabemos lo que hay. Esa mujer tenía una relación con el pintor. Únicamente estaba protegiendo su honor.

—Su honor... No me hagas reír. ¿Cuándo sucedió eso?

—Ayer, después del encuentro.

—Pero, nos vimos en el estudio de Rupestres.

—Sí.

—Te pregunté si sabías algo.

—Lo sé.

—Y fuiste a una subasta ilegal, sin avisar, sabiendo que podíamos haber detenido a esos cabrones...

—Exacto.

Mi última respuesta provocó que Jiménez apretara el puño derecho con fuerza.

—Ahora mismo, podría meterte en una celda y tirar la llave al río.

—Soy consciente.

—¡Deja de tener la última palabra todo el tiempo! —gritó, furioso. Después, se llenó los pulmones y cambió el tono de voz—. No te lo repetiré. ¿En qué lugar se celebró la subasta?

Aguanté la respiración. Estaba a punto de arruinar el reportaje de años de trabajo de Rosario García, pero Rupestres me había metido en un buen lío sin habérselo pedido. Era una cuestión de honor, más que de orgullo.

—Ocurrió en el interior de las Reales Atarazanas... Allí estaban el alcalde, don Juan de Ramos y otros rostros que no conocía.

—Me cago en tu sombra, juntaletras de los cojones... —murmuró, aguantando la rabia para no abofetearme. ¿Eres consciente de lo que has dejado pasar?

—¿Qué habrías hecho, Jiménez? Parece que no lo ves claro... La entrada estaba custodiada por la propia Policía Municipal...

—Habríamos entrado ahí y los habríamos cogido, como a pollos, por la cabeza. Maldita sea mi sangre... Esa mala bruja te ha llevado por donde ha querido.

—¿Y qué hay de los tuyos, por qué confías tanto en ellos? —pregunté, poniéndolo contra las

cuerdas. No había mejor manera de confundir a un policía que haciéndolo dudar de sus compañeros—. Me parece increíble que seas el último en enterarte.

—No me toques los cojones, muchacho... Me estás haciendo perder la paciencia.

Jiménez se encontraba en una encrucijada. Poco a poco, notaba que se había quedado solo. Su último apoyo era el periodista que lo había mareado y la reportera del diario, a quien no soportaba ver.

—Ahora sí que te estoy contando todo lo que sé, inspector —le confesé, adoptando una voz creíble. Era la última oportunidad para ganarme su lealtad—. Rupestres es un estafador profesional y ha engañado a toda esa gente, pero no lo ha hecho solo... Tengo la impresión de que alguien le está ayudando a salir de la ciudad con el botín y... en serio, créeme que si lo logra, no volverás a verlo.

Aguardó unos segundos, con los dedos cruzados y las manos apoyadas sobre el escritorio. Parecía meditar sobre una decisión que cambiaría el rumbo de la investigación y también el de su carrera. Cara o cruz, todo o nada. En ocasiones, hay que arriesgar, aunque perder sea el único destino.

Tras una larga meditación, levantó la vista del tablero y se dirigió a mí:

—Te escucho, ¿qué tienes en la cabeza?

Sonreí y asentí.

—¿Has estafado alguna vez a un estafador?

34

Jiménez dio su brazo a torcer y eso fue de gran ayuda. No teníamos mucho tiempo, pero tampoco quería precipitarme antes de que diera la orden equivocada. Sin noticias de Rosario, decidí investigar otras vías. Quizá, pensé, con la ayuda del inspector, llegáramos a conclusiones diferentes que nos serían de utilidad.

Le expliqué lo que había ocurrido desde el comienzo de mi llegada, obviando, por una cuestión de principios, el episodio nocturno con su compañera. La intimidad únicamente aporta problemas a las investigaciones. Problemas que ni siquiera son reales.

La primera vez que me encontré con ese artista, sus intenciones me hicieron sospechar, aunque, para ser honesto, no llegué a pensar que haría algo así. La escena del suicidio me pareció, cuando menos, forzada, como un falso bodegón que hubiera hecho un aficionado. Los detalles de las botellas, del caos y del suicidio melancólico, impregnados en la memoria social, estaban lejos de lo que realmente significaba quitarse la vida. Los problemas mentales eran un asunto serio. Algunas personas dejaban una nota. Otras, se iban sin más. Pero, rara vez, la preocupación de la víctima era la de dejar un bonito adorno. En realidad, ni siquiera se tomaba el tiempo de pensar en lo que opinarían los demás, ya que después de todo, nunca habían estado presentes cuando se les necesitaba. Jiménez pudo haber presenciado muchas escenas como esa, pero no reaccionó como alguien que se enfrentaba a su abismo psicológico. Naturalmente, aquella estafa llena de presuntuosidad y no de amargura, hizo que mis alarmas se dispararan.

—Tampoco habría llegado a esa conclusión si no hubiera visto los cuadros que había a la entrada de la casa.

—¿Qué tenían de especial?

—Nada... y todo a la vez —dije confundiéndolo con mis palabras y recordé el famoso artículo del New York Times sobre los cuadros robados de los museos—. No sé nada de pintura, pero Rupestres había pintado encima de otras obras. Lo sé porque lo aprecié en uno de los lienzos... He leído antes sobre esa técnica. Usaban este métodopara suplantar y robar obras de arte de gran valor.

Jiménez intentaba comprender lo que decía, aunque le costaba entender el procedimiento del artista.

—¿Me estás diciendo que el pintor ocultaba obras de gran valor debajo de sus cuadros?

—Así es.

—Entonces, los cuadros robados... contienen pinturas de un valor más alto.

—Más o menos.

—¿De qué obras hablamos?

Me encogí de hombros. Habíamos llegado demasiado lejos, aunque todo cobraba sentido. El negocio, los robos, la desaparición.

—Piénsalo bien... Rupestres falsifica las obras y les da el cambiazo. Después, pinta encima de ellas y vende los cuadros... Alguien convence a los galeristas como don Juan de Ramos para que compren sus obras, ya que están ganando valor en el mercado... A cambio de ceder al robo, cobrarán la póliza del seguro y tendrán opción a la recompra de la obra... Por último, durante la subasta, alguien pagará una suma tan alta, que ningún otro pujador podrá hacer frente...

—De nuevo, Caballero y sus películas de gran presupuesto —respondió, rechazando mi argumento—. Nadie aparece de la nada. En los museos trabajan los mejores restauradores. Hay seguridad, vigilancia las 24 horas y un sistema de acceso limitado. Para hacer eso que dices, necesita contactos, protección y un buen padrino.

—La esposa del alcalde es quien lo presenta —señalé, con una expresión jocosa—. Rupestres la seduce, la convence de su talento y la enamora... Ella le habla a su marido de la oportunidad de negocio. Los políticos sólo piensan en el dinero y la legislatura del alcalde está a punto de terminar... Cano, que conoce a todos los peces y tiburones de Sevilla, se encarga de tejer la operación... Comisiones aquí y comisiones allá... Nadie tiene por qué enterarse. Después de todo, los cuadros siguen en el museo, ¿verdad?

—¡Uf! Esto comienza a sonar mal...

—¿Y dónde se hace la subasta? Ya lo sabemos. En un lugar tan público y a la vez tan privado al que exclusivamente pueden acceder ellos. Porque las Atarazanas Reales están abandonadas y en proyecto de rehabilitación... A los policías municipales, que son los guardaespaldas del alcalde, no les importa lo más mínimo lo que suceda en el interior. De hecho, dudo que se enteraran.

—¿Y a la guardia portuaria? La Guardia Civil no se chupa el dedo, escritor. Han metido en la cárcel a mucha gente por ocultar los monumentos que encontraron en Ítaca.

—Sigues confiando demasiado en los tuyos, inspector.

—Confío en la ley y en mi trabajo, a la que he dedicado una vida. Me habría dado cuenta. No soy un pardillo.

—Sé que no lo eres.

Aunque yo, más que él, llegados a este punto, estaba convencido de que Jiménez tenía un topo dentro de sus contactos. Después de la explicación, hubo un detalle que le llamó la atención.

—Partiendo de la teoría de que todo esto que dices fuera cierto... —comentó y arqueó una ceja, antes de soltar la pregunta—. ¿Cuáles serían los originales que, supuestamente, Rupestres intentaría sacar del país?

Era la pregunta que necesitaba escuchar para llegar al último punto clave de la investigación. No tenía la respuesta, pero me vino a la cabeza una persona que podría ayudarnos.

—No lo sé, pero, ahora que lo mencionas, hay un conocido historiador que conoce Rosario...

—¡Oh, no! Ella, otra vez, no... Ni hablar. No la quiero aquí dentro. ¡Se inventará cualquier cosa!

—Relájate, ¿quieres? Él nos puede ayudar a resolver la incógnita que nos queda. Según Rosario, fue profesor del pintor en algún momento de su carrera. Hablando con él, tal vez nos lleve al ladrón.

—Está bien, vayamos. No perdamos más tiempo aquí.

—No —dije, deteniéndolo con la mano—. Deja que vaya solo.

—¿Qué? Has perdido la cabeza... No voy a permitir que andes suelto por la ciudad. No sabes

más que meterte en problemas.

—Inspector... Los artistas no confían en el orden.

Jiménez me miró con recelo, reticente, pero accediendo a mi solicitud. Sabía que tenía razón. El orden siempre suponía una fuerza opresora hacia el creador. Y no es que Jiménez fuera a intimidarlo, pero su presencia impediría nuestro cometido.

—Está bien, pero quiero que me llames y me mantengas al corriente en cuanto termines.

—Lo haré. Tan sólo necesito saber dónde vive.

El inspector encendió el monitor del ordenador y se quedó mirándome por un instante, antes de teclear su nombre.

—Caray, Caballero... Si esto es verdad, mejor que salga bien.

35

La única manera de conocer el valor de las obras era encontrando a ese historiador. Basándonos en mi teoría, era probable que nadie se hubiera dado cuenta del cambiazo, por lo que, una vez que esto ocurriera, tal vez fuese demasiado tarde. Jiménez se esforzó por entender mi plan, así como darme su voto de confianza. La sombra de Rojo me respaldaba. De lo contrario, no habría durado ni un minuto escuchándome. Nadie le había dicho lo difícil que era mi carácter.

Acordamos repartir el trabajo y accedió a que me reuniera a solas con ese hombre. Por su parte, se encargaría de aclarar si lo que estaba sucediendo en el puerto era cierto. Su control allí era limitado. La Guardia Civil se encargaba de registrar los cargamentos marítimos que pasaban por Sevilla, por lo que no iba a ser fácil conseguir información sin una orden.

En cuanto a Rosario, su actividad era todo un misterio. Sólo deseaba que no se hubiese metido en un problema.

—No hay noticias, buenas noticias, como dicen los ingleses... —comentó el inspector cuando me referí a ella—. Centrémonos en que lo que dices sea cierto y así no dar un paso en falso. No olvides que hay demasiados jugadores en esta partida.

El inspector buscó la dirección del domicilio del conocido historiador, aunque no sería tan famoso si no le sonaba su nombre.

—Me quiere sonar, pero no logro ubicarlo en la memoria...

Por suerte, el archivo policial nos facilitó el trabajo.

Antonio Paredes residía en la zona histórica de la ciudad, en una casa unifamiliar, por lo tanto, no sería difícil llegar hasta él.

Abandonamos la comisaría y Jiménez se ofreció a llevarme en coche hasta el lugar.

—No te preocupes. Me las apañaré.

—No te metas en más líos, por favor —advirtió desde el interior del vehículo—. Todo esto... son suposiciones, hipótesis...

—Pero no tenemos otra, ¿verdad?

Él se rio y soltó el aire por la nariz.

—No hay pruebas que demuestren lo que dices y vas muy confiado... Anda con cuidado... Estamos al habla.

El vehículo se alejó y me quedé quieto frente a la entrada de la comisaría. Calculé el trayecto. El teléfono me indicaba que estaba a unos diez minutos andando.

La tarde se hizo interminable, a pesar de que pronto sería la hora de cenar. Las aceras estaban atestadas de peatones, como era habitual, la mayoría de ellos turistas. Me imaginé lo extraño que debía de ser habitar en un sitio así, con rostros anónimos que llegan y se marchan, que nunca se

quedan, que se fascinan por minutos y que nunca tienen nada interesante que contar. Un turista, después de todo, observa los toros desde la barrera y nunca se involucra en nada. Yo también era uno de ellos, con la diferencia de que yo me preguntaba cuándo llegaría a casa. Uno de ellos, como parte del decorado, pero que se me entendía al hablar. Me noté débil y cansado. Otra vez, había pasado la mañana sin comer, a excepción del café de la máquina de la comisaría. Lamentablemente, no tuve tiempo de detenerme en un bar. Era importante que encontrara a ese hombre, antes de que pasara más tiempo y otras desgracias.

Paseé por las calles estrechas que me alejaron del bullicio y de la masificación. El silencio me envolvió como el manto de un bandolero. Las sombras se escondían entre las esquinas. La escasa claridad quedaba oculta por las alturas de los viejos edificios. Me sentía como si estuviera en otra época, caminando sobre los adoquines y las estrechas calzadas de unos pocos metros de ancho. Llamé a Rosario, con la esperanza de que respondiera, pero siguió sin hacerlo.

«¿Dónde demonios te habrás metido?».

Los periodistas nunca silenciaban sus teléfonos. Y esa no era una buena señal.

Hice una parada en el camino, receloso por la ausencia de tráfico de cualquier tipo y miré hacia atrás, guiado por un presentimiento. Sentí que algo me seguía, pero no encontré a nadie. Levanté la mirada hacia los ventanales, pero todos permanecían inmóviles, cerrados, ni siquiera afectados por la leve brisa de la tarde. Atrás, dejaba dos esquinas de una perpendicular que cruzaba. Me acerqué unos pasos a ellas, pero estaban desiertas. Luego, tomé una larga respiración e hice un esfuerzo por tranquilizarme.

Poco a poco, esa ciudad me estaba haciendo perder la cabeza.

Seguí mi camino, sin cruzarme con ningún establecimiento abierto, hasta que oí un ruido lejano y sospeché que me estaba acercando a una zona con actividad. Comprobé de nuevo la dirección, pero el mapa del teléfono no parecía funcionar correctamente. Resoplé, memoricé el nombre de la calle y busqué la manera de salir de aquel laberinto

En ese momento, oí unos pasos a mi espalda. Esta vez no los había imaginado. Giré rápidamente la cabeza y vi una silueta que se escondió tras otro rincón.

Caminé con más rapidez, buscando una salida, cuando los faros de una furgoneta me alumbraron desde atrás. Seguí avanzando, pero la acera se iba estrechando. El vehículo se aproximaba con más velocidad. Corrí hasta la siguiente esquina y me metí en la derecha hasta que, sobresaltado, vi que era un obrero de la construcción, el que conducía el coche.

—*Collons*... —murmuré, con el corazón en la garganta, latiendo a mil por hora.

El hambre desapareció de mi cuerpo.

Estaba perdiendo la cabeza.

Y todo lo que necesitaba era un trago.

Esperé que ese historiador tuviera algo fuerte para ofrecerme.

***

Después del susto, me las arreglé para volver al bullicio y no sentirme solo. Las indicaciones de los amables vecinos de la zona me llevaron hasta una calle cercana al hotel en el que me hospedaba. Me dirigí a un callejón silencioso y me detuve ante una casa de dos plantas, muy cercana a la histórica muralla. La casa era hermosa, con largos balcones llenos de plantas, grandes ventanales de madera oscura y una llamativa fachada amarilla, al igual que la mayoría de las viviendas de la zona. La casa parecía haber sido restaurada y calculé que, por el tamaño y por

la localización tan céntrica e histórica, le habría costado un dineral.

Un pálpito me indicaba que estaba en el lugar adecuado, a punto de dar con una pista crucial para el caso.

Sobre el timbre había una cámara de reconocimiento, pero no leí ningún nombre por ninguna parte.

Toqué al único botón metálico que había y esperé.

Segundos más tarde, la puerta se abrió.

Me quedé unos instantes a la espera de que me recibieran, cuando oí una voz que procedía del altavoz:

—¿Abre la puerta?

—Sí, sí... Estoy buscando al señor Paredes. ¿Sabe si vive aquí?

—Por supuesto que lo sé —dijo y rio—. Está hablando con él... Pase y suba al primer piso. Estaba esperándole.

—Interesante...

—No pierda el tiempo, escritor... La vida es demasiado corta para las conversaciones banales. Se lo explicaré después.

Impresionado, alcé las cejas y cerré la puerta lentamente.

Era un alivio protegerse entre cuatro paredes. Sospeché que mi visita alejaría las sombras y estaba convencido de que habría una explicación para todo lo que estaba sucediendo.

El portal comunicaba con la planta baja que estaba cerrada y una escalera de peldaños de mármol que subía al primer piso, donde, supuestamente, me esperaba el historiador. Subí cada escalón, convencido de que no había marcha atrás y de que Rosario le habría contado al historiador lo que sucedía en la ciudad. Fuera como fuese, me prometí no bajar la guardia y también morderme la lengua cuando fuera necesario.

Al llegar a lo más alto, crucé el umbral oscuro que separaba la entrada de las escaleras y vislumbré un enorme salón.

Sentado en un sofá Chesterfield y vestido con una chaqueta de tweed, Antonio Paredes aguardaba fumando de una pipa de madera, con las piernas cruzadas y un ejemplar del periódico en las manos.

De fondo, sonaba la Primavera de Vivaldi.

Sus ojos me examinaron cuando entré.

—¿Se va a quedar ahí, Caballero? —preguntó con voz amable, aunque sobria, luego cerró el diario y dio una calada a la pipa.

Al verlo, no pude articular palabra y sentí un fuerte escalofrío que me erizó la piel.

No tardé ni un instante en reconocer ese rostro.

No podía ser cierto.

Simplemente, no quería creerlo.

36

Antonio Paredes le pidió a la asistenta, una mujer de mayor que yo, pero más joven que él y vestida con uniforme de trabajo, que me sirviera una taza de café. Después, pidió que me sentara en el sillón que había frente a él.

Mudo, noté cómo los músculos se me atrofiaban hasta quedarme paralizado. Tardé varios segundos en darme cuenta de los enormes cuadros que colgaban de las amplias paredes del lustroso salón y todas las reliquias que había sobre los muebles.

El historiador era el hombre de cabello canoso que había visto en la subasta y que, posteriormente, había seguido por la ciudad hasta perderlo de vista. Sin duda, las preguntas me abrumaban. ¿Qué hacía él allí y cuál era su relación con Rupestres? ¿Cómo sabía que lo visitaría más tarde?

Agradecí la bebida que no tardó en llegar y seguí pasmado, en silencio, observando aquel museo privado lleno de extravagancias, expectante a lo que aquel tipo tenía que contarme.

—Supongo que tenemos mucho de lo que hablar, aunque se nos acaba el tiempo... —comentó y comprobó la hora en el Rolex que lucía en la muñeca. Luego se rascó la barba gris y colocó las manos sobre las piernas—. Gabriel Caballero, ¿verdad?

—Eso dicen...

—Rosario me ha hablado de usted.

—Yo podría decir lo mismo, supongo... —respondí desconcertado y provocando una risa en el anfitrión—, aunque me temo que usted cuenta con ventaja.

—Está aquí para hablar de Rupestres, ¿verdad?

—Sí, entre otras cosas —dije y di un sorbo al café—. Rosario me ha contado que fue discípulo suyo en la Escuela de Bellas Artes. No tenía constancia de que fue profesor.

—Profesor y director del museo. Han sido muchos años dedicados al arte.

—Háble me de Rupestres. ¿Qué vio en él?

—Apuntaba maneras... No sólo fue alumno, sino que fue uno de los mejores —describió con orgullo—. Tenía ese don y sabía aprovecharlo. No todos lo poseen, ¿sabe?

—Me puedo hacer una idea.

—Es duro, para un pintor en ciernes, reconocer tus limitaciones, aceptar que, a pesar del conocimiento, nunca alcanzarás la técnica de la excelencia —señaló con pena—. Pero Lorenzo ha tenido mala suerte y ha terminado siendo, como ocurre en muchas ocasiones, una lástima de talento...

—¿Lo dice por su pérdida?

—¿Eh? —preguntó, sorprendido, como si no hubiese oído la noticia, lo cual me sorprendió al

ver que tenía un ejemplar del Diario Hispalense a su lado—. No, no es por eso... Rupestres había perdido su espíritu mucho tiempo atrás.

—¿A qué se refiere? —pregunté, sintiéndome intrigado por los detalles.

—El dinero y la ambición de ir más allá de lo ordinario. El talento hay que explotarlo para abrir nuevos canales de expresión y no de ingresos. La codicia pervierte el pensamiento.

—No le comprendo.

—¿Usted se considera un artista, Caballero?

—Practico el arte de vivir, que ya es complicado...

—Los artistas se corrompen cuando dejan de mejorar su mundo interior y se dejan impresionar por el exterior —explicó, lamentando lo que decía—. Hay un momento decisivo en el que se dan cuenta del poder que tienen... y es una responsabilidad, como artistas, claro, decidir si prefieren entregarse al arte o al negocio.

—El artista que no come, nunca logra destacar.

—Es obvio que no hay arte sin dinero, pero Rupestres podría haberlo logrado de otra manera... y haberlo tenido todo.

—Explíquese. Intuyo que intenta decirme algo...

El hombre suspiró y llamó a la asistenta.

—¿Le gusta el whisky?

—Sobre todo si es del bueno.

Pidió dos vasos con hielo y la mujer apareció con una bandeja. Después, el historiador se levantó del sofá, cogió una botella de cristal transparente llena de destilado y sirvió los dos tragos.

—Gracias... —dije y aproveché para dar un vistazo a la casa. No había rastro de fotografías familiares, ni de mujeres que lo acompañaran, más allá de la sirvienta—. Bonito salón.

—Gracias. Es mi templo privado.

—Por lo que veo, le gusta coleccionar cosas.

—El minimalismo y la austeridad se loss dejo a los japoneses. Me gusta que en mi casa haya color.

—¿Vive solo?

—Tengo libros, discos, cuadros... y a Vicenta. ¿Se le puede llamar soledad?

—Supongo que no... Salud —dije y alcé el vaso para dar un sorbo al whisky. Tenía un toque acaramelado que me suavizó la garganta y apaciguó los nervios que recorrían mi cuerpo—. ¿Qué le pasó a Rupestres?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Me gustaría conocer su versión.

—No la necesita —respondió, firme—. Ya la sabe. Rosario me ha contado lo que vio en su apartamento, cuando lo encontraron sin vida... y esa es la verdad.

Se me encendió la bombilla en la cabeza. Sentí la urgencia de telefonear a Jiménez. Mis teorías no iban desencaminadas.

—Según lo que me cuenta de él, tengo mis dudas sobre su suicidio.

—Nadie esperaba que Van Gogh se cortara la oreja.

—Rupestres aprendió a falsificar como un profesional.

—Se creyó superior a los demás y no lo vi venir a tiempo... —lamentó y dio un largo trago—. Ese chico tenía demasiado ego.

—El estudiante ensombreció al maestro.

—Se podría decir que sí...

—Le enseñó usted, ¿verdad? A pintar encima de los originales, digo.

Los ojos se le abrieron como platos. No esperaba ese comentario por mi parte.

Descruzó las piernas y encorvó la espalda para mirarme a los ojos.

—Le enseñé todo lo que sabía, todo lo que aprendí a lo largo de los años... Ese muchacho podría haber logrado lo que yo nunca conseguí. Él tenía el talento con el que yo no nací.

—Por eso vio una oportunidad de negocio en él.

—¿Es idiota, Caballero? ¿Cree que necesito dinero? Mire lo que tengo a mi alrededor.

—No, no es dinero lo que buscaba... —respondí, entendiendo qué había sucedido—. Por eso estaba presente ayer en la subasta, ¿no es así?

—¿Qué? —preguntó, dando un pequeño brinco en el sofá. Poco a poco, lo iba abatiendo. El historiador no tenía ni ápice de integridad, por mucho que culpara a su estudiante.

—Lo vi, lo vi con mis propios ojos... Usted estaba allí y pujó por el lote de cuadros, conociendo cuál era el contenido verdadero que había debajo de ellos, creyendo que se haría con la colección... —expresé, viendo cómo le temblaba la mano que sujetaba el vaso—. Porque, seamos sinceros, en el fondo, lo único que deseaba era poseer algo que esos ignorantes de los museos no llegarían a apreciar nunca... Y eso es lo que acordó con Rupestres, ¿no es cierto?

Envalentonado, se puso en pie y me lanzó el vaso de cristal.

Por fortuna, los reflejos me protegieron y me eché a un lado. El vidrio reventó contra la pared, haciéndose añicos y dejando una mancha de whisky sobre la pintura.

—¡A eso ha venido, cretino! —exclamó, descontrolado—. ¡Le voy a estrangular con mis propias manos!

Dejé el café sobre una mesita, me levanté del sillón y vi el cuerpo de ese hombre, a escasos centímetros de mí, inclinándose para agarrarme de la cabeza. Era lento y no tenía buena forma física, a pesar de su delgadez. Lo esquivé por segunda vez, consciente de que el enfrentamiento no llegaría a ninguna parte. La sirvienta nos observaba desde la puerta con los ojos en blanco, como si hubiese presenciado anteriormente aquello.

Paredes tropezó con el sillón y cayó encima de este. Miré a la mujer y me encogí de hombros.

—Beber le sienta fatal... —comentó y se fue a la cocina.

Después me acerqué al hombre y lo sujeté por los hombros, a pesar de los intentos por forcejear.

Toda la elegancia y el saber estar que aquel hombre emanaba, se había esfumado en cuestión de segundos.

—Cálmese, Antonio... No quiero hacerle daño.

—¡Pelee como Hemingway, charlatán! —exclamó y me embistió hacia atrás, sacudiéndome contra uno de los cuadros de la pared. El golpe me dio de lleno en la columna y le ayudó a liberarse de mis manos. Paredes corrió hacia un mueble, abrió un cajón y sacó un pequeño revólver plateado con el que me apuntó—. Para ser escritor, no acierta con el uso de las palabras.

Levanté las manos, apurado y miré a mi alrededor. El hombre se mostraba alterado y eso no ayudaba.

—Baje el arma, se lo ruego. Su sirvienta está en la cocina.

—¿Cree que me importa ella más que mi destino? No hay labios que el dinero no cierre.

Por su expresión, supe que no lo haría. Paredes temblaba sujetando el arma y, probablemente, jamás la hubiese utilizado.

Con el corazón en la garganta, me quedé quieto y lo miré a los ojos.

—Está bien, dispare.

—¿Cómo dice?

El timbre de la calle sonó y esto lo distrajo.

—¿No va a abrir?

El timbre seguía sonando y esto le ponía más nervioso.

—¡Vicenta, la puerta!

—Dispare o será tarde.

—¿Qué dice, está chiflado? —preguntó y volvió a gritar—. ¡Vicenta, abre la maldita puerta! ¡No se mueva!

Paredes tiró del gatillo, pero el arma se encasquilló.

Aproveché la confusión para agacharme y abalanzarme contra él. La falta de reflejos lo traicionó. Primero, le di un manotazo que lo desarmó. Después, le asesté un puñetazo en el estómago que lo mandó al sofá. El historiador gimoteaba como un niño caprichoso.

Tomé la pistola, abrí el cargador y comprobé que no había balas. Ese lunático había intentado dispararme sin munición.

—Estoy chiflado, pero no tanto como usted —dije con sorna, luego dejé la pistola sobre una mesa y lo senté en el sofá. Su respiración entrecortada demostraba el agotamiento, un cansancio producto del estrés y la presión que soportaba.

—No me mate por favor...

—No me obligue a lastimarlo. No he venido a eso.

—¿Va a llamar a la policía?

En sus ojos leí el miedo a pagar por lo que había hecho, o por lo que jamás llegaría a hacer.

—No, necesariamente, si me ayuda a encontrar los cuadros.

—¡Ya lo sabe! ¡Se los llevaron!

Acerqué mi vaso de whisky que estaba entero y se lo ofrecí. El trago lo apaciguó un poco.

—Entonces, ¿es cierto que llegó a un acuerdo con Rupestres?

Avergonzado, agachó la cabeza y se mojó los labios en el vaso.

—Es una larga historia.

—Cuéntemela.

—Está bien, sí... Así es... Llegamos a un acuerdo, pero... ya lo vio. El chico está muerto y... seguro que las investigaciones apuntan a mí.

—No, no lo está —aclaré y sus ojos volvieron a brillar—. Algo me dice que Rupestres está muy vivo.

—¿Cómo? La noticia ha salido en todos los diarios.

—Su querido aprendiz ha ido un paso más allá, fingiendo su muerte, llevándose las obras con él.

—Pero, eso es imposible... Acordamos que yo protegería los tres cuadros y estos no saldrían de Sevilla hasta que las aguas se calmaran.

—El alcalde le tendió su mano, ¿verdad?

—¡Es obvio! Todos los que estábamos allí teníamos un acuerdo...

—¿Y todos conocían el valor auténtico de las obras?

De repente, una mueca infantil se dibujó en su rostro. Tenía la mirada de un niño que había cometido una travesura. Eso era lo que más le excitaba del asunto.

—No, lo cierto es que solamente Rupestres y yo lo sabíamos... El resto no son más que una panda de incultos movidos por la tendencia. ¿Qué van a saber esos idiotas?

—Tres cuadros, tres robos, tres... ¿Cuáles son? —pregunté, directo—. Si Rupestres pudo robarlos, también debió de copiarlos para que no se notara el cambio... Por tanto, las copias siguen en el museo.

—Así es. Muy agudo, escritor.

—Un trabajo así requiere muchas horas... La presencia del pintor habría llamado la atención de los curiosos... y sin embargo...

El hombre se quedó muy pensativo.

—La muerte del maestro, de Villegas; Retrato de Jorge Manuel, de El Greco; y el Retrato de don Cristóbal Suárez de Ribera, de Velázquez...

—Tres de las obras más importantes de la ciudad, ubicadas en...

—El Museo de Bellas Artes.

—Qué casualidad... Donde usted trabajaba y era el director.

El hombre carraspeó y dio un suspiro, esta vez, muy profundo. En su rostro observé la expresión de alguien que había dedicado la vida a una quimera, en lugar del rictus de avaricia y rabia por haber perdido los cuadros.

—Es complejo de entender, Caballero. Llame a la Policía si es lo que quiere.

Me quedé reflexionando durante unos segundos. Entendí su postura, aunque no la compartía. Después de todo, Paredes se había dejado llevar por los delirios de grandeza de un director. Había quienes tomaban el trabajo sin más inquietud que la de asegurar el pago mensual y que las obras se mantuvieran en buen estado. No obstante, un historiador tan apegado como él, no podía soportar que el museo, con el legado que poseía en su interior, se convirtiera en una atracción turística en la que pasar las mañanas, o en un interés político con el que hacer campaña contra la oposición. Por esa razón, aunque todos los argumentos estuvieran en su contra, sentía la necesidad de protegerlos, de poseerlos y de guardarlos en un lugar seguro.

—El arte no interesa a nadie, ¿verdad?

—Hoy en día, sólo se hacen fotos en los museos...

—¿Cuánto tiempo dedicaron a preparar esto?

—Muchos años.

—¿Y la vigilancia del museo? ¿Y el personal que se encarga de preservar las obras?

—Toda gran obra, requiere un gran esfuerzo... ¿Van a detenerme?

—No... —le dije y me rasqué la cabeza. Me hubiese encantado oír su historia, pero debía salir de allí. Lo fundamental no era el crimen que ese hombre había intentado perpetrar, sino rescatar los cuadros y asegurarme de que Rosario estaba a salvo—. Necesito encontrar a Rupestres y necesito encontrar los cuadros.

—No sé cómo puedo ayudarle.

—Usted ha sido su maestro. Seguro que lo conoce mejor que yo.

El historiador resopló y dio un respingo.

—Si es verdad que está vivo, es probable que no haya ido muy lejos. Rupestres tiene fobia a los aviones y se marea en los barcos. Únicamente puede viajar en coche o en tren.

—En ese caso, lo habrían detenido. La Policía ha desplegado controles en cada salida de la ciudad.

—¿Quién dice que haya salido de Sevilla? —planteó, sentándose en su sofá de piel, hastiado, como si el drama hubiese terminado y ahora asistiera a un funesto final sin sabor—. Ahora mismo, los cuadros debían estar en mi poder y, como ve, no es así... Nos ha engañado a todos, en nuestra cara, como ha querido... No me sorprende que siga haciéndolo.

Las palabras de Paredes no me desanimaron. Tal vez fuese un especialista en el arte, pero no sentía lo mismo que un artista. Como escritor, conocedor de las pasiones que mueven a los soberbios que se creen superiores al resto, sabía que, en el fondo, todo se mueve por una razón y en la mayoría de los casos, esa razón es una dama. El dinero podría ser un factor para motivar a alguien, pero un verdadero artista, en lo más íntimo de su ser, dedica una vida entera tratando de llamar la atención de un ser querido.

—¿Qué me puede contar de su vida sentimental?

—¡Válgame Dios! ¿Importa eso ahora? Hay un Velázquez desaparecido...

—Siempre ha importado. ¿Conocía su idilio con la señora Linares?

—¡Oh! No me haga reír —respondió e hizo un gesto de deshonra con la mano—. La ha utilizado todo este tiempo... En el fondo, no era más que un puente de acceso a su marido... Si me permite, me gustaría estar a solas, estoy cansado y triste. Lamento no serle de más ayuda.

—Creo que ha sido suficiente.

La asistenta entró en la sala, informando de que se habían equivocado al tocar el timbre.

Me despedí de él, abandonándolo a su suerte en aquel sofá caro de piel brillante.

Salí desconcertado de la vivienda. Si eran ciertas las fobias del pintor, la visita al puerto era otra de sus trampas. Debía localizar a Rosario antes de que Jiménez la encontrara allí.

37

El brillo natural había sido sustituido por el resplandor artificial y amarillo de las farolas de la calle. Al principio me sentí un poco desorientado, pero reconocí la plaza que había junto a la vivienda de Paredes y recordé el camino de vuelta al hotel. Las calles estaban vacías en esos momentos, quizá por la hora de la cena o porque era un barrio residencial no muy transitado.

Busqué el teléfono móvil y llamé a Rosario.

Finalmente, su teléfono daba señal:

—¡Gabriel!

—¿Dónde demonios te has metido? Estaba preocupado por ti...

—¿Por mí? No me hagas reír. ¿Qué sucede para que estés tan alterado?

—¿Dónde estás?

—Saliendo del puerto —respondió. De fondo podía sentir el zumbido del interior de un vehículo—. No te vas a creer lo que he descubierto...

Me alegró oír aquello porque significaba que estaba a salvo y que Jiménez no la había pillado metiendo las narices donde no debía.

—Yo también tengo algo que contarte. Creo que hemos desentrañado el misterio.

Noté cómo se quedó en silencio unos segundos. Aunque no la veía, pude sentir su sonrisa de alegría al otro lado del teléfono. Después de un breve silencio, reanudó su discurso, como si se hubiese quedado sin aliento y siguió hablando:

—He preguntado a los guardias portuarios... Me han confirmado que no ha salido ningún barco de carga en los últimos veinticuatro horas...

—Rosario, espera...

—Al final, uno de los controladores me ha hecho un pequeño favor, ya sabes...

—Prefiero no saberlo.

—No seas idiota... Solamente me ha comentado que una mujer rubia había estado rondando por allí, unas semanas antes.

—¿Una mujer rubia? ¿Carmen Linares?

—Podría ser, aunque la descripción es muy ambigua.

—¿Qué buscaba?

—No está al tanto, pero algo es mejor que nada...

—Oye, Rosario... Empieza a dolerme la cabeza con tanto acertijo. Debes saber algo sobre Rupestres.

—Gabriel, escucha... Los cuadros no han salido aún de la ciudad, por lo que...

—¡Rosario!

—¿Qué?

—Rupestres está vivo.

Una vez más, el silencio invadió la conversación. Esta vez no sentí ninguna mueca al otro lado, tan sólo el latir de su corazón. Se había quedado sin palabras. La noticia daba un vuelco a la investigación y Rosario no estaba preparada para escuchar algo así.

—Dime que no es una broma.

—El cuerpo ha desaparecido de la morgue.

—Es una broma.

—Te estoy contando la verdad. Pero eso no es todo...

—Espera...

—Rosario. Tu amigo Paredes está metido en esto. No puedo contártelo por teléfono, hay demasiados detalles y estoy agotado.

—Pero, Gabriel...

—Reúnete mañana por la mañana conmigo en el hotel. Te lo explicaré todo.

—Más te vale, Gabriel. Ve a tu habitación y enciérrate allí. No hables con nadie, ni siquiera con el inspector Jiménez.

—Sé perfectamente lo que tengo que hacer, pero gracias por preocuparte por mí.

Rosario colgó.

Guardé el teléfono y pensé en regresar al hotel y pedir la cena al servicio de habitaciones. Detestaba hacerlo, pero las piernas comenzaban a flaquearme y necesitaba un respiro.

Crucé la plaza, bajo la mirada de unos muchachos que fumaban sentados en un banco, al lado de unas latas de cerveza. Mis pasos se hacían más sonoros a medida que me alejaba de ellos.

De repente, oí el ruido de una motosierra. No estaba muy equivocado, cuando sentí el resplandor de los faros de una motocicleta deportiva.

Miré hacia atrás, sorprendido y vi cómo se acercaba a toda velocidad. El conductor llevaba una porra en la mano. Me desplomé al suelo, vi el arma sobre mi cabeza y sentí la corriente del aire que había provocado pasándome por encima. El pulso se me disparó.

El conductor llegó al final de la calle y derrapó para dar marcha atrás.

Miré en ambas direcciones. Si corría en dirección opuesta, me alcanzaría. Intenté pensar con rapidez, pero la adrenalina me impedía razonar. El cerebro había activado los sistemas de supervivencia. La moto rugió con fuerza. De nuevo, el motorista aceleró para intimidarme. Caminé entre adoquines y esperé que corriera hacia mí para despistarlo por la bocacalle que llevaba a la fuente donde bebían los jóvenes. El conductor aceleró tras mi sombra, me aparté bruscamente y lo obligué a seguir recto. Entré en el callejón, me acerqué a la fuente y vi de nuevo a los chicos.

—¿Tas′ bien, compadre? —preguntó uno de ellos, liando un porro. Después se rieron de mí.

El ensordecedor rugido del motor de la motocicleta retumbó en la plaza, como si estuviera en un cine de alta definición. Los jóvenes se miraron sorprendidos, entre risas y caras de asombro. Eché un vistazo a los balcones y a los callejones que salían de allí. Si fallaba en mi decisión, ese loco me alcanzaría.

—¡Por ahí, primo! —señaló uno hacia el callejón que había en la esquina, mirándome con complicidad. En ocasiones como esa, fiarse de un desconocido no es lo más adecuado. No obstante, tras años y muchas situaciones peculiares, aprendí que las personas son capaces de ayudar al forastero, sin titubeos, sin llegar a juzgar el motivo por el cual huye, con el objetivo de darle unos segundos más de libertad. No sé si fue mi expresión pálida o el terrorífico sonido de la

motocicleta, pero ese chico me estaba ofreciendo una salida.

Agradecí con la cabeza, corrí en la dirección marcada y seguí por otra calle desierta de adoquines que llevaba a una avenida. El sonido del motor retumbaba por los callejones, como una mosca que intenta salir por una ventana de cristal.

Desconocía dónde me encontraba, pero no debía de estar muy lejos del hotel. Había dado la vuelta a la plaza y ahora los coches me pitaban por situarme en medio del asfalto. Sin darme cuenta, comenzó a llover y las gotas finas me mojaban la cabeza. Fue alentador y placentero sentirme vivo otra vez.

Retrocedí, apartándome de los coches, me fijé en el semáforo y comprobé ambos sentidos.

El ruido infernal desapareció y parecía que mi verdugo había desistido en su persecución, aunque sabía que no tardaría en regresar. El hotel era el único lugar en el que estaría a salvo.

Saqué el teléfono y abrí la aplicación de geolocalización. El mapa me indicó que estaba a unos siete minutos a pie. La calle se convertía en un juego de luces, de reflejos y de lluvia inclinada bajo las farolas. El suelo estaba resbaladizo, las paredes se mojaban y las tejas formaban goteras que caían sobre las baldosas formando un agradable sonido.

Finalmente, reconocí el callejón que llevaba a mi hotel y suspiré profundamente. Vi el teléfono, que tenía la pantalla humedecida y apagué la aplicación, para evitar que el dispositivo se dañara. Cuando intenté bloquearlo, el terminal vibró.

En la pantalla aparecía el número del inspector.

—Oh, ahora no es buen momento... Lo siento —musité, rechazando la llamada.

Guardé el dispositivo en el bolsillo del pantalón y caminé con calma por la última esquina, antes de adentrarme en el estrecho callejón que llevaba al portón de madera del hotel.

Me prometí que, una vez que resolviera aquello, volvería a Alicante.

Inmerso en mis reflexiones, percibí la presencia de un vehículo que asomó por una esquina. Comprobé que el semáforo estaba en rojo y le dije que parara, pero fue demasiado tarde. El impacto me arrojó al suelo y choqué con las baldosas. Todo ocurrió tan lento y tan rápidamente al mismo tiempo, que apenas percibí el dolor. Estaba retorcido y manchado, pero seguía con vida. Por un instante, me imaginé en una de esas películas americanas en las que la cámara enfoca la escena desde una perspectiva aérea y el protagonista agoniza en un final terrible. La lluvia caía sobre mi rostro y me mantenía despierto. Cuando intenté incorporarme, dos personas salieron del coche para ayudarme.

—¿Estás bien? —preguntó una voz masculina.

Sentía que me iba a desmayar y me costaba mantener el equilibrio.

—Sobreviviré, pero...

Antes de que pudiera terminar la frase, un guante de piel me golpeó en la cara, y perdí el conocimiento al chocar la nuca contra el suelo. Todo se volvió oscuro, como en una película de terror.

38

El timbre del teléfono de la mesilla me despertó. Me costaba respirar y sentía que tenía un yunque sobre los pulmones. Intenté abrir los ojos, pero una fuerte migraña me abrasó la cabeza como si fuera napalm en plena combustión.

Primero, extendí el brazo con la intención de descolgar el teléfono y terminar con la melodía del aparato. Después abrí un ojo y reconocí la habitación del hotel, aunque no tenía ningún recuerdo de cómo había llegado hasta él. En mi mente revoloteaban las últimas imágenes de aquel semáforo bajo la lluvia, el impacto de un coche y yo tirado en el suelo, abandonado a mi suerte y siendo socorrido por dos extraños. Luego, la película concluía sin saber cómo había llegado a los títulos de crédito finales. La sensación fue desesperante.

Al tratar de moverme en la cama, tuve la sensación de que me habían dado una paliza. Todo me dolía hasta el punto de no querer seguir intentándolo. Me arrastré por el colchón, con la intención de invertir mi último aliento en ello y toqué el aparato con mis manos.

—¿Sí...? —pregunté, con un hilo de voz quebrado.

—¿Gabriel? ¿Qué has hecho?

—¿Rosario?

—Sal de la habitación, corre. La Policía está subiendo a tu cuarto.

—¿Qué...? ¿Para qué? —pregunté y entonces vi la escena que tenía a mis pies.

—¿Gabriel...? ¡Gabriel! —exclamó ella y colgué.

No entendí lo que estaba sucediendo, aunque sí lo haría más tarde.

La habitación estaba llena de botellas de whisky, champaña y cerveza. No recordaba haber comprado nada de eso, ni tampoco el hecho de que una o varias mujeres hubieran entrado en mi cuarto, debido a la ropa interior que había tirada encima del televisor y del sofá. Una caja de preservativos hacía gala de la fiesta que, supuestamente, se había celebrado allí dentro. Me esforcé por sentarme en la cama, cuando me percaté de que todavía llevaba puesta la camisa. Además, tenía pintalabios en toda la ropa, lo que hacía evidente que había estado en contacto con una mujer.

En ese instante, alguien tocó a la puerta. Reconocí los pasos y calculé que la visita sería numerosa.

—¡Abre la puerta, Caballero! —exclamó el inspector Jiménez—. Sabemos que estás ahí.

—Oh, mierda...

—¡Abre o la tiraremos al suelo! —insistió—. ¡Será mejor que colabores!

—¿Colaborar? —pregunté en voz alta—. ¿Y qué he hecho?, si se puede saber.

No tuve derecho a réplica. Los inspectores irrumpieron en la estancia, portando armas y

acompañados de dos agentes uniformados. La escena no tenía parangón. Llanos hizo una mueca de asco, debido al olor que desprendía el interior, como si nunca hubiese padecido una resaca.

—Por Dios, qué peste... —comentó y bajó el arma.

—Caballero... ¿Qué carajo? —preguntó el inspector, extrañado y avergonzado a partes iguales—. ¿Se puede saber qué coño hiciste anoche?

—Supongo que tiene una explicación... —murmuré, con los ojos irritados, pero nadie me hizo caso.

Mi aspecto no era para menos. Pude ver mi reflejo en el espejo y tenía un aspecto deplorable. Los agentes entraron en la habitación y uno de ellos se acercó a la televisión.

—Están aquí, son estos —indicó el agente.

Llanos se dio la vuelta y comprobó algo que yo no alcanzaba a ver. Luego se acercó a su compañero.

—Son esos. No hay duda.

Jiménez suspiró y me miró con recelo. Le costaba creer lo que veía, pero no podía quedarse de brazos cruzados. A pesar de la recomendación de Rojo, las evidencias eran indiscutibles.

—Están... ¿qué están?

—Había confiado en ti, Caballero... —me dijo el inspector, decepcionado, con el rostro hundido por las ojeras y un tono gris en su mirada—. En el fondo, eras otro más... y te has aprovechado de mi lealtad.

—De verdad, Jiménez, no estoy para melodramas...

—Me la has clavado por la espalda —dijo, negando con la cabeza—. En fin...

—Parece ser que no eres el único a quien ha clavado algo —dijo Llanos, echándose a reír y señalando las bragas que colgaban sobre el televisor—. ¿Te fuiste de fiesta y no me llamaste?

—Requisad los cuadros y llevad a este a comisaría. Decidle al alcalde que ya puede dormir tranquilo.

—Un momento, un momento... —dije, a pesar del insoportable dolor de cabeza que me impedía articular palabra—. ¿Qué cuadros?

—Quedas detenido como sospechoso principal del robo de las obras originales de Rupestres —señaló la inspectora y se giró hacia los tres lienzos que sacaba su compañero—. Estos son los tres cuadros del pintor, que habían desaparecido... Supongo que tienes muchas cosas que explicarnos.

—¿Rupestres? Pero... ¡si está vivo!

Ella me miró con desconcierto.

—Está aún borracho —indicó el inspector—. Sacadlo de aquí, pero que se duche antes... Ya hablaremos con él cuando se le pase la cogorza...

—Escuchad, no...

Mientras los agentes se marchaban de la habitación, vi una silueta que había estado observando todo desde el umbral de la puerta. Me hubiese gustado desaparecer en ese momento, pero fui lo suficientemente astuto como para mantenerme callado. Rosario lo había presenciado todo: la conversación, la ropa interior, los cuadros y las acusaciones.

Llanos me agarró del brazo y me pidió que me vistiera.

—¿No me vas a enjabonar, inspectora?

—Cierra la boca y mueve el culo.

Después me sacó de la habitación.

Cuando pasamos por delante de la reportera, la miró con desafío.

—¿Qué es todo esto, Gabriel?

—Rosario, no te creas nada...

—¿No te invitó a la fiesta de despedida? Vaya. Pensaba que lo vuestro iba en serio.

Rosario me dirigió una última mirada. Pude ver el desprecio en sus ojos, igual que había observado la decepción en los de Jiménez.

La inspectora me acompañó por las escaleras y me guio hacia el coche que esperaba en la puerta.

—Eso ha sobrado... —murmuré—. Ella no merece eso...

A la salida del hotel, vi un barullo de periodistas con cámaras alrededor del coche y varios agentes custodiando mi salida.

—Lástima que no pueda contar que me tiré al ladrón más buscado de Sevilla...

—Escucha, Llanos. Hay un malentendido con todo esto...

—No me cuentes tu vida, juntaletras —dijo y abrió la puerta trasera—. Al fin puedes disfrutar del momento de fama que tanto deseabas.

39

La ciudad quería un culpable y lo habían encontrado. La inspectora Llanos tenía razón, aquel era mi momento de fama.

Jamás había estado rodeado de tanta atención.

Los destellos de las cámaras de fotos me recibieron a la entrada de la comisaría. Las cadenas regionales de televisión se apelotonaban en los alrededores de la puerta.

—Es el protocolo —comentó Llanos, antes de inmovilizarme las muñecas e invitarme a salir del vehículo.

Esta vez, no habría tanta condescendencia conmigo.

Después de dejar todas mis pertenencias en una bandeja, me llevaron a una sala de interrogatorios, muy parecida a la que había visitado horas antes. Sin embargo, ahora el clima era muy distinto: yo era el culpable, el sospechoso principal y quien iba a pagar por lo que había hecho ese pintor. No importaba que los cuadros hubieran aparecido en mi cuarto. Necesitaban un cabeza de turco y ya lo tenían.

Jiménez desapareció de mi vista en cuanto entré en las dependencias policiales. Era como si huyera del problemático hedor que desprendía. El inspector se mostraba agotado, decepcionado por un inesperado final que, como yo, ninguno de los dos había imagino. Por el contrario, su compañera no reflejaba expresión alguna. A pesar de haber compartido sábanas conmigo, me trataba como a un delincuente más. Su frialdad y falta de empatía me resultaron de lo más desagradables.

—¿Agua? —preguntó, cuando me senté en la fría silla de plástico.

—Café, mejor, si puede ser. O las dos cosas.

—Te traeré un café para que espabiles —respondió y se marchó.

En la puerta quedó uno de los agentes que los había acompañado a mi hotel.

—No voy a escaparme —le dije, sacando humor de lo más profundo de mis entrañas. Él me miró de reojo y luego me dio la espalda.

No podía creer lo que estaba pasando. Aquel momento parecía una broma pesada.

Intenté recordar lo que sucedió después del accidente, pero no pude recuperar ninguna imagen.

Llanos regresó con un café humeante de la máquina. Aquel brebaje era de todo, menos café, pero me vendría bien algo caliente en el cuerpo. A diferencia de lo que creían, no estaba ebrio, por muy raro que lo pareciera. Me habían dado una fama que yo no merecía y el decorado encontrado en mi habitación no ayudaba. Entonces recordé la cocina del apartamento de Rupestres. Era evidente que habían hecho lo mismo en mi cuarto. No hacía falta ser un genio

para darse cuenta de aquello.

—Ahora vendrán a tomarte declaración —dijo Llanos, observándome con pena—. Una de verdad. ¿Tienes un abogado?

Negué con la cabeza.

—Inspectora...

—Te asignarán uno de oficio.

—Soy inocente.

—Claro —respondió y se marchó.

La seductora silueta desapareció por la puerta.

Exhalé un suspiro. Necesitaba que alguien confiara en mí, pero no tenía a nadie que pudiera hacerlo. Segundos después, el inspector Jiménez entró en el cuarto y cerró la puerta. El agente que custodiaba la salida se quedó.

—Inspector...

Me hizo un alto con la mano, para que no siguiera.

—Caballero, se le va a tomar declaración... Esta vez, todo lo que digas, irá directo al juez, ¿entendido?

—Sí, claro.

Comprendí por dónde iba aquello, desde el momento en el que Jiménez comenzó con el trato formal.

—Está bien —dijo. El otro cerró la puerta y se sentó a su lado. Después sacó un cuaderno y comenzó a tomar notas—. Comenzaremos por lo importante.

—¿De verdad que vamos a hacer esto?

—Tiene derecho a no declarar, si lo desea, pero guarde silencio y no comente.

—Entendido.

—¿Se reconoce como culpable del robo de los cuadros que encontramos en su habitación?

—No, soy inocente —dije y el policía lo apuntó—. No sé cómo llegaron ahí, lo juro.

—No es necesario que jure. Limítese a contestar —comentó el inspector, mirándome con escepticismo—. ¿Dónde estuvo anoche?

La pregunta me dejó en blanco. Si les contaba la verdad, no me creerían. En realidad, cualquier cosa que dijera, sonaría a mentira. Me di cuenta de que me habían engañado.

—Visité al señor Antonio Paredes —confesé, mirando fijamente a Jiménez para que me creyera—. Pueden comprobarlo.

—¿Cuándo concluyó la visita?

—Supongo que sobre la hora de la cena... La calle estaba demasiado tranquila.

—¿Qué hizo después?

—Fui al hotel. También puede comprobarlo. De hecho, le pediría que comprobara cómo llegué al hotel.

—¿Ebrio? —preguntó con sorna—. La recepcionista asegura que no lo vio llegar durante su turno, lo cual, dice mucho de usted...

—Entonces, ¿cómo cree que llegaron los cuadros y las mujeres a mi habitación?

La pregunta disparó las sospechas. El agente dejó de escribir y me escuchó atentamente. Jiménez se rascó el bigote con suspicacia.

—¿Confirma que invitó a dos señoras a su habitación?

—No, de hecho, lo niego —respondí, antes de ir demasiado lejos—. Ayer, cerca del hotel, sufrí un accidente de tráfico. Un vehículo me arroyó en el paso de cebra.

—¿Podría indicar la calle?

—Estaba oscuro, no conozco la ciudad.

—¿Había bebido?

Recordé el whisky que me ofreció el historiador.

—Lo justo. No estaba borracho. Paredes se lo puede corroborar.

—Por supuesto... —dijo y continuó—. Entonces, ¿dice que lo atropellaron?

—Un coche se saltó un semáforo y me lanzó al suelo.

Los dos policías me miraron de reojo.

—¿Tiene parte médico?

—No.

—Pero puede caminar sin problema, por lo que deduzco que no le ocurrió nada. ¿Seguro que fue un accidente de coche y no un golpe que se dio?

—Sé lo que vi. Dos personas me socorrieron, uno de ellos era un varón...

—Claro, claro... Apunta, dos personas... Entiendo que después las invitó a que tomaran unos tragos en su cuarto, por eso de celebrar la vida...

El sarcasmo de Jiménez provocó una carcajada en el agente y en mí una sensación de impotencia.

—No me creen, ¿verdad?

—¿Cómo robó los cuadros de Rupestres?

—No lo hice.

—Esas obras estaban en tres galerías privadas, con videovigilancia y personal de seguridad.

—Les estoy diciendo la verdad. Ni siquiera había visto esos cuadros en mi vida. Alguien debió de ponerlos ahí.

—¿Sabes, García? —le preguntó al agente que apuntaba—. Esto me recuerda a una noche en la que mi hijo, borracho como una cuba, vomitó en el armario y luego me dijo que había sido su hermana, que duerme en otra habitación.

El agente se rio.

—¿Y eso tampoco les hace sospechar?

—¿El qué? ¿Lo de mi hijo?

—No, el estado de mi habitación. Ni siquiera esforzándome habría conseguido un resultado así... ¡Vamos, inspector! Es obvio que me han engañado.

—La única evidencia es que son los cuadros originales de Rupestres... ¿Qué relación tenía con el pintor, Caballero?

En sus ojos vi una luz que me incomodó. Me pregunté si su desconfianza era total o si estaba fingiendo.

—Ninguna.

—García, las fotos...

El agente sacó unas capturas de una cámara de vigilancia. Estaban tomadas desde lo alto, el mismo día que había llegado a la ciudad. En ellas aparecía yo, con Rosario, conversando con el pintor frente a la galería donde había sucedido el último robo.

—Para no tener ninguna, parecía estar interesado en contarle su vida.

—Esto es insultante. Quiero un abogado.

—Qué curioso, que estaba frente a la galería donde, horas antes, desapareció el cuadro... Maldita mi sangre, cómo no lo pude ver antes...

—Inspector, soy inocente.

—Yo ya no sé nada, Caballero —dijo y se puso en pie—. ¿Quiere añadir algo más? Por mí, hemos terminado.

—¿Cuándo voy a poder salir de aquí?

—De momento, se quedará en un estudio muy cómodo que tenemos aquí abajo, para que no se pierda...

—¿Qué? —pregunté, horrorizado—. No es justo.

—La vida no lo es, ni tampoco hacerles perder el tiempo a los demás... Nos ha tomado el pelo en nuestra cara, pero lo hemos cazado a tiempo... Si no le gusta lo que hay, busque a alguien de confianza que le pague la fianza... ¡Ah, no! Espere, que nadie confía en usted... Qué cosas... Bona nit, como dicen en su tierra.

El otro agente me miró y se puso en pie, sosteniendo la declaración en la mano.

—Bona nit —dijo y acompañó al inspector.

La puerta se cerró y me quedé solo, esposado, con las manos alrededor del vaso de café, que ya no estaba caliente.

Cuando vi esa fotografía, supe que había sido víctima del pintor, desde el principio. Me había escogido como víctima principal de su plan, sin ser consciente de que pagaría más tarde. Pero Jiménez ya no creía que pudiera ayudarme y yo ya no tenía ninguna posibilidad de convencerle.

«Cuando te crees el mejor... ya has dejado de serlo», recordé, al pensar en nuestro primer y único encuentro.

En ese momento pensé que hablaba de él, de la humildad que debe proteger el artista y de cómo luchar para no corromperse en el dinero ni la fama... pero fui un idiota.

Todo el tiempo se había referido a mí.

40

El agente me acompañó por un pasillo que llevaba a unas escaleras. Al final de estas, había una oscura celda compartida, con una letrina al fondo y una pequeña ventana que daba a un patio cerrado. Jiménez habló en serio cuando dijo que se haría cargo de mi alojamiento, aunque nunca mencionó dónde dormiría el resto de las noches. En el interior de la celda me esperaba un hombre desaliñado, con barba y con aspecto de delincuente de poca monta. Parecía que le picaban las chinches, pues no paraba de moverse, gesticulando y murmurando cosas ininteligibles. El policía abrió el calabozo y me obligó a pasar. En ese instante, el preso se abalanzó contra los barrotes, clamando que era inocente.

El guardia lo ignoró y desapareció.

—¡Que no he hecho na'! —exclamó, colmando el hierro. Lo miré de reojo. Su aspecto descuidado, sumado con un posible síndrome de abstinencia, podía provocar pavor, pero no me infundió ningún temor. Entonces, mis problemas eran otros, más complejos y menos pasionales.

—¡Que soy inocente, cojones! —me gritó, como si yo tuviera la culpa de su encierro.

Su acento me recordaba a alguien, aunque no lograba ubicarlo en mi cabeza.

—Todos lo somos, compañero... Son ellos quienes están equivocados.

—¡Ea, pues eso!

Eché un vistazo al habitáculo y me pregunté en qué apestoso rincón dormiría esa noche. Si tenía que compartir espacio con ese extraño, me preocupé por ser el primero en elegir el sitio. A nuestro alcance, lo único que teníamos era un banco de cemento en uno de los laterales. Una superficie estrecha que impedía tumbarse a lo largo. Después lo pensé mejor y me dije que echaría una cabezada como pudiera.

—¿Por qué estás aquí?

—Que soy inocente, carajo...

—Ya, eso ya lo sé —dije y seguí hablando con él, con el fin de que mi memoria encontrara a esa persona tan familiar—. ¿De qué te acusan?

—¡Ah! De robar un bolso...

—Pero no lo has hecho.

—¿Tú ves el bolso, compadre? Pues ya está... Ha sido la vieja, que se ha puesto a gritar y, enseguida, la madera estaba encima, dándome con la porra, pim, pam...

—Entiendo... Suele pasar.

—Y tú, ¿qué?

—Me acusan de haber robado unos cuadros.

—¿Los has robado o no?

—¿Tú los ves? Pues eso... —dije, desanimado, ya que la conversación no iba a ninguna parte —. Robar no es lo mío. No tengo tiempo para más problemas.

—Ya decía yo... Con ese aspecto de señorito... y tampoco parece que seas de aquí.

—Me llamo Gabriel... Estoy aquí por trabajo, pero soy de Alicante.

—¿Alicantino...? ¿Borracho y fino...? Yo soy José, de Jaén... El mejor aceite de la Tierra...

—¿De Jaén?

—Así es, así es... Yo podría estar montao' en el dólar, porque mi familia tenía olivares, pero las malas compañías me llevaron a Sevilla y... ya sabes, compadre... Han pasado veinte años y, ni aceite, ni dólar, ni compañías...

Me desconecté del monólogo que, seguramente, había pronunciado otras veces y que, en su mayor parte, carecía de veracidad. El tono de voz y el acento de esa persona coincidían con los de la llamada anónima.

Pero no tenía nada más.

Estaba perdido.

Me torturaba la idea de cómo habían llegado los cuadros a mi habitación, hasta que empecé a dudar de mis recuerdos. Pero, no. No era posible. Yo era inocente y estaba seguro de mi experiencia. Sospeché que todo ese teatro formaba parte de la trampa que el pintor me había tendido. Ese cabronazo de Rupestres se estaba burlando de cada uno de nosotros.

Tras digerir toda la información, intenté reflexionar hasta encontrar algún cabo suelto que me llevara a él. Si era cierto que no había huido a flote y que las carreteras estaban vigiladas, la posibilidad de que Rupestres siguiera en la provincia cobraba aún más fuerza.

La voz del compañero de celda me llevó a una siguiente reflexión: ¿y si Rupestres fuese un avatar? ¿Y si lo hubiese fingido desde el principio?

Elaborar nuevas teorías era como cavar un agujero sin fin. Pero los mentirosos nunca descansan. El embuste es una necesidad para ellos y Rupestres era un falsificador, un experto en la mentira, en el engaño, que no es muy diferente. Un artista de otra clase, pero que no dejaba de fascinar. Lo más difícil de los tiempos en los que vivimos, es evocar algo en las personas. Y él lo estaba consiguiendo, ya lo creo que sí.

Así que me planteé que, quizá no existía tal persona. La intuición me provocó tal destello que sentí el voltaje de un rayo sobre mi cabeza.

Debía decírselo a Jiménez, pues era muy probable que Rupestres no usara su identidad verdadera. Para conocer la verdadera identidad del artista, habría que investigar su pasado y, entonces, el artista habría logrado huir con las obras y sin ninguna clase de resistencia.

Su capacidad para gestionar aquel robo era asombrosa.

—Maldito mamonazo... —murmuré, pensando en voz alta.

—¿Me está escuchando? —me interrumpió, dándome con la mano para que atendiera—. Borracho, fino y maleducao′...

Le hice un gesto para que me dejara pensar con calma, pero no parecía estar dispuesto a ello.

—Vaya con el alicantino. Pues esta fama que tenéis os precede... Al carajo... —dijo y me dio la espalda para dirigirse a la esquina.

Después repitió gritando que era inocente, como un gallo que canta las horas.

En el fondo de las escaleras, oí la voz del alcalde, que gritaba y amenazaba con arruinarme la vida.

Aunque no podía verlo, logré intuir lo que pasaba: Rupestres y su mujer habían desaparecido. A nadie le gusta que su pareja tenga una relación con alguien más joven.

«Se va a enterar ese periodista, mamarracho... ¡No va a salir de ahí en décadas!»

—¿Eso va por ti? —preguntó José, calmándose al oír los berridos y yo asentí—. Tú también, haciendo amigos...

—Es el alcalde.

—Fiu... Malas noticias, compadre... Y yo pensaba que me quedaría solo otra vez... Ahora me da que saldré antes que tú.

Las horas pasaron lentamente. Me senté en el banco y relajé la mente, a la espera de que alguno de los guardias hiciera acto de presencia. No me importaba compartir celda con el delincuente de Jaén, si no fuera por el mal olor que desprendía la letrina y la humedad que salía de los bajos del calabozo.

Desde la celda se podía oír el gallinero exterior, formado, probablemente, por los periodistas que se aglomeraban a la entrada de la comisaría, esperando una exclusiva, una declaración o, simplemente, que apareciera para dar la cara. Recordé todos los momentos difíciles que había vivido y cómo había salido adelante. No obstante, Sevilla era diferente, quizá por su color o porque el embrujo de la ciudad me había llevado hasta esa situación. Estaba agotado, hambriento y me sentía como un perro callejero. Tenía todas las razones para quejarme y ninguna para pedir otra oportunidad.

Pasadas unas horas, desperté de un profundo y reparador sueño y calculé que debíamos de encontrarnos metidos en la madrugada, debido a la calma que se respiraba allí dentro. A escasos centímetros, José roncaba sentado, apoyando la nunca en el muro. No me sorprendieron sus rebuznos y añadiría que aquella forma de gritar procedía de alguna parte. En la más absoluta calma, escuché unos pasos que se acercaban a nosotros.

Me levanté del duro y frío asiento para comprobar quién era. No quería despertar a mi compañero y pensé que era el momento de hablar con el agente y convencerle de mi inocencia.

De la oscuridad apareció un policía que no conocía y abrió la puerta sin decir palabra.

—¿Soy libre?

—No... —contestó y me permitió salir—, pero alguien ha pagado la fianza por ti.

—¿Alguien?

—Venga, marchando... No despiertes a la fiera.

Y así hice, lleno de dudas, obedeciendo como un reo, subiendo los escalones de aquel agujero, despidiéndome del pobre ladronzuelo con la pena de que despertaría y volvería a estar solo.

41

Confundido, esperé encontrarme con alguien conocido, pero no fue así porque no había nadie.

Recogí mis pertenencias de una caja de plástico y me indicaron la salida.

—¿Puedo preguntar quién ha pagado la fianza?

El agente señaló la puerta.

—Le esperan fuera.

—Eso no me aclara nada.

Frunció el ceño y se acercó.

—¿Por qué no se va al hotel y descansa? Pronto estará por aquí otra vez.

Chasqueé la lengua y preferí no continuar con la conversación.

Todavía era de noche cuando salí a la calle, pero el sol no tardaría en aparecer. Don Juan de Ramos, engominado hacia atrás, enfundado en su americana, con camisa azul y pantalones blancos, me esperaba junto a un Mercedes de color negro con los cristales tintados.

—Señor Caballero, por fin está aquí.

Aturdido por la respuesta, me quedé boquiabierto durante unos segundos.

—¿Usted?

Él me sonrió, dejándome entender quién había pagado mi rescate.

—No se preocupe, se lo explicaré más tarde —dijo y abrió la puerta trasera del amplio vehículo—. ¿Me permite que le acerque al hotel?

—Pero... No es necesario. Me vendrá bien un poco de aire fresco.

—Hombre, por favor... No me haga este feo.

—Tiene razón, por supuesto, don Juan... —respondí, a regañadientes y acepté la invitación.

Al entrar en el coche, tuve la impresión de que ese viaje iba a ser malo.

Saludé al conductor y reconocí su figura. Era el hombre que había acompañado a don Juan a la subasta clandestina. Al intentar reaccionar y abrir la puerta, el sistema centralizado se bloqueó. Miré a mi derecha y vi la enorme figura del hombre armado, asustándome como un oso, con una pistola apuntándome al estómago.

—¿Le parece bien dar un paseo antes de ir al hotel? —me preguntó y se dirigió al conductor —. Manolo, arranca.

Tragué saliva.

El arma estaba demasiado cerca como para fallar y ese hombre estaba muy nervioso.

—Me gustaría dormir un poco... Esos calabozos están muy mal.

—Ya tendrá tiempo para descansar, no se preocupe... —murmuró y el vehículo se puso en marcha—. ¿Cree que lo iba a sacar de ahí sin más? No, amigo. Los favores se pagan con otros

favores...

—No le he pedido ningún favor.

—Pero yo a usted, sí... Digamos que lo mío ha sido un adelanto.

Guardé silencio, sin comprender qué sucedía. La situación volvía a cambiar, aunque no estaba claro si sería para mejor o para peor. El coche se adentró en una larga avenida de palmeras que rodeaba el río. Minutos más tarde, sentí que nos alejábamos de la ciudad y, poco a poco, Sevilla quedaba atrás.

—¿A dónde me lleva?

—Usted, tranquilo, escritor... —dijo, sin desviar el cañón del arma de mi cuerpo—. Dado que es usted un experto en arte y en cuadros, me ayudará a tasar unas obras que tengo en mi poder, ya me entiende...

—No, no le entiendo y no me genera ningún tipo de confianza. No sé nada sobre arte, ni sobre pintura.

Los dos se echaron a reír, como si la situación tuviera gracia.

—No se haga el humilde con nosotros, por favor... Los tres sabemos que es un profesional de lo suyo. Ha salido hasta en los periódicos... ¿Sinceramente? Sin ánimo de faltarle al respeto, pero podría haber contactado conmigo, directamente... Se habría ahorrado todo esto.

—De verdad, don Juan, no tengo ni la más remota idea de lo que me habla...

—Claro, claro, muchacho... —dijo y volvió a reírse en voz baja—. Tú a lo tuyo...

No quise hacer más preguntas, pero tuve la sensación de que mi secuestrador conocía el paradero del artista. Por desgracia, los últimos acontecimientos le habían generado una impresión equivocada sobre mí, convenciéndolo de que yo también era un ladrón y un estafador. De Ramos no podía estar más equivocado y pronto se daría cuenta de ello.

En aquel momento, solo quería que Jiménez se hubiera percatado de mi ausencia.

***

El paisaje estaba oscurecido y apenas podía divisar a través del cristal cuando abandonamos la carretera y nos internamos en un camino salvaje y pedregoso que nos conducía a un cortijo escondido tras un cerro. La sonrisa de don Juan se convirtió en una fina línea de puntos. La tensión era palpable en el interior del coche y generaba una sensación de peligro irremediable. Las farolas del camino me advirtieron que nos acercábamos a una propiedad privada. Fijé la mirada para comprender mejor lo que estaba sucediendo y vi una casa antigua de dos plantas, a lo lejos.

—Los vamos a pillar durmiendo, como a mí me gusta —comentó el marchante, mirando por el cristal frontal—. El tirano se va a enterar de lo que vale un peine... y ella, de lo que valen dos.

—La mujer del alcalde puede buscarnos problemas...

Los dos hombres me miraron extrañados.

—¿Qué carajo dices, hombre? —preguntó de Ramos, desconcertado—. ¡Irina! A ella me refiero...

—¿Irina, su ayudante?

—Que sí, *illo*, que sí... —dijo en tono molesto—. Me la ha estado pegando todo este tiempo y yo sin darme cuenta de nada... ¡Ahora! Escúchame bien... Esos dos van a pagar por los daños y por los perjuicios causados.

—¿Está seguro de que es ella?

—No seas tan pardillo, escritor... Anda, mira su coche —dijo y señaló al vehículo que había junto a la entrada—. No soy estúpido, aunque pueda parecerlo.

—Pero, usted cobró la póliza del seguro...

—¿Qué voy a cobrar ahora que han aparecido los cuadros? Parece que no te hayas enterado de qué va esto.

—Creo que me hago una idea.

—Muy bien... Pues ahora te vas a hacer otra, pero de lo que cuestan los cuadros que tiene el caradura ese dentro de la casa.

—Don Juan, ya le he dicho que yo...

Mis escusas no le valieron. El coche se paró a escasos metros de la entrada. Allí no parecía haber guardias, ni perros que avisaran de las llegadas. La finca estaba tan tranquila que me produjo un escalofrío desagradable.

El sevillano, con el semblante tieso y las ojeras caídas, se dirigió a mí por última vez, antes de bajar del coche:

—No olvides que te apunto con una pistola, muchacho.

42

Los dos iban armados y con la intención de regresar por donde habían venido. Que yo les acompañara o no de vuelta, era una pregunta abierta.

—¡Camina! —ordenó el conductor y me empujó, poniéndome al frente de ellos dos.

El primer obstáculo lo encontramos frente al enorme y antiguo portón de madera. Estaba cerrado con llave y no había manera de entrar a empujones.

—Aparta —dijo de Ramos, decidido y disparó dos veces contra la chapa metálica. Los estampidos resonaron en el campo y se perdieron en la montaña, lo que provocó que algunas aves se despertaran y volaran espantadas.

Entramos en el interior de la casa, que daba a un oscuro recibidor con un gran pasillo y un patio al fondo. Los dos individuos se movían con seguridad, como si nadie fuese a sorprenderlos.

—¡Irina, guapa! Tienes visita... —exclamó sin demasiado entusiasmo el sevillano y comenzaron a buscarlos por las habitaciones.

Me quedé a un lado, observando el espectáculo.

El que parecía ser un simple comerciante de arte, actuaba como un auténtico sicario. En realidad, no era más que un hombre lleno de sed de venganza, carcomido por el rencor y herido por un amor no correspondido.

Ahora que había llegado hasta allí, estaba dispuesto a desvalijar la casa entera y llevarse hasta el último tesoro.

En contraste con lo que habíamos aprendido de la literatura, la pareja de amantes cometió el primer error.

De una escalera que conducía a la primera planta, apareció Rupestres, el maestro del engaño, el artista más codiciado dentro y fuera de la legalidad. El pintor se acercó a nosotros, sujetando un candil encendido, con una mirada enigmática y relajada, vestido con una camisa de lino, unos pantalones vaqueros rotos por las rodillas y completamente descalzo.

Se situó delante de una enorme caja de cartón que había apoyada en la pared del fondo. A continuación, dejó el candil en el suelo, cerca de sus pies, y alzó las manos.

—Juan... ¿Es necesario hacer esto?

—Yo creo que sí —respondió el empresario, apretando la mandíbula.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó, señalándome a mí—. Este es un asunto privado.

—Me gusta viajar ligero. Quiero asegurarme de que me llevo lo necesario.

—Está convencido de que soy un estafador... como tú.

A Rupestres no le gustó mi comentario.

—Yo soy artista, eso es lo que soy... y tú no.

—Cerrad el pico. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—Ella.

—Estoy yo solo, Juan. Te lo prometo.

—¿Sí?

—Te doy mi palabra.

—Claro... —dijo y guardó un segundo de silencio.

El otro matón apuntaba al artista y me miraba de reojo. Yo no entendía qué pretendían ellos, pero no podía salir nada bueno de esa conversación.

Y no salió.

Sin más vacile, don Juan disparó al pintor a quemarropa, perforándole el costado. Rupestres cayó al suelo, abatido como un pájaro, sin tener tiempo de lamentarse.

El olor a pólvora quemada llenó la habitación y la sangre se derramó por los suelos.

—¡Verás como ahora sale! —bramó el sevillano, fuera de sí—. ¡Este final no te lo esperabas! ¿Verdad, pintor?

Vi a Rupestres herido y moribundo retorciéndose en el suelo. Sus ojos tenían el color de quien no quiere irse, de quien sube a un tren sin billete de vuelta. Me miró desesperado, mientras el marchante perdía el juicio y la compostura.

No podía dejar que muriera como un animal abandonado.

Bravo de mí, di un paso al frente, pensando que don Juan no se daría cuenta, pero me detuvo una explosión. El susto paralizó mi cuerpo y vi el agujero de la bala en el suelo.

A ese desgraciado no le temblaba el pulso a la hora de disparar.

—No te hagas el valiente, escritor. No es asunto tuyo, ¿queda claro?

Asentí en silencio, sin poder articular palabra y retrocedí hasta ponerme a su mismo nivel.

La asistenta apareció por la escalera, fría como un témpano y observando la escena con precisión.

—Ya decía yo que el conejo no tardaría en salir del agujero...

—Irina... —balbuceó el pintor, sin fuerzas. El disparo le había provocado una fuerte hemorragia que terminaría matándolo en cuestión de minutos.

Por desgracia, para ella, Rupestres era ya un recuerdo del pasado, o eso entendí al analizar su lenguaje corporal, ausente de empatía o de otro sentimiento.

—¿Qué haces, Juan? —preguntó con voz maternal, acercándose a él como si no temiera que le disparara— ¿Has perdido la cabeza, amor?

Don Juan de Ramos tenía el brazo firme y apuntaba hacia ella. Su compañero dirigía su arma hacia mí.

—Irina, los cuadros... Los quiero todos.

—¡Oh, por Dios! Hombres...

—¿Hombres? No me toques la moral...

Ella le dio la espalda, se cruzó de brazos y miró, de manera inconsciente, a la enorme caja de cartón.

Me imaginé que debía de tener la suficiente confianza como para hacer eso, sabiendo que él no le haría daño, así como también comprendí que los cuadros se encontraban ocultos bajo la caja que había junto al cadáver de Rupestres.

De Ramos estaba tan nervioso que era incapaz de darse cuenta.

Luego, la mujer se giró hacia el compañero y a continuación me miró a mí.

—Si quieres los cuadros, tengo que confiar en ti.

—¿Confiar en mí? ¿No te he demostrado suficiente confianza?

Ella negó dos veces.

—¿Y ellos?

—Manolo es de confianza, ya lo sabes.

—No, Juan... Ya no se puede confiar en nadie. Somos tú y yo, o no es nadie.

—¿Qué diablos quieres que te demuestre?

—Mátalo.

—¡Serás zorra! —exclamó el hombre y apuntó hacia ella—. Don Juan, intenta confundirlo.

—¡Espera, Manolo, no tan rápido! —exclamó, calmándolo, antes de que cometiera un error —. Baja el arma, anda... No nos calentemos y usemos la cabeza...

De repente, advertí un cambio de miradas entre la mujer y el sevillano. Antes de que el lacayo reaccionara, don Juan le apuntó y disparó a quemarropa dos veces, asegurándose de que no se levantaría del suelo. La cabeza dio un movimiento brusco hacia atrás, se deslizó por la pared dejando un rastro de sangre y el cuerpo cayó al suelo, como un maniquí pesado.

—¡Demonios, Irina! ¿Contenta?

Ella se agachó para recuperar la pistola. En aquel momento intenté retroceder, augurando cuál sería el siguiente objetivo, pero el sevillano me detuvo.

—¡Tú!

—Tenemos que deshacernos de él, Juan. Es peligroso, sabe demasiado.

El hombre se rascó el mentón y me miró a los ojos. Dudó un momento a la hora de obedecer la orden. Algo en su interior le indicaba que le podía ser útil más tarde.

—¿A qué estás esperando? —insistió la mujer y se acercó a él—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—No, esperad...

Como él no respondía, Irina sujetó el arma y me apuntó a la cabeza. El pulso se me disparó. Busqué una salida, pero no había forma de escapar de ellos. A mi espalda sólo había una pared. Tras la pareja, el cadáver de Manolo. Calculé la gravedad del impacto y entendí que la distancia entre el arma y mi cabeza era lo suficientemente reducida como para sobrevivir al disparo.

¿Este sería mi final?, me cuestioné, mirando con tristeza el cuerpo sin vida de Rupestres, quien había dejado de respirar unos minutos antes.

Ese no era un desenlace para mí.

No quería ser noticia, no de esa manera.

—Despídete, escritor... —dijo ella, con una sonrisa malvada y levantó el seguro.

Cerré los ojos y conté hasta tres.

Me sentí avergonzado al pensar que moriría como un estafador, engañando a todos por algo que nunca había cometido.

43

No se accionó ningún percutor, ni siquiera oí la explosión reventándome los tímpanos. Por un extraño accidente, el único sonido que escuché fue el de un chorro de agua cayendo por una tubería rota.

Pensé que estaba muerto y que eso era lo que ocurría cuando el espíritu abandonaba el cuerpo y se convertía en otra entidad.

Mi decepción fue tal, que supe que aún estaba vivo.

Sin duda, me di cuenta de ello cuando el fuerte olor a alcohol me obligó a abrir los ojos.

—Tirad las armas... o podéis despediros de los cuadros —amenazó Rosario, sujetando un mechero de gasolina encendido, junto al cadáver de Rupestres y la gigante caja de cartón, ahora empapada de líquido inflamable—. Un error... y lo pagaremos todos.

Sus ojos vigilaban a la pareja que, por un momento se quedó bloqueada sin saber cómo reaccionar. La ambición y la avaricia los estaban consumiendo. Se miraron con recelo, de soslayo, preguntándose mutuamente quién sería el primero en traicionar al otro.

Por mi parte, miré a Rosario, que me devolvió una sonrisa cómplice y leal. Le comuniqué mis intenciones en silencio, deseando que pudiera leer mis pensamientos por telepatía. No estaba seguro de si habría un plan alternativo o de si aquel órdago saldría con éxito, pero era irrelevante.

La reportera me había seguido la pista para salvarme la vida y ahora debíamos salvarnos los dos.

Aproveché la breve distracción de la pareja para lanzarme sobre don Juan e intentar derribarlo. El arma se disparó, haciendo un agujero en el techo, lo que provocó que la escayola se desprendiera. A continuación, Rosario quemó a Irina en el brazo y la pistola cayó al suelo. Las dos mujeres forcejeaban entre ellas mientras yo trataba de ponerme encima del hombre para golpearlo. Ganas no me faltaron. El primer directo lo desestabilizó, aunque su superioridad no tardó en echarme a un lado. Después de un grito feroz, me sujetó del cuello y me arrojó a un lado. Si ya estaba bastante maltrecho, la caída me dejó sin energía. Empujé la pistola hacia un lado con el pie, pero mi rival se apresuró a recogerla.

Acto seguido, me apuntó, dispuesto a matarme, pero otra explosión nos distrajo. En el otro extremo de la sala, Irina y Rosario luchaban nuevamente, en un cuerpo a cuerpo dominado por la fuerza. La asistenta gritó, sujetando el arma hacia arriba, mientras la periodista trataba de derribarla.

De Ramos dirigió el cañón hacia ellas, apuntando a Rosario, pero las dos estaban demasiado cerca y se movían con rapidez. Miré a ambos lados y vi un plato de cerámica colgado en la pared. Lo cogí y sorprendí al marchante, golpeándole con el objeto en la cabeza. El impacto lo

dejó aturdido durante unos segundos. Después se giró hacia mí, sin saber muy bien dónde me encontraba y disparó varias veces sin control, poniendo en peligro a todos.

Me alejé corriendo, evitando que me alcanzaran los impactos, cuando un proyectil dio de lleno en el candil que había dejado Rupestres en el suelo y el recipiente de metal voló hacia los cuadros.

La llama se agrandó con el alcohol.

—¡No! —gritó la mujer eslava, con el pánico en los ojos y el fuego iluminando su rostro—. ¡Los cuadros!

El cartón que protegía las obras se incendió, formando una llamarada que parecía haber surgido de la boca de un dragón. Una fuerte luz nos deslumbró y nos obligó a recular. El arma de Irina cayó a los pies del cadáver del pintor. La llama comenzó a devorar el salón y el fuego alcanzó los muebles de madera y la tapicería de los sofás. El comerciante observó el incendio, lleno de impotencia y de rabia, hasta el punto de olvidarse de que estábamos allí.

—¡Haz algo, Juan! —gritó ella—. ¡Los cuadros están ardiendo!

Una densa nube de humo se formó en la sala, dificultando la respiración. Rosario me miró desde el otro extremo de la habitación y le hice señas de que debíamos irnos.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó el sevillano, apuntándome con el arma—. ¡Eres historia, Caballero!

La periodista empujó al hombre hacia el fuego y el último disparo atravesó una viga de madera del techo. Ramos cayó al suelo, se envolvió en llamas y empezó a gritar debido a las quemaduras.

—¡No! ¡Ayuda! —exclamó, desesperado—. ¡Irina!

La mujer, que solamente tenía ojos para los cuadros, se acercó al fuego e intentó apartar el humo con las manos, con el fin de recuperar al menos una obra, antes de ser abrasadas todas por el fuego.

La voz del sevillano se apagaba lentamente, a pesar de los esfuerzos por sobrevivir.

Rosario asió a la mujer firmemente del brazo.

—No lo hagas —le dijo, invitándola a salvarse—. Morirás intoxicada.

—Rosario, tenemos que irnos... —dije y tosí, sintiendo cómo el humo me oprimía los pulmones. No aguantaremos mucho aquí dentro...

Irina le sostuvo la mirada y se desprendió del brazo. Después caminó a través de la cortina de humo.

En cuestión de minutos, la propiedad se había convertido en una enorme hoguera, arrasando con toda la construcción.

Al llegar a la salida, la reportera se detuvo a mirar hacia el interior, donde apenas se podía ver el fuego por la espesa cortina de humo.

—Gabriel, y si...

—No, Rosario —le dije, seriamente—. Olvídate de ella y de los cuadros... Es mejor que nos vayamos.

—Pero, aún estamos a tiempo de salvar lo que quede...

—Rosario...

Nos picaban tanto los ojos que era difícil mantener la mirada. Con tristeza, se limpió las lágrimas con los dedos y bajó la cabeza.

Cuando salimos del edificio, un camión de bomberos se aproximaba a la finca por el sendero de la entrada. Vi que también habían llegado varios coches de policía y una ambulancia con

personal médico.

Vi entonces las siluetas de los inspectores Jiménez y Llanos acercándose a mí, antes de desplomarme en el suelo, exhausto y sin oxígeno.

Después, todo se volvió turbio y brillante. Varios médicos me colocaron una máscara de oxígeno y me trasladaron al interior de la ambulancia.

—¿Moriré? —le pregunté a la doctora que me atendía.

—No lo creo —dijo y sonrió con dulzura—. Descanse y no hable... Le vendrá bien para recuperarse.

Oí la voz de Rosario, que llamaba a la policía, indicándole que había gente dentro, pero los agentes se negaban a entrar.

Por fin, aquella historia había finalizado, aunque no fuera con el final que habíamos deseado.

El motor del vehículo se encendió, nos pusimos en movimiento y sentí un gran alivio.

Quería alejarme de esa finca para siempre.

Lo último que vi, fue a Rosario corriendo hacia la ambulancia, pero las puertas se cerraron y no logró alcanzarme.

44

Resucité tras una noche en el hospital y desperté al día siguiente a causa de una pesadilla. No era de extrañar, pensé, al recordar nítidamente la mirada agonizante de don Juan de Ramos. Se dice que sin riesgo no hay recompensa, y él tomó su decisión. Por desgracia, las historias no siempre acaban bien.

Nadie vino a visitarme y tampoco lo eché en falta.

Cuando recuperé la consciencia, me di cuenta de que, probablemente, al otro lado de la puerta de mi habitación, nada habría cambiado a mi favor. Aún tenía cuentas pendientes con la policía, con Rosario y con la ciudad de Sevilla. Lo peor era que solo quería subirme al primer tren de vuelta a casa.

La puerta se abrió y entró una enfermera joven, con una expresión que delataba que había dormido poco en las últimas semanas, pero con una sonrisa que revelaba su actitud positiva en el trabajo.

—¿Cómo te encuentras, Gabriel?

—Me encanta que los jóvenes me sigáis considerando uno de vosotros... —le dije, con una voz afónica. Ella se rio—. ¿Nos conocemos?

—Anoche tuvimos una larga conversación.

—Vaya, qué raro... Suelo acordarme de todas mis citas.

Ella sonrió de nuevo. Le gustaba cómo flirteaba, pero sabía mantener las distancias.

—Tuviste fiebre y delirios. Debiste de soñar cosas muy feas.

—No lo recuerdo, pero no te lo discuto. ¿Cómo te llamas?

—Soledad.

La miré y encontré algo en sus ojos marrones que me resultó familiar. Tal vez fuera la nostalgia, el delirio o el exceso de antibióticos que me habían suministrado. Preferí no darle más vueltas.

—Bonito nombre, Soledad... Creo que estoy listo para marcharme.

—No tan rápido —dijo y desvió la mirada hacia la puerta—. Fuera hay dos personas que quieren hablar contigo.

—Pensaba que no se aceptaban visitas.

—Estas personas pertenecen a otra categoría —comentó a regañadientes—. En cualquier caso, si te sientes mal, avísame.

—Lo haré, gracias... —dije y ella salió de la habitación. A continuación, vi al inspector Jiménez con un periódico bajo el brazo, mirando con una alegría sospechosa, con andares de vaquero y acompañado de Llanos.

—Bicho malo, nunca muere, ¿verdad? —preguntó el inspector y se acercó a la cama para hablarme de cerca—. Aunque no lo creas, nos alegramos de que sigas con vida.

Asentí y miré a la compañera, que se había quedado callada.

—Entiendo que no venís a darme la enhorabuena. ¿De qué se me acusa ahora?

El inspector desdobló el periódico encima de mis piernas. Era la edición del Diario Hispalense. La portada me dejó sin palabras.

«El arte de engañar a los sevillanos», anunciaba el titular.

Junto a las grandes letras en negrita, aparecía una fotografía del alcalde en el acto del tercer robo. Coincidencia o no, también aparecía en ella don Juan de Ramos, Carmen Linares, Antonio Paredes y Rupestres. Todos menos el cerebro de aquella compleja red: Irina.

El diseñador gráfico del periódico había enmarcado con rojo los rostros implicados en la trama de corrupción, dejando el resto de la imagen en blanco y negro.

—Esto parece una reunión de antiguos alumnos... —comenté, sorprendido.

—Lo será —respondió el inspector—. Se encontrarán todos en el presidio.

—Pensaba que...

—¿De Ramos? Ese tipo es un toro. No sé cómo lo hizo para salir de ahí... Eso sí, ahora está frito como un cazón en adobo y dudo que vuelva a hablar, pero sobrevivirá... De esta, no se libra.

—¿Qué hay de ella?

—¿La empleada?

Llanos carraspeó.

—No pudimos hacer nada por salvarla —explicó la inspectora—. Murió asfixiada. La han encontrado chamuscada junto al cadáver de Rupestres.

—Romántico, sin duda.

—¿Qué carajo pasó ahí dentro, Caballero? —preguntó Jiménez, desconcertado—. Los disparos, las llamas... Se lo vas a tener que contar todo al juez.

No tenía fuerzas para una explicación detallada.

—No recuerdo casi nada, inspector. De Ramos pagó la fianza, me secuestró y me llevó hasta esa finca. Sabía dónde se escondían y estaba convencido de que yo podía calcular el valor de los cuadros... Después, entramos allí y...

—¿Y...?

—Todo se vuelve bastante difuso.

—Ya... Eres un suertudo.

—¿Significa eso que puedo volver a Alicante?

—No... —dijo y señaló el periódico con la intención de decirme algo.

Le eché un vistazo al diario por encima. Las demás entradillas mencionaban el fin de la carrera de Liborio Cano, la investigación que la Policía había abierto contra la corrupción y el divorcio de Carmen Linares. No pude encontrar información en ninguna parte acerca de la muerte de Rupestres y el patrimonio robado que se había perdido.

—Como entenderás, de algún modo, nos hemos librado de un problema gordo y nos hemos buscado otro... —comentó, rascándose el bigote con los dedos—. Así que necesito que pongas de tu parte.

—Creo que sé por dónde vais...

—Tienes que mantener a tu amiguita callada.

—¡Uf!

—Sí, uf.

—Me estás pidiendo un imposible, Jiménez... Rosario lleva años buscando esta noticia.

—Pues que se busque otra, que hay muchas, así de claro —señaló y le pidió a su compañera que cerrara bien la puerta. Después bajó el tono de voz—. Escucha, Gabriel... Los cuadros ya están perdidos y no se pueden restaurar... No tiene sentido seguir con esta discusión... Estás de acuerdo, ¿verdad?

—Por supuesto, inspector.

—Al ladrón ya lo enterraron, de Ramos se ha quedado pajarito, el compañero cayó en combate y la asistenta está en una caja de pino, camino de su tierra... García y tú sois las únicas personas que conocen la verdad.

—Además de vosotros dos.

—Además de nosotros, claro.

—¿Estás comprando mi silencio, Jiménez?

—No... Por la cuenta que te trae, no me hace falta. Pero te pido que la convenzas para que se guarde el secreto.

La actitud de la pareja me sorprendió.

—¿Por qué os importa que se sepa la verdad? Vosotros habéis cumplido con vuestro trabajo...

—Por eso mismo, escritor, por eso mismo... La ciudad enfurecerá si se entera de que los cuadros fueron robados del museo y la policía fue incapaz de detener al ladrón, sin mencionar todo lo demás, por supuesto... ¿Para qué agitar más el avispero? A veces, es mejor pasar de página.

—Eso cuéntaselo a Rosario.

—Tenemos al alcalde fuera del ayuntamiento y pronto estará cumpliendo condena por lo que ha hecho... Si nadie se había dado cuenta del fraude del museo hasta ahora, dudo que se dé cuenta en el futuro.

—Dile a tu amiga que, si saca esto a la luz, perderemos los contactos que Irina tenía con los traficantes de arte rusos de la Costa del Sol... —intervino Llanos—. Si guarda silencio, tendrá la exclusiva cuando desmantelemos la organización.

Escuché perplejo y los miré.

—¿Estabais al corriente de lo que hacía?

—Sospechábamos que movía los hilos, aunque no teníamos las pruebas suficientes como para acusarla... Ahora, sí, aunque es un poco tarde.

—Pero desconfiaste de mi palabra.

—Hice mi trabajo y saqué mis conclusiones.

—Me agrediste.

—¿Vas a llorar?

—¿Otro con lo mismo?

—Eres un blandengue.

—Y lo que pasó en mi habitación... ¿qué hay de eso?

—Rupestres e Irina te tendieron una trampa —explicó él—. Eran listos, pero no tanto. Yo tampoco me creí lo del suicidio.

—Pues yo sí que te creí...

—La vida es como una partida de ajedrez, Caballero. Si permites que averigüen tu próxima jugada, has perdido.

—Ni siquiera se llamaba Rupestres, ¿verdad?

—Olvida el asunto. Es lo más sano...

—Entonces... —murmuré pensativo y me dirigí a Llanos—. ¿No me utilizaste para sacarme información? Pensaba que...

—Para nada —dijo ella, sonriente—. Hablas demasiado. No tienes secretos.

Jiménez, sorprendido, la miró a ella y luego se dirigió a mí.

—¿Vosotros...? ¡Llanos, joder!

—¿Qué? —pregunté, ofendido.

—¿Eres mi padre, Jiménez? Estaba fuera de servicio. Hago con mi vida lo que quiero.

—¡Es un colaborador!

—Podemos colaborar otra vez cuando quieras...

—Olvídalo, escritor —dijo y se volvió seria, como solía hacer—. ¿Nos vamos?

Los dos agentes de policía hicieron el gesto de marcharse. La visita había terminado. Antes de despedirse, el inspector me dirigió una última frase:

—La chica, Caballero... No faltes a tu palabra.

45

No estaba convencido de que pudiera cumplir con mi palabra. Mi tren salía en unas horas, el teléfono de Rosario comunicaba todo el tiempo y no le llegaban mis mensajes.

De repente, el teléfono móvil comenzó a sonar.

Comprobé la pantalla, encontré un número desconocido y pensé que sería ella, desde uno de los muchos teléfonos que utilizaban en el periódico.

—¿Sí?

Oí una profunda respiración al otro lado de la línea.

—Te felicito, juntaletras. Cumpliste con el favor que te pedí.

—Hombre, Rojo... —dije, dando un largo suspiro—. A buenas horas, mangas verdes.

—He estado ocupado.

—Claro, no has tenido ni un minuto para llamar y preguntar cómo me iba.

—¿Acaso soy tu niñera? Te di a elegir. Pudiste no aceptarlo.

—No, claro que no...

—En fin, Jiménez está contento. Dice que eres un incordio y alguien difícil con quien trabajar, pero que cumples con lo que dices.

Intuí que se refería a mi último recado para Rosario.

—Dime algo que no sepa.

—No te hagas el importante. Te llamaba para asegurarme de que todo ha ido bien. De vez en cuando, leo las noticias.

—¿Sabes, Rojo? A veces pienso que intentas deshacerte de mí.

—Ya te gustaría...

—Eso significa que no, ¿verdad?

Rojo se rio, algo que rara vez sucedía.

—Vuelve a Alicante y hablaremos... Necesito tu ayuda para un asunto.

—¿Otro más? Pensaba que había saldado mis cuentas contigo.

—Te salvé la vida, escritor... y, cuando alguien te salva la vida, estás en deuda con esa persona para siempre.

La sentencia me dejó sin aliento. No supe muy bien cómo digerirla.

—¿Hablas en serio?

—*Collons*... Por supuesto que no, relájate... pero, en ocasiones, mereces que alguien te apriete el nudo de la corbata —respondió y suspiré aliviado—. Tengo que dejarte, me reclaman. *Adéu, amic meu*.

Rojo colgó, sin dar más indicaciones de cuándo nos veríamos. Comprobé el teléfono una vez

más y no había recibido ninguna señal de Rosario.

Finalmente, recogí la bolsa del equipaje, dispuesto a marcharme del hotel y poner rumbo a la estación. Fue una lástima que tuviera que despedirme de ella de esa forma, pero no encontré ningún modo de localizarla.

Al bajar las escaleras que llevaban al patio con la fuente, la vi allí, con esa expresión tan suya, única y salvaje, mirándome desde abajo.

—Rosario.

—¿Te ibas a marchar sin despedirte?

***

Nos sentamos en uno de los sofás que había en el patio y solicité que llamaran a un taxi, pasados treinta minutos. No quería alargar la despedida. Después pedí que nos trajeran dos cafés. El ambiente era tranquilo. Nos acompañaba el buen tiempo de la mañana, la calma de un hotel sin huéspedes y el ruido del agua al caer sobre la piedra.

—No me dejaron pasar a verte, declaró, antes de que le pidiera explicaciones—. Pero me dijeron que te pondrías bien y eso me tranquilizó.

—¿Cómo te encuentras?

—No lo sé —dijo, pensativa—. Ahora mismo, los teléfonos de la redacción echan humo. Puedes imaginarte la situación... Todo el mundo tiene algo que decir al respecto, buscando su minuto de atención, de fama, de reconocimiento... Esa gente ha hecho mucho daño a otras personas... y lo han hecho durante años, Gabriel... Ahora tenemos a un montón de gente engañada y con la conciencia en vilo.

—He leído la portada del periódico... Estáis de enhorabuena, vais a tener mucho trabajo. Doy gracias a Dios por haber colgado las botas periodísticas.

—¿No lo echas de menos ni un poco?

—No.

—Yo lo necesito. Me ayuda a sentirme viva y útil. Quizá sea porque llevo muchos años en esa redacción... o porque no sé hacer otra cosa, pero ¿qué importa? Al final del día, siento que me debo a todos esos lectores que buscan información... Si no lo hago yo, ya has visto quién se encargaría...

Tras sus palabras, me costaba sacar el tema de conversación. Jiménez había sido muy claro conmigo, pero yo no podía obligar a Rosario de esa manera, sobre todo porque no iba a ceder, por mucho chantaje que le hiciera. Podía ser un cretino, pero no formaba parte de esa clase de personas.

Le toqué la rodilla, sin más intención que la de distraerla del tema. Era un gesto arriesgado, pero necesitaba conectar con la mujer que había tras la coraza.

Ella me miró como lo había hecho entre las llamas y supe que estaba hablando con la verdadera Rosario.

—¿Cómo lo supiste? —le pregunté, sin desviar los ojos.

De pronto, nos invadió una tensión palpable.

—Te seguí.

—¿Me seguiste?

—Sí —dijo e hizo una pausa más que necesaria. Posiblemente lo vio en mi rostro, porque comencé a sentir una gran indignación al saber que no se había molestado en visitarme a la

comisaría—. Tras tu detención, fui a la redacción y, por el camino hablé con Paredes y me confesó lo que ocurrió en su casa.

—Menudo chiflado.

—Me confirmó que no habías bebido y que saliste de allí con la intención de contármelo todo. Sin embargo, no te pusiste en contacto conmigo... y más tarde me enteré del accidente, por lo que deduje que no habías sido tú...

—Estoy sin palabras.

—Después de lo que me contaste respecto al apartamento de Rupestres... y de lo que investigué por mi cuenta en el puerto, tuve el presentimiento de que te habían preparado una emboscada.

—Podrías haberme ayudado con la fianza.

Ella sonrió.

—Lo hice, de algún modo —dijo mientras reía como una niña pequeña—. Publiqué un artículo provocador en la web, que generó una enorme cantidad de tráfico. En él, te acusaba de ser un profesional de la estafa, encubierto en un falso reportero. Te achacaba ser el principal sospechoso del robo de los cuadros y de la desaparición de estos, por lo que estaba segura de que llamaría la atención del alcalde y de quienes estaban en la subasta...

—Me confundieron con un criminal.

—Lo sé... y también lo debía de saber alguien más. Pensé que, si los cuadros seguían en Sevilla, significaba que alguien los estaba escondiendo.

—Podría haberte salido mal...

—Pero salió bien. ¿Recuerdas cómo se puso Juan de Ramos cuando fuimos a visitarlo? Ahí percibí algo. La historia del robo de su galería, simplemente, no cuadraba...

—Y no me dijiste nada.

—La habrías cagado y nada de esto habría sucedido así —respondió—. No podía arriesgarme.

—No tienes corazón. Pusiste en riesgo mi vida.

—No seas dramático.

De nada servía razonar con ella. Delante de mí tenía el reflejo de lo que yo había sido, años atrás. Me di cuenta de que, en otras circunstancias, lo nuestro nunca habría funcionado. O quizás sí, pero de una manera tan intensa que nos habríamos consumido mutuamente.

Suspiré, le di un sorbo al café y me centré en la historia:

—Entonces, seguiste al marchante cuando pagó la fianza y me sacó de la comisaría.

—Así es. Sabía que nos llevaría a los cuadros.

—Sabía, sabía... Parece que lo supieras todo de antemano.

—Deberías estar más agradecido. Ese loco casi te vuela los sesos.

—Sería rico si me dieran un céntimo por cada vez que alguien me ha dicho eso... —respondí, lo que provocó una reacción de desprecio. En serio, Rosario... Eres muy valiente.

—Hice lo que era correcto.

—¿Qué es lo próximo?

—Sacar toda la mierda del pozo, Gabriel. Es necesario que todo el mundo sepa la verdad, aunque se trate de un asunto muy complicado... Es hora de aceptar algunas verdades dolorosas, como que el patrimonio del país se ha convertido en cenizas... y que...

La recepcionista impidió que terminara la frase.

—¡Señor Caballero, su taxi!

—Claro, gracias... —dije y me puse en pie antes de coger la bolsa de equipaje. Ella notó mi cara de preocupación y yo era incapaz de pedirle que no lo hiciera—. Es hora de marcharme, pero...

—Es el reportaje de mi vida, Gabriel...

Caminamos juntos hasta el coche, que esperaba en la puerta del hotel. El taxista bajó y recogió mi equipaje. Luego abrí la puerta trasera.

—Supongo que este es el último adiós.

—No voy a quedarme de brazos cruzados.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Hoy, sí.

—¿Lo hiciste por mí?

No esperaba esa pregunta y noté una mueca de vacile en su rostro. Ella me observó durante unos instantes, se pegó a mí y en ese momento lo olvidé todo: los cuadros, el robo, la promesa que le había hecho a Jiménez... y nuestras miradas se encontraron.

Sentí que era el ahora o nunca.

La miré fijamente, primero a un ojo, después al otro y, finalmente, a sus labios carnosos. Nos quedamos en silencio y cuando me di cuenta, ella miraba mi boca con deseo. Nuestros labios se juntaron y nos fundimos en un beso apasionado que nos reavivó como una tormenta eléctrica.

Al separarme, abrí los ojos, la vi y lo entendí todo con claridad.

Todo ese tiempo, mi misión no había sido convencerla, sino mostrarle que existía una realidad, un equilibrio que estaba a punto de perturbar a causa de sus principios. Entonces se me ocurrió algo. Aún me quedaban unas horas antes de marcharme y conocía a la única persona que podía ser capaz de hacerla cambiar de idea.

46

Jamás imaginé que concluiría mi viaje de esa manera. El museo tenía la actividad turística habitual. Los visitantes pasaban por las galerías haciendo fotografías con sus teléfonos, poniendo atención a lo que contaban las audioguías, sin detenerse a observar la farsa que los rodeaba. Ni siquiera la vigilante de la sala era capaz de notar la diferencia.

En medio de diversas obras de arte, Rosario y yo contemplamos el Velázquez, con la única certeza de que era la réplica que Rupestres había dejado como recuerdo.

Oímos unos pasos que se acercaban a nosotros por detrás.

—Esa fue la verdadera obra a la que dedicó una vida... —comentó la voz sosegada de Antonio Paredes, cerca de nuestros hombros—. Increíble, imitar a don Diego, ¿verdad?

Rosario no despegaba la vista del cuadro. Le costaba callar todo lo que comprimía en el pecho.

—Los sevillanos deben conocer lo que ha pasado, Antonio.

—¿Crees que les harías un favor? —preguntó, intrigado—. ¿O te lo harías a ti misma? Piénsalo, Rosario... Tu inteligencia está por encima de eso.

Ella se cruzó de brazos.

Supe que había acertado llevándola hasta él.

Paredes era una voz en la que confiaba, aunque yo sólo viera a un viejo farsante chalado, obsesionado por su mundo interior.

—Peor es callar.

—Pero nadie te ha pedido que lo cuentes... —murmuró y se colocó junto a ella—. El cuadro es tan perfecto como el original. Ese muchacho era un prodigio... Lo que ha ocurrido es una desgracia, pero... ¿cuántas obras saquearon los nazis y jamás se recuperaron? El expolio de arte no desaparecerá nunca... Sin embargo, si enciendes la pólvora, provocarás el desconcierto en la ciudad, la oposición política tomará provecho de ello y la gente se peleará por un asunto que jamás le ha interesado... Da un vistazo, mira cómo reaccionan...

—Es patrimonio de todos... Tú lo sabes mejor que nadie.

Carraspeé, recordándole al historiador que seguía presente, guardando su secreto.

—Es la historia de un país, querida, pero la historia la hacemos todos con cada decisión, sea buena o mala... ¿Acaso crees que conocíamos la verdadera historia que escondía el original?

—Sé por dónde vas. Intentas confundirme.

—Te equivocas, Rosario... —dijo y optó por un tono paternal—. Lo que pretendo mostrarte es que, después de cientos de años, es poco probable que la verdad se filtre hasta nuestros oídos. Ni siquiera lo que escribes se contará mañana tal y como lo hiciste... Y no importa, pues a la

humanidad nunca le ha interesado el qué, sino el porqué. Una causa que se manipula y se utiliza para según qué fines... Esa obra representa un periodo, una época de lo que fuimos, un contexto puntual y una tendencia del momento, nada más...

—Entonces, ¿qué sentido tiene lo que hacemos?

—Buena pregunta —dijo y sonrió, observando el cuadro—. Hoy en día, la ciencia y la filosofía siguen buscando una respuesta a eso...

—No tiene gracia.

—Querida, ¿sabes cuál es la función de un secreto?

—No, ¿cuál es?

—Precisamente esa —dijo el historiador, que se echó las manos atrás y los tres nos quedamos sin palabras, en silencio frente al cuadro, observando a la gente que pasaba por delante de nosotros sin sospechar nada extraño.

¿Te ha gustado?



Gabriel Caballero, en busca de inspiración para su próximo libro y al inicio de sus vacaciones, encuentra un cadáver a orillas de la playa de un tranquilo pueblo costero de Alicante. Pronto descubre que la víctima era una famosa autora de novelas de suspense y que su muerte se suma a una serie de asesinatos de escritores de novela negra en el mismo pueblo.

Cuando se involucra en la investigación y comienza a recibir amenazas que lo incitan a abandonar el caso, psu determinación y valentía lo impulsan a seguir adelante y enfrentar los peligros que acechan en la sombra.

Con la ayuda del inspector Rojo y la reportera Rosario García, Gabriel se adentra en un peligroso juego de toma y daca con el asesino, dispuesto a resolver el enigma que ensombrece la playa de aquel pueblo.

¿Descubrirá Caballero la verdad detrás de los crímenes antes de convertirse en el próximo cadáver literario?

HAZTE CON LA PLAYA DE LOS MUERTOS

Sobre el autor

Sobre el autor



Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Instagram: @elescritorfantasma
Facebook: facebook.com/elescritorfant

Libros



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero

La Isla del Silencio

La Maldición del Cangrejo

La Noche del Fuego

Los Crímenes del Misteri

Medianoche en Lisboa

El Doble

La Idea del Millón

La Dama del Museo

Los Cuatro Sellos

El Último Adiós

Muerte en el Mediterráneo

El arte del engaño

La playa de los muertos

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)

Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)

Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Serie Don

Odio

Don

Miedo

Furia

Silencio

Rescate

Invisible

Origen

Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)

Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)

Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine

Falsa Identidad

Asalto Internacional

Matar o Morir

Fuego Cruzado

Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo

Rojo

Traición

Venganza

Desparecido

Secuestrada

El trabajo del Diablo

Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal

Una Apuesta Mortal

Un Crimen Brillante

El Caso del Tarot

Una Amistad Peligrosa

El asesinato del casino

Pack novelas 1-3

Trilogía El Profesor

El Profesor

El Aprendiz

El Maestro

Pack trilogía El Profesor

Otros:

El secreto de la señora Avignon

¿Quién mató a Laura Coves?

El misterio de la familia Fonseca

Perseguido

Motel Malibu

Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones

El Círculo